Didascalicon
Del arte de leer

Hugo de San Víctor

Traducción del latín y notas

José Manuel Villalaz

Revisión técnica

Joel Molina Ayala

colección


17,

Índice

Libro tercero

Libro cuarto

Libro quinto

Libro sexto

Apéndice

Nota del traductor

Esta traducción al castellano del *Didascalicon* de Hugo de San Víctor se basa en la edición crítica de este texto hecha por Charles Henry Buttimer, *Hugonis de Sancto Victore, Didascalicon, De Studio Legendi, A Critical Text.*[I]

La traducción y el estudio introductorio, acompañados de numerosas y valiosas notas de Jerome Taylor, de *The Didascalicon of Hugh of St. Victor. A Medieval Guide to the Arts*[II] ha sido de enorme ayuda en la selección y redacción de las notas de esta traducción, así como en la selección y señalamiento de las fuentes que le dan marco histórico y teórico al pensamiento de Hugo. Con alguna frecuencia se corrigen las referencias de Taylor. Pero esto se hace no con la actitud petulante de quien intenta "corregir la página al maestro", sino como parte del oficio de corrector de erratas, consciente de que ejerce una labor secundaria pero necesaria.

Los que participamos en la publicación de esta traducción sabemos que sus lectores serán los que no tienen acceso a la lengua original, es decir, que no son especialistas en el mundo medieval, pero que están inmersos y comprometidos con el contenido del universo totalmente integrado del saber de ese tiempo, en el que la *teoría* debía culminar en la *práctica* virtuosa. Interesados y comprometidos también, y sobre todo, con la evolución de la lectura como herramienta cada vez más privilegiada

[I] Charles Henry Buttimer, *Hugonis de Sancto Victore, Didascalicon, De Studio Legendi, A Critical Text.* The Catholic University Press, Washington, D.C., 1939.

[II] Jerome Taylor, *The Didascalicon of Hugh of St. Victor. A Medieval Guide to the Arts.* Columbia University Press, Nueva York, 1961.

del aprendizaje y del objeto en que se lee, sea rollo, códice, libro o pantalla. Por estas razones, y por una más que señalo a cuenta de los editores, quienes, generosamente, juzgan que la presente traducción ha logrado trasladar a nuestra lengua la secuencia y el ritmo, la sonoridad y la profundidad, la religiosidad y hasta el misticismo del original latino, se explica y justifica la aparición de esta nueva versión en español.

Hugo de San Víctor vivió en un tiempo anterior al de los derechos de autor y del *copyright.* A veces cita al autor, o al autor y su obra, sobre todo cuando se trata de libros bíblicos; sin embargo, con mucha frecuencia toma prestados pasajes ajenos, más o menos largos —y hasta capítulos enteros— sin la más mínima indicación de que por su pluma es otro quien escribe. En este caso específico, la diferente tipografía que usa Buttimer o las comillas de Taylor han permitido que el lector actual, no especialista pero cuidadoso observador de la lectura y de la escritura, se dé cuenta cuándo escribe Hugo y cuándo se sirve de préstamos: a este propósito se ordena la inmensa mayoría de las notas. Sin embargo, estamos muy lejos todavía de lo que sería un plagio.

Aunque uno de los más notables beneficios de los actuales medios de escritura y de lectura es hacer accesibles muchas de las obras de otros tiempos, aún seguimos padeciendo, en la llamada América Latina, "pobreza bibliotecaria". No obstante, una buena parte de las citas de Hugo son bíblicas, lo cual no representa problema. Se sigue la *Biblia de Jerusalén* [III] para los nombres de los libros bíblicos y la forma de abreviar capítulos y versículos, pero la versión castellana se basa en el texto latino porque se prefiere la fidelidad a la argumentación de Hugo que la precisión académica de la traducción.

[III] *Biblia de Jerusalén.* Desclée de Brower, Bilbao, 1967.

Tampoco habrá problema para el que quiera consultar a los grandes clásicos griegos (Platón, Aristóteles, etcétera) o latinos (Cicerón, Virgilio, etcétera), cuando éstos sean citados por Hugo, porque sus obras son accesibles en cualquier institución que se dedique al estudio de estos autores. Además, siempre queda el recurso a *The Latin Library,* en internet.

Por el contrario, las numerosas citas, explícitas o tácitas, de los padres de la Iglesia (san Jerónimo, san Agustín, etcétera), de los escritores de la antigüedad cristiana (como Boecio y Casiodoro) y del periodo medieval (a partir de Isidoro de Sevilla, hasta los con-

temporáneos del autor del *Didascalicon),* sí representarán un serio obstáculo para el lector interesado en consultar las fuentes. Se ha tratado de encontrar una solución, aunque parcial, a esta deficiencia bibliográfica en la monumental colección contenida en las patrologías de J. P. Migne, en este caso, la *Patrología latina* (citada como PL, más el número del tomo, más los números de las columnas y las letras), que tampoco es de acceso fácil, pero en todo caso resulta menos inaccesible que la inmensa cantidad de obras medievales editadas por separado.

Quisiera añadir una breve explicación sobre la parte más conocida del título: *Didascalicon* (pronunciada en castellano *Didascálicon)* es una palabra griega que significa "instrucción" o "enseñanza". Se trata, pues, de una obra didáctica sobre la lectura, entendida como estudio personal (lectura individual), o como exposición didáctica (lectura o lección magisterial), o como aprendizaje de esa exposición o lectura. Como lo implica el subtítulo (*Del arte de leer*) y lo explica el prefacio, éste dirige al lector primero en su estudio de las diversas artes o ciencias y después en el de las Sagradas Escrituras. Al instruirlo, lo hace distinguiendo qué leer, en qué orden y cómo. Con este método conforma un corpus filosófico integrado por veintiún "ciencias distintas", cuyo propósito es restaurar en el hombre la semejanza divina.

Esta versión de Hugo de San Víctor fue realizada entre 2009 y 2010 a petición de Benjamín Mayer Foulkes. Inquieto por reflexionar acerca de las implicaciones del intercambio de escritos electrónicos (actividad central en 17, Instituto de Estudios Críticos, donde desde 2006 se desarrollan con intensidad seminarios en línea), mi amigo comentó públicamente su relectura de *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario sobre el "Didascalicon" de Hugo de San Víctor,* de Ivan Illich.[IV] Grande fue su desconcierto cuando no pudo hallar el original referido por Illich en versión castellana. Concluido mi trabajo, antes de su impresión y circulación electrónica (a través de www.diecisiete.mx) apareció *Didascalicon, De Studio Legendi* (*El afán por el estudio*), edición preparada por Carmen Muñoz Gamero y María Luisa Arribas Hernáez, coeditada por la Biblioteca de Autores Cristianos y la Universidad Nacional de Educación a Distancia (Madrid, 2011). Los preparativos de ambas versiones habían corrido en paralelo. Parecen complementarias: si aquélla se dirige al lector especializado, como sugieren su

[IV] Ivan Illich, *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario sobre el "Didascalicon" de Hugo de San Víctor*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.

amplio estudio preliminar y aparato crítico, además de su presentación bilingüe, la presente quiere introducir en primera instancia a Hugo en los debates contemporáneos a propósito del libro y la lectura en la actual encrucijada.

JMV

Prefacio

Muchos son aquellos a los que la naturaleza ha dotado de tan poco ingenio que difícilmente pueden comprender aun las cosas fáciles de entender. Éstos, según mi parecer, son de dos clases pues hay algunos que, aunque no ignoran su torpeza, de tal manera se esfuerzan y son tan persistentes en su propósito de adquirir el conocimiento, que lo que no logran como resultado del trabajo merecen obtenerlo por la fuerza de su voluntad; pero hay otros que por creer que no son capaces de comprender las realidades superiores se desentienden también del conocimiento de las inferiores y, como conformándose, se abandonan a su inactividad, con lo que tanto más se privan de la luz de la verdad en las cosas superiores cuanto más se resisten a entender las inferiores que sí están a su alcance. Por ello el salmista dice: "renunció a ser sensato, a hacer el bien".[1] Porque una cosa es no saber y otra, muy distinta, no querer saber; en efecto, no saber es una carencia, pero detestar el conocimiento es un acto perverso de voluntad.

[1] Sal 36, 4. El texto latino que sigue Hugo hace de los salmos 9 y 10 uno solo; de ahí la diferencia de una unidad en la numeración de Buttimer y de Taylor (Sal 35, 4).

Pero hay otra clase de hombres a los que la naturaleza enriqueció con gran ingenio y les proporcionó un acceso expedito a la verdad. Sin embargo, además de poseer una agudeza de ingenio desigual, no todos están animados por la misma virtud ni por el mismo propósito de cultivar la capacidad natural mediante el ejercicio y la enseñanza. Ciertamente son numerosos los que dedica-

dos más de lo que sería necesario a las ocupaciones y preocupaciones de este mundo, y entregados a los vicios y concupiscencias del cuerpo, esconden bajo tierra el talento dado por Dios [2] sin tratar de hacer que produzca el fruto de la sabiduría ni la ganancia de las buenas obras. Por ello, en verdad son muy reprobables.

[2] *Cf.* Mt 25, 18.

Asimismo, la carencia de los medios de sustento familiar y el escaso patrimonio disminuyen la capacidad de otros, pero de ninguna manera creemos que esto los pueda excusar del todo, ya que vemos a muchos que, aunque sufren de hambre, sed y desnudez, logran obtener el fruto del conocimiento. Así pues, una cosa es que no se pueda aprender o, mejor dicho, que no se pueda aprender fácilmente, y otra cosa que se pueda pero no se quiera hacerlo. Así como se es más digno de encomio cuando, aunque se carezca de los medios necesarios, se alcanza la sabiduría por la sola virtud del esfuerzo, así también se es ciertamente más digno de vituperio cuando el ingenio existe y abundan las comodidades, pero se abandona uno a la ociosidad.

Dos son las vías principales por las que alguien se acerca al conocimiento, a saber, la lectura y la meditación, de las cuales la lectura representa el primer paso en lo que se refiere a la enseñanza, y de ella se ocupa este libro. Para la lectura, los preceptos más necesarios son tres: el primero, que cada quien sepa lo que debe leer; el segundo, en qué orden debe leer, es decir, qué es lo que viene primero y qué es lo que sigue; y el tercero, cómo debe leer. De estos tres, tratado cada uno por separado, se ocupa este libro, pero su enseñanza instruye al lector tanto en los escritos profanos como en las escrituras divinas, por lo que se divide en dos partes y cada una de ellas tiene tres subdivisiones.

En la primera parte dedica su enseñanza al lector de las diversas artes; en la segunda, al lector de las letras divinas. Y lo hace de tal modo que primero indica lo que se debe leer; luego, qué orden debe seguirse; por último, cómo debe leerse. Pero para poder saber qué es lo que debe leerse, o lo que principalmente debe leerse, la primera parte comienza detallando el origen de todas las artes para enseguida describir su contenido y sus diversas partes, es decir, cómo cada una de ellas contiene otra o se contiene en otra, desmembrando la filosofía desde la primera hasta la última de sus partes. Luego enumera a los autores de las artes, y después muestra cuáles de estas artes deben ser estudiadas de manera preferen-

te; más adelante explica también en qué orden y de qué manera deben estudiarse. Por último, presenta a los lectores la disciplina de su propia vida, y así concluye la primera parte.

En la segunda parte se establece cuáles escritos deben llamarse escrituras divinas, y luego se indica el número y orden de los libros divinos, quiénes son sus autores y cuáles los significados de sus títulos. Después trata de algunas de las propiedades más importantes de la divina escritura; luego enseña de qué manera debe leer la Sagrada Escritura aquel que en ella busca el mejoramiento de sus costumbres y un modelo de vida; por último, se dirige a aquel que la lee por amor al conocimiento, y así se termina también la segunda parte.

Libro primero

I
DEL ORIGEN DE LAS ARTES

De todas las cosas que se han de buscar, la primera es la sabiduría, en la que reside la forma del bien perfecto;[3] la sabiduría ilumina al hombre para que se conozca a sí mismo, y para que sepa que fue semejante a todos los demás antes de comprender que fue hecho en forma diferente a todos los demás. El alma inmortal, en efecto, iluminada por la sabiduría, puede ver cuál es su principio y reconoce cuán indigno es que alguien busque fuera de sí mismo cuando debiera darse por satisfecho con lo que él es en sí mismo. Se lee en la inscripción del trípode de Apolo: *gnothi seauton,*[4] es decir, "conócete a ti mismo", porque en verdad si el hombre no se olvidara de su origen, reconocería que nada es todo aquello que está sujeto a la mutabilidad.

Entre los filósofos es sentencia aceptada aquella que asegura que el alma está compuesta de todas las partes de la naturaleza. Y el *Timeo* de Platón dio forma a la entelequia[5] a partir de la sustancia divisible, de la indivisible y de la mixta, y a partir de la naturaleza que es una misma y diversa y la mezcla de ambas, con lo que se designa la universalidad. La entelequia, en efecto, abarca los elementos iniciales y lo que de ellos resulta, porque comprende

[3] El concepto y la expresión de esta oración inicial (*incipit*) y capital provienen de Boecio, *De consolatione philosophiae,* III, al final de la prosa 10: "Así pues, de todas las cosas que se han de buscar, la máxima y a la vez causa de las demás es el bien… Y con seguridad se debe concluir también que la sustancia de Dios se encuentra en el mismo bien".

[4] De las numerosas fuentes conocidas de este aforismo, la más antigua es Jenofonte (*Memorabilia,* IV, 2, 24-25), en donde Sócrates pregunta a Eutidemo si ha visto la inscripción a la entrada del templo de Delfos y añade: "¿Acaso te has puesto a pensar y tratado de saber quién eres? ¡Conócete a ti mismo!"

[5] "Entelequia" es un término aristotélico, no platónico.

por la inteligencia las causas invisibles de las cosas, y capta por los sentidos las formas visibles presentes; y "una vez dividida, concentra el movimiento en esferas gemelas",[6] ya sea que a través de los sentidos se acerque a las cosas exteriores, ya sea que por medio de la inteligencia ascienda a las cosas invisibles y regrese a sí misma trayendo las semejanzas de las cosas.

Así es como la misma mente, que es capaz de contener todas las cosas por estar compuesta de toda sustancia y naturaleza, es apta para representar la imagen de la semejanza. El principio pitagórico, en efecto, expresaba que las cosas se aprehenden por medio de lo que les es semejante, de tal forma que si el alma racional no estuviera conformada por todas las cosas, de ninguna manera podría aprehenderlas todas, de acuerdo con lo que alguien dijo: "Aprehendemos la tierra por lo terreno, el fuego por las llamas, la humedad por lo líquido, el aire por nuestro aliento".[7]

Pero no debemos juzgar que estos hombres, doctísimos en toda clase de asuntos, hubieran pensado que la esencia de suyo simple se extendiera fuera de sí misma en partes cuantitativas, sino que afirmaban, para demostrar más claramente su admirable capacidad, que estaba conformada por todas las naturalezas, pero no según la realidad de lo compuesto, sino según el concepto de la composición. Ni se debe pensar que esta semejanza con todas las cosas la tenga el alma desde otra parte, desde afuera, sino que más bien ella en sí y por sí misma la posee, como una capacidad innata y por virtud propia. Pues, como dice Varrón en el *Periphysion,*[8] no toda variación de las cosas es recibida desde fuera, de modo que es necesario que todo lo que sufre una variación, o bien haya perdido algo de lo que tenía, o bien haya recibido desde fuera algo diferente de lo que ya tenía. Así vemos cómo una pared puede recibir desde fuera la semejanza de cualquier cosa mediante la forma que se le imprime; sin embargo, cuando el acuñador imprime la figura en el metal, éste comienza a representar ya otra cosa pero no impuesta desde fuera, sino por virtud propia y disposición natural. Lo mismo ciertamente sucede con la mente de la que, por llevar impresa en sí misma la semejanza de todas las cosas, se dice que es todas las cosas y que recibe la composición de todas ellas, no porque las contenga de forma integral, sino virtual y potencial.

Tal es, pues, la dignidad de nuestra naturaleza, poseída por todos de igual manera, pero no por todos reconocida de la misma

[6] Adaptado de Boecio, *De consolatione philosophiae,* III, metro 9, vv. 15-17.

[7] Calcidio, *Plato Latinus,* vol. IV, *Timaeus a Calcidio translatus*... The Warburg Institute, Londres, 1962, p. 100.11 y, con ligeras variantes, p. 231.20-21.

[8] No se conoce ninguna obra de Varrón con este título.

forma porque el espíritu, aletargado por las pasiones del cuerpo y arrancado fuera de sí mismo por las apariencias sensibles, se olvidó de lo que había sido y, puesto que no recuerda haber sido de otra forma, no cree poder ser distinto de lo que se ve. Sin embargo, la buena doctrina nos lleva a reconocer nuestra naturaleza y nos enseña a no buscar afuera lo que en nosotros mismos podemos encontrar. Por tanto, "el máximo alivio en la vida"[9] consiste en la búsqueda de la sabiduría, y es feliz el que la encuentra y dichoso el que la posee.

9 *"Cum in omnibus philosophiae disciplinis ediscendis…summum vitae positum solamen existimem…"* Con estas palabras comienza la obra *De syllogismo hipothetico,* de Boecio (PL, LXIV, 831B).

II
LA FILOSOFÍA ES LA BÚSQUEDA DE LA SABIDURÍA

"Pitágoras fue el primero que dio el nombre de filosofía a la búsqueda de la sabiduría",[10] y prefirió el nombre de *filósofo* al de *sophos,* es decir, sabio, como antes eran llamados los filósofos. Y de manera hermosa ciertamente llama a los que buscan la verdad *amantes de la sabiduría,* no sabios, porque, efectivamente, de tal manera aún permanece oculta la verdad que la mente, por más que arda en amor por ella y por más que se dedique a buscarla, no puede comprender en su cabalidad como ella es. Hace así de la filosofía una disciplina "de aquellas cosas que en verdad son y que en sí mismas encuentran su sustancia inmutable".[11]

10 Cita de Boecio, *De musica,* II,ii (PL, LXIII, 1195D).

"Es, pues, la filosofía el amor y la búsqueda y, de alguna manera, la amistad de la sabiduría, pero no de esa sabiduría que consiste más bien en el conocimiento de algunas herramientas y en alguna destreza fabril, sino de aquella sabiduría que de nada necesita, y es la mente viviente y la única razón primigenia de todas las cosas. Este amor por la sabiduría es, por tanto, la iluminación de la sabiduría pura que se proyecta sobre el espíritu capaz de entender cómo se dan la atracción y el llamado hacia ella misma, de manera que se vea la búsqueda de la sabiduría como la amistad de la divinidad y de aquella mente pura. Así pues, esta sabiduría hace recaer sobre toda clase de almas el valor de su divinidad y las vuelve hacia la propia fuerza y pureza de su naturaleza. De aquí proviene la verdad de las reflexiones y de los pensamientos, así como la santa y casta pureza de las acciones".[12]

11 Cita de Boecio, *De arithmetica,* I.i (PL, LXIII, 1079D).

12 Cita de Boecio, *In Porphyrium dialogi,* I.iii (PL, LXIV, 10D-11A).

“Pero dado que este bien excelso de la filosofía ha sido puesto al alcance del alma humana, para que la argumentación se desarrolle a través de una especie de hilo conductor, hay que tomar como punto de partida las virtudes del alma”.[13]

[13] Cita de Boecio, *Commentaria in Porphyrium a se translatum,* I.i (PL, LXIV, 71A).

III
DE LA TRIPLE POTENCIA DEL ALMA Y DEL HOMBRE COMO ÚNICO SER DOTADO DE RAZÓN

“Se distinguen solamente tres potencias del alma en relación con los cuerpos a los que da vida. Una de ellas es la que sólo da la vida al cuerpo, para que después de nacer crezca y mediante el alimento subsista; otra es la que otorga el juicio de la percepción sensorial; la tercera se basa en la fuerza de la mente y en la razón.

“La función de la primera potencia es permitir que los cuerpos se formen, se alimenten y se desarrollen, pero no los hace capaces del juicio de los sentidos ni del juicio de la razón. Ésta es el alma de las hierbas y de los árboles, es decir, de todo aquello que se mantiene arraigado en la tierra.

“La segunda potencia es compuesta y está unida con la primera, a la que asume como parte de sí misma, y emite varios y diferentes juicios de las cosas que están a su alcance. En efecto, todo animal en cuanto dotado de sentidos, también nace, se alimenta y se desarrolla, pero los sentidos son diferentes y pueden sumar hasta cinco. Así, lo que sólo tiene capacidad para alimentarse no la tiene para sentir; pero lo que tiene capacidad para sentir, también la tiene para alimentarse, y esto prueba que está dotado también de la primera potencia del alma, manifestada en el nacimiento y la alimentación. Por su parte, los que están dotados de sentidos pueden captar no sólo las formas que los afectan por la presencia de un cuerpo sensible, sino que aun concluida la sensación y separados los objetos sensibles, pueden retener las imágenes de las formas percibidas por los sentidos y le dan forma a su memoria, que conservan por un tiempo más o menos largo según la capacidad del animal. Pero las imágenes que reciben son confusas y oscuras, y nada pueden lograr a partir de su unión o de su combinación y, por lo mismo, ciertamente no pueden recordarlas todas ni del mismo modo; y, habiéndolas olvidado, no pueden recupe-

rarlas o evocarlas. En cuanto al futuro, carecen de todo conocimiento.

“Pero la tercera potencia del alma, que incluye las dos anteriores, la de alimentarse y la de sentir, y de las que se sirve como de obedientes sirvientes, está constituida totalmente por la razón, y se expresa en la muy firme posesión de las cosas presentes, o en el conocimiento de las ausentes, o en la investigación de las desconocidas. Únicamente el género humano posee esta potencia, que no sólo percibe las sensaciones y las imágenes claramente y no en forma desordenada, sino que en el pleno ejercicio de la inteligencia explica y confirma lo que la imaginación le ha presentado. Así pues, como ya se dijo, esta alma de naturaleza divina no se limita al conocimiento de lo que aprehende por estar presente ante sus sentidos, sino que también puede imponer a las cosas ausentes los nombres imaginados a partir de las cosas sensibles, así como expresar en palabras ordenadas lo que comprende racionalmente por la inteligencia. También es propio de su naturaleza investigar lo desconocido a partir de lo conocido, y quiere conocer no sólo si algo existe, sino también qué es, cómo y de qué forma es, e incluso por qué es.

“Y, como ya se dijo, esta triple potencia del alma sólo ha sido dada a la naturaleza humana y permite los procesos de la mente; por ella la fuerza de la razón se ejerce precisamente en los siguientes cuatro movimientos: inquiere primero si algo existe; si eso existe, enseguida se pregunta qué es; y cuando por la razón llega al conocimiento de ambas cuestiones, investiga cómo es cada cosa, y así se adentra en las diferentes manifestaciones de sus accidentes; y conocido lo anterior, se interroga por qué es así, con lo que prosigue la investigación por la razón.

“Así pues, ya que es característico del espíritu humano su permanente ocupación en la comprensión de las cosas presentes, o en el conocimiento de las ausentes, o en la búsqueda y descubrimiento de las desconocidas, dos son las funciones en las que se concentra toda la potencia del alma que raciocina: una es, ciertamente, que conozca por la razón inquisitiva la naturaleza de las cosas; otra, que llegue primero al conocimiento de aquello que por su peso moral debe ser después ejercido en la práctica”.[14]

[14] Todo el capítulo está tomado de Boecio, *Commentaria in Porphyrium a se translatum,* I.i (PL, LXIV, 71A ss).

IV
DE LOS ASUNTOS QUE TRATA LA FILOSOFÍA

Pero me parece que nos hemos metido ya en "un laberinto sin salida" [15] por seguir el orden de nuestra exposición; sin embargo, la dificultad no proviene de un lenguaje complicado, sino de la oscuridad del asunto. Con todo, ya que nos hemos propuesto hablar de la búsqueda de la sabiduría, y que hemos afirmado que ésta, por un privilegio de la naturaleza, sólo ha sido concedida al hombre, se infiere ahora como consecuencia que nos veamos obligados a asignar a la sabiduría una función moderadora de todos los actos humanos. En efecto, la naturaleza de los animales brutos, que no es regida por juicio racional alguno, manifiesta sus movimientos sólo en función de las sensaciones que recibe de los sentidos, y al buscar o evitar algo no responde a una decisión inteligente, sino que es movida sólo por un ciego impulso de la carne. Por el contrario, queda establecido que los actos del alma racional no son empujados por el deseo ciego, sino que los precede siempre la sabiduría que los modera; y si consta que esto es verdad, seremos congruentes al decir que la filosofía trata no sólo de aquella búsqueda que versa sobre la naturaleza de las cosas o sobre la disciplina de las costumbres, sino también sobre las razones de todos los actos y estudios humanos. Si partimos de esta acepción, podemos definir la filosofía de la manera siguiente: es la disciplina que investiga a plenitud las razones de todas las cosas tanto humanas como divinas.[16]

Pero no por esto debemos desconocer lo que arriba dijimos, que la filosofía es el amor y la búsqueda de la sabiduría, pues no se trata del conocimiento que se expresa mediante el uso de instrumentos, como la arquitectura, la agricultura y otras artes semejantes, sino de aquella sabiduría que constituye la única razón primigenia de todas las cosas. En efecto, el acto puede pertenecer a la filosofía de acuerdo con su contenido conceptual pero se aparta de ella si se considera su parte operativa. Por ejemplo, y para hablar de cosas concretas: el concepto de agricultura depende del filósofo; su operación, del campesino. Por otra parte, las obras de los artífices, aunque no son naturaleza, imitan la naturaleza, y

15 *Inextricabilem labyrinthum* es una expresión de Boecio, *De consolatione philosophiae,* III, prosa xii.

16 Es la misma definición, con una variante que sustituye *probabiliter* por *plene,* que el autor repite en el libro segundo, capítulo 1.

expresan racionalmente, por imitación, la forma ejemplar, que sí es naturaleza.

Ya puede verse por qué razón nos vemos obligados a extender la sabiduría a todos los actos humanos, de tal manera que necesariamente son tantas las partes de la filosofía cuantas son las clasificaciones diversas de las cosas y de las cuales le ha correspondido llegar a ocuparse.

V
DEL ORIGEN DE LAS PARTES TEÓRICA, PRÁCTICA Y MECÁNICA

El fin y la intención de todas las acciones y empeños humanos que la sabiduría modera deben dirigirse ya sea a la reparación de la integridad de nuestra naturaleza, ya sea al alivio de las carencias y necesidades a las que está sujeta la vida presente. Trataré de explicar esto con mayor claridad. Dos opuestos están presentes en el hombre: el bien y el mal, naturaleza uno y defecto el otro. El bien, por ser naturaleza, por estar corrompido y por estar mutilado, debe ser reparado mediante el esfuerzo. El mal, por ser un defecto, por ser corrupción y por no ser naturaleza, tiene que ser eliminado; y si no puede ser totalmente exterminado, por lo menos debe ser atemperado mediante el remedio adecuado. Es del todo preciso actuar de esta manera, es decir, que se repare la naturaleza y que se elimine el defecto.

Pero la integridad de la naturaleza humana se obtiene por dos vías, por la ciencia y por la virtud, que son las únicas que nos asemejan con las sustancias superiores y divinas. El hombre, en efecto, no es una naturaleza simple, sino que está compuesto de una doble sustancia. Según una de sus partes, que es la mejor y, para decirlo de una manera más clara y conveniente, que él mismo es: el hombre es inmortal. Pero según la otra parte, que es caduca y que es la única que conocen aquellos que desconocen todo lo que no les es presentado por los sentidos, el hombre está sujeto a la mortalidad y a la mutabilidad, en donde por necesidad se muere siempre que se pierde aquello por lo que se es. Y ésta es la parte más baja de las cosas, la que tiene un principio y un fin.

VI
DE LAS TRES MANERAS DE LAS COSAS

Entre las cosas existen efectivamente unas que no tienen principio ni fin y son las que se llaman eternas; hay otras que ciertamente tienen principio, pero no concluyen en un final y se denominan perpetuas; y hay otras que tienen principio y fin, y éstas son las temporales. En la primera clasificación se encuentra aquello cuyo existir no es distinto de su ser, es decir, que no se explica por la diversidad de causa y efecto, que subsiste no por un principio externo sino sólo por sí mismo, y tal es el caso único del Progenitor y Artífice de la naturaleza.

Pero aquello cuyo existir es distinto de su ser, es decir, que recibe su existir de un principio externo, que se convierte en realidad actual y comienza a existir como efecto de una causa precedente, eso es la naturaleza que contiene el mundo entero y se divide en dos partes. Está primero la que sólo reconoce como causa primordial de su existencia el designio de la voluntad divina, que pasa al acto de ser sin la intervención de ningún otro motor y ahí permanece inmutable sin verse sujeta a un fin ni a vicisitud alguna. Tales son las sustancias de las cosas, que los griegos llamaban *ousía,* y de todos los cuerpos del mundo supralunar, que también se llaman divinos precisamente por no estar sujetos al cambio.

A la tercera clasificación pertenecen las cosas que tienen un principio y un fin, que por sí mismas no llegan a la existencia sino que son obra de la naturaleza, que tienen su origen en la tierra, bajo la esfera lunar, por la acción motora del fuego como artífice, que dotado de cierta fuerza desciende para que sean procreadas las cosas sensibles.

De las esencias, por tanto, se ha dicho: "En el mundo nada muere, porque ninguna esencia perece, pues las esencias de las cosas no son transitorias, aunque sí sus formas". Pero cuando se dice que la forma es transitoria no debe entenderse como si se creyera que alguna cosa existente pereciera del todo y perdiera su ser, sino más bien que éste cambia, ya sea porque las cosas que antes estaban unidas ahora estén separadas, o porque las que antes estaban separadas ahora estén unidas, o porque las que antes estaban aquí se encuentren ahora en otra parte, o porque las que ahora son

parte del pasado antes estaban presentes. En todos estos cambios, el ser de las cosas no sufre detrimento alguno.

De unas cosas se ha dicho: "Todo lo que tiene una aurora tiene un ocaso y lo que crece envejece",[17] porque todas las obras de la naturaleza así como tienen un principio, no se escapan de un final. Pero de otras se ha dicho: "De la nada, nada se origina, y nada puede volver a la nada",[18] porque toda naturaleza tiene una causa primordial y una subsistencia perpetua. Y de las primeras también se ha dicho: "Y vuelve a la nada lo que antes fue nada",[19] porque todo lo que es obra de la naturaleza, así como por una causa oculta se convierte temporalmente en realidad actual, así también una vez destruida en su actualidad temporal habrá de retornar al lugar de donde había venido.

17 Salustio, *Bellum Jugurthinum,* II.iii: *"Omniaque orta occidunt et aucta senescunt".*

18 Fuente original, no necesariamente la de Hugo, Persio, *Saturae,* III, 84: *"De nihilo nihilum, in nihilum nil posse reverti".*

19 Maximiano, *Elegiae,* I, 222: *"Et reddit ad nihilum, quod fuit ante nihilum".*

VII
DEL MUNDO SUPRALUNAR Y DEL MUNDO SUBLUNAR

Por lo anterior, los astrólogos dividieron el mundo en dos partes, a saber, la parte que se encuentra por encima del círculo de la Luna y aquella que está por debajo del mismo. Al mundo supralunar lo llamaron naturaleza porque en él todo se rige por la ley primordial; y al sublunar, obra de la naturaleza, es decir, del mundo superior, porque todos los géneros de seres animados que en él perviven por la infusión del soplo vital reciben de los seres superiores el alimento que se les infunde por canales invisibles, de manera que no sólo nazcan y crezcan, sino que también se alimenten y perduren. A ese mismo mundo superior también lo caracterizaban como tiempo, por el curso y movimiento de los astros que en él se encuentran; al inferior, como temporal, por estar sujeto a los movimientos del superior. También al mundo supralunar lo designaron como elíseo, por la permanente tranquilidad de luz y de reposo; a éste como infierno, por la inconstancia y confusión de las cosas que fluctúan.

Nos hemos extendido un poco sobre esto para mostrar que el hombre, en aquella parte en la que participa de la mutabilidad, también está sujeto a la necesidad; pero en la parte en que es inmortal, es semejante a la divinidad. De esto puede colegirse lo mismo que antes se dijo, a saber, que la intención de todas las acciones huma-

nas se centra en este fin: o que se restaure en nosotros la semejanza con la imagen divina, o que se atiendan las necesidades de esta vida, que en la medida en que pueda ser más fácilmente perjudicada por las adversidades, tanto más necesita ser cuidada y conservada.

VIII
¿EN QUÉ SE ASEMEJA EL HOMBRE A DIOS?

De dos maneras se restaura la semejanza del hombre con Dios, a saber, por la contemplación de la verdad y por la práctica de la virtud, pues el hombre es semejante a Dios cuando es sabio y justo, aunque lo es de manera mutable, mientras que Dios es sabio y justo de manera inmutable. Ahora bien, todas aquellas acciones que atienden las necesidades de esta vida se encuadran dentro de tres géneros diferentes: el primero es el de las que proporcionan la nutrición de la naturaleza; el segundo es el de las que la protegen de los perjuicios que se producen desde el exterior; el tercero, el de las que remedian los daños que le han sido causados. Así pues, se trata de una acción divina cuando pretendemos restaurar nuestra naturaleza, pero se trata de una acción humana cuando hacemos lo necesario para remediar nuestras flaquezas. Por tanto, toda acción es divina o es humana, y con toda congruencia podemos llamar a la primera *entendimiento* porque se obtiene de los seres superiores, pero llamaremos *conocimiento* a la segunda porque se obtiene de los inferiores y porque parece necesitada de cierta deliberación.

Por ello, si la sabiduría, como se dijo antes, modera todas las acciones que son dirigidas por la razón, se sigue como consecuencia que la sabiduría contiene las dos partes: el entendimiento y el conocimiento. El entendimiento, puesto que se ocupa tanto de la investigación de la verdad como de la consideración de la moral, lo dividimos en dos clases, el teórico o especulativo y el práctico o activo, que también se llama ética o moral. El conocimiento, en cambio, dado que se dirige a las obras humanas, recibe el apropiado nombre de mecánico, es decir, que a[du]ltera.

IX
DE LAS TRES OBRAS

"Existen tres obras, a saber, la obra de Dios, la obra de la naturaleza y la obra del artífice que imita la naturaleza".[20] La obra de Dios es crear lo que no existía, y por ello se dice: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra";[21] la obra de la naturaleza transforma en realidad actual lo que estaba latente, y por ello se dice: "Produzca la tierra la hierba verde";[22] la obra del artífice es reunir lo que estaba disgregado o separar lo que estaba unido, y por ello se dice: "Se cosieron taparrabos".[23] Esto porque ni la tierra pudo crear el cielo, ni el hombre producir la hierba, pues ni siquiera puede agregar un palmo a su estatura.

De estas tres obras, la obra humana, que no es naturaleza pero la imita, recibe el nombre adecuado de mecánica, esto es, que a[du]ltera,[24] del mismo modo como se da el nombre de mecánica a la llave falsa. Aunque resulta largo y complicado explicar en detalle de qué manera la obra del artífice imita la naturaleza, podemos explicarlo brevemente por la vía de algunos ejemplos. Así, el que funde una estatua tiene al hombre como modelo; pero el que edifica una casa se fija en la montaña porque, como dice el profeta: "Haces manar las fuentes en los valles, entre los montes se deslizan",[25] porque las partes altas de los montes no pueden contener las aguas, así que la casa debe ser levantada en algún alto promontorio para que pueda resistir en pie las fuerzas de las tempestades que se abaten sobre ella. El primero que recurrió al uso de la vestimenta consideró que cada una de las criaturas que nacen está dotada de ciertas defensas propias que la protegen de las amenazas del exterior. Así, la corteza rodea al tronco, la pluma resguarda al pájaro, la escama cubre al pez, el vellón envuelve a la oveja, el pelo reviste a las bestias y a las fieras, el caparazón oculta a la tortuga, el marfil hace que el elefante no tenga temor a los dardos.

Y no sin razón sucede que mientras todos los seres animados de la naturaleza tienen desde su nacimiento sus propias armas, sólo el hombre nace inerme y desnudo. Era preciso, en efecto, que la naturaleza otorgara la protección necesaria a aquellos que no pueden valerse por sí mismos, pero que al hombre se le diera en esto la gran oportunidad de experimentar y descubrir por su propia razón

[20] Adaptado del comentario de Calcidio al *Timaeus*.

[21] Gn 1, 1.

[22] Gn 1, 11.

[23] Gn 3, 7.

[24] Como observa Taylor, Hugo asocia "mecánica" con el griego *moichos,* en latín *moechus,* "adúltero", y no con *mecage,* "máquina". Salustio, (*Bellum Jugurthinum,* 12,3), emplea la expresión *"claves adulterinae"* o "llaves falsas".

[25] Sal 104, 10. (Recuérdese la nota 1 del prefacio sobre la diferencia de una unidad en la numeración).

lo que a los demás les es dado por la naturaleza. En efecto, mucho más resplandece ahora la razón del hombre inventando estas cosas que recibiéndolas. Con razón dice el proverbio: "La necesidad es la ingeniosa inventora de todas las artes". Ciertamente, por esta razón existen todas aquellas excelentísimas obras que ahora pueden verse como resultado de los empeños del hombre, pues en ella tienen su origen las incontables manifestaciones en la pintura, el tejido, la escultura, la fundición, que provocan nuestra admiración no sólo por la naturaleza sino también por el artífice.

X
DE QUÉ COSA ES LA NATURALEZA

Dado que ya hemos nombrado a la naturaleza muchas veces y aunque, como dice Cicerón, sea difícil definirla,[26] no parece que debamos guardar silencio total sobre el significado de este vocablo. Además, no porque no podamos hablar de todas las cosas que quisiéramos vamos a guardar silencio sobre lo que sí podemos hablar. Es mucho lo que se conserva de lo que los antiguos dijeron sobre la naturaleza, aunque no tanto como para que ya no haya nada más que añadir. En lo que yo puedo deducir de sus enseñanzas, son tres los significados más importantes que ellos daban a este vocablo asignando a cada uno su definición.

De acuerdo con el primer significado, con este nombre quisieron designar el arquetipo ejemplar de todas las cosas, presente en la mente divina y a cuya imagen todas han sido formadas. Afirmaban que la naturaleza es la causa primordial de cada cosa, causante no sólo del ser sino del ser de tal modo, y a tal significado se le asigna esta definición: "La naturaleza es lo que a cada cosa otorga su propio ser".

De acuerdo con el segundo significado, decían ellos que la naturaleza es el ser propio de cada cosa y a tal significado se le asigna esta definición: "Se llama naturaleza a la diferencia específica que da forma a cada cosa".[27] Aplicamos este significado cuando afirmamos que por su naturaleza las cosas pesadas caen a tierra y las ligeras se dirigen hacia arriba; que el fuego quema y el agua humedece.

La tercera definición es la siguiente: "La naturaleza es el fuego como artífice, que en virtud de una fuerza especial actúa en la

26 *De inventione*, I.xxiv.34: *"Naturam ipsam definire difficile est"*.

27 Adaptado de Boecio, *Contra Eutychen*, I (PL, LXIV, 1342B). Hugo escribe *propria*, Boecio, *specifica*.

creación de las cosas sensibles".[28] En efecto, dicen los naturalistas que todas las cosas son procreadas a partir del calor y del humor. De ahí que Virgilio llame "padre"[29] al océano y que Valerio Sorano, en algún verso sobre Júpiter y su asociación con el fuego etéreo, afirme: "Júpiter omnipotente, creador de la naturaleza y de los reinos. Padre y madre a la vez, siendo uno y el mismo, de verdaderos dioses".[30]

XI
DEL ORIGEN DE LA LÓGICA

Después de haber presentado el origen de las partes teórica, práctica y de la mecánica, queda por investigar también el origen de la lógica, la que menciono al final porque fue la última en aparecer, cuando las demás ya se habían formado. Pero era necesario llegar también a encontrar la lógica, porque nadie puede discutir adecuadamente un asunto si carece de un conocimiento correcto y veraz sobre la racionalidad del lenguaje, pues, como afirma Boecio, cuando los antiguos se entregaban a la investigación de la naturaleza de las cosas y de las características de la moral, era inevitable que cayeran en errores, pues carecían de precisión en el uso de las palabras y de los conceptos.

"Esto se ve con frecuencia en Epicuro, quien afirma que el mundo está compuesto de átomos y se engaña al afirmar que el placer es honesto. Es claro que esto le pudo suceder a Epicuro y a otros por ser inexpertos en el arte de la discusión, pues suponían que lo que estaba presente en su razonamiento, eso mismo sucedía también en la realidad. Pero éste es un gran error, porque las cosas no están presentes en el razonamiento de la misma manera como lo están en una operación aritmética. En este caso es necesario, sin lugar a dudas, que la cantidad numérica que se obtiene como resultado de un cálculo correcto sea la misma que se observa en la realidad, de manera que si el resultado del cálculo fuera el número cien, es necesario que sean cien también las cosas sujetas a dicho cálculo. Pero esto no sucede de la misma manera en el arte de la discusión, ni todo lo que se encuentra en el transcurso de la argumentación corresponde a un objeto determinado en la naturaleza. Por esto era inevitable que se equivocaran aquellos que, igno-

[28] La fuente más antigua, no necesariamente la de Hugo, es Cicerón, *De natura deorum,* II, xxii, 57s.

[29] Virgilio, *Georgica,* iv, 382: *"Oceanumque patrem rerum nymphasque sorores".*

[30] San Agustín, aunque no sea la fuente directa, ofrece una concepción semejante: *"Jupiter omnipotens rerum regumque deumque progenitor genitrixque, deus unus et omnes": De civitate Dei,* VII, 9. (Se corrige la referencia de Taylor, VII en lugar de VI).

rando el arte de la discusión, investigaban la naturaleza de las cosas. En efecto, antes de llegar al conocimiento cierto de cuál forma de razonamiento conduce a un resultado seguro en el arte de disputar y cuál a uno que sólo es verosímil; y antes de poder reconocer cuál es confiable y cuál dudosa, no se podía llegar por el razonamiento a la verdad incorruptible de la naturaleza.

"Así pues, es un hecho que los antiguos incurrieron en muchos y frecuentes errores que los llevaron en la discusión a conclusiones falsas y contrarias entre sí; y puesto que parecía imposible explicar, cuando en el mismo asunto se había llegado a conclusiones contrarias, cómo podían ser verdaderas ambas si a ellas se había llegado por diferentes razonamientos y se tenía incertidumbre para decidir en cuál de éstos confiar; por todo ello se vio que era necesario, ante todo, considerar la naturaleza verdadera y completa del arte de la discusión; y una vez conocido éste, poder determinar también si los resultados de la discusión estaban bien sustentados. Éste es, pues, el origen de la lógica como disciplina especial que capacita para discernir entre los diversos modos de discutir y entre los mismos razonamientos, y que permite reconocer cuál de ellos es verdadero y cuál de ellos es falso y cuándo; cuáles son siempre falsos y cuáles nunca lo son".[31] Esta disciplina es ciertamente la última en el tiempo de aparición, pero la primera en el orden de clasificación; y debe ser, por tanto, la primera que se enseñe a los que se inician en la filosofía porque en ella se aprende la naturaleza de las palabras y de los conceptos, sin los cuales no se puede exponer razonablemente ningún tratado de filosofía.

31 Cita de Boecio, *Commentaria in Porphyrium a se translatum,* II (PL, LXIV, 72C-73B). Se corrige referencia de Taylor.

La palabra *lógica* deriva del griego *logos,* que tiene un doble significado, pues quiere decir *palabra* o *razón,* de ahí que la lógica pueda ser catalogada como ciencia del lenguaje o como ciencia del razonamiento. La lógica racional, que se llama argumentativa, comprende la dialéctica y la retórica; la lógica lingüística es el género al que pertenecen la gramática, la dialéctica y la retórica, y por tanto incluye la lógica argumentativa. Y es esta lógica lingüística la que ubicamos en el cuarto lugar, después de las partes teórica, práctica y mecánica. Y no debe pensarse que se llame lógica del lenguaje en el sentido de que antes de su formación no existieran las palabras, o como si no hubiera existido antes la interlocución entre los hombres. Desde antes existían las palabras

habladas y escritas, pero aún no había sido codificado un arte de la razón y sentido de la palabra hablada y escrita; todavía no aparecían las normas que regulan las formas de hablar y disputar correctamente. Es cierto, todas las ciencias aparecieron como práctica antes de ser codificadas como arte; no obstante, llegó el momento en que se pensó que la práctica podía convertirse en arte, y que lo que antes había sido confuso y arbitrario podía ser delimitado con reglas y preceptos claros. Entonces, como se ha dicho, se comenzó a convertir en arte la costumbre que se había originado en parte en la casualidad y en parte en la naturaleza, corrigiendo lo que el uso tenía de torcido, colmando sus vacíos, eliminando sus adherencias y, además, prescribiendo reglas y preceptos claros para cada caso.

Tal fue el origen de todas las artes y lo constatamos como algo cierto al recorrer el camino de cada una de ellas. Antes de que existiera la gramática, ya los hombres hablaban y escribían; antes de que existiera la dialéctica, ya distinguían mediante el razonamiento lo verdadero de lo falso; antes de que existiera la retórica, ya se ocupaban de los derechos civiles; antes de que existiera la aritmética, ya tenían el conocimiento de los números; antes de que existiera la música como arte, ya cantaban; antes de que existiera la geometría, ya medían los campos; antes de que existiera la astronomía, ya percibían la división del tiempo por el curso de las estrellas. Pero después aparecieron las artes que, aunque tienen su origen en la práctica, la superan.

Aquí sería el lugar apropiado para exponer quiénes fueron los iniciadores de cada una de las artes, en qué época destacaron y dónde y cómo gracias a ellos fueron los comienzos de cada disciplina; sin embargo, quiero primero establecer la distinción entre cada una de las artes recurriendo para ello a una división de la filosofía.

Por tanto, es oportuno recapitular brevemente lo que antes se dijo para que de manera más fácil se pueda lograr la vinculación con lo que sigue. Dijimos que hay sólo cuatro ciencias principales, y que de ellas dependen todas las demás, a saber, la teórica, que se ocupa de la especulación sobre la verdad; la práctica, que se dedica a la disciplina de las costumbres; la mecánica, que gobierna las actividades de esta vida; y la lógica, que aporta el conocimiento para hablar con corrección y para discutir con precisión.

Es oportuno hacer alusión aquí a aquel número cuaternario del alma, que reverentemente invocaban los antiguos en sus juramentos, de donde proviene la expresión: Por aquel que dio a nuestra alma el número cuaternario.[32]

Repitiendo brevemente la definición de la filosofía, mostraremos cómo estas ciencias se subordinan a la filosofía y cuáles son las que a ellas se subordinan.

32 Si la fuente última es el *Aureum carmen* (línea 47 del texto griego; 51-52 del texto latino), como nos informa Taylor, la fuente inmediata es Macrobio, *In somnium Scipionis,* vi, xli: *"Per qui nostrae animae numerum dedit ipse quaternum".*

Libro segundo

I
DE LA DIFERENCIA ENTRE LAS ARTES

"La filosofía es el amor a la sabiduría, la que de nada necesita, mente viviente y única razón primigenia de todas las cosas".[33] Esta definición se basa, en buena parte, en la etimología de la palabra, porque *philos* en griego significa amor y *sophia* significa sabiduría; de ahí viene la palabra filosofía, es decir, amor a la sabiduría. Lo que luego se añade, "que de nada necesita, mente viviente y única razón primigenia de todas las cosas", se refiere a la sabiduría divina, de la que se dice que nada necesita porque de nada carece, y a la vez y al mismo tiempo tiene ante sí todo lo pasado, lo presente y lo futuro. Es llamada "mente viviente" porque lo que está presente en la mente divina jamás desaparecerá por el olvido; y es "razón primigenia de todas las cosas" porque todas fueron conformadas a semejanza suya.

[33] Cita de Boecio, *In Porphyrium dialogi,* I.iii (PL, LXIV, 10D.11A). Se completa la referencia de Taylor.

Según han dicho algunos, lo que motiva a las artes es algo que por siempre permanece, y lo que mueve a todas las artes y a lo que aspiran es a la restauración de la semejanza divina en nosotros, la que en nosotros es forma adquirida mientras que en Dios es naturaleza, y a la que mientras más nos asemejamos mayor será nuestra sabiduría. Entonces es cuando en nosotros comienza

a brillar de nuevo la luz que en su mente siempre ha existido, y que en nosotros es transitoria mientras que en Él es inmutable.

Dicho de otra manera: "la filosofía es el arte de las artes y la disciplina de las disciplinas",[34] es decir, aquélla hacia la que se ordenan todas las artes y todas las disciplinas. El conocimiento puede llamarse arte "cuando se basa en preceptos y reglas de lo que es un arte",[35] como es el caso de la escritura; pero se llama disciplina cuando es completo, como es el caso de la ciencia doctrinal (matemáticas). También puede llamarse arte cuando se trata de lo que es opinable o verosímil; pero se llama disciplina cuando se diserta con sólida argumentación sobre lo que es de tal modo que no puede serlo de otro; ésta es la diferencia que entre arte y disciplina establecieron Platón y Aristóteles. También puede llamarse arte cuando se trabaja la materia inerte, y se expresa en su transformación, como es el caso de la arquitectura; pero se llama disciplina cuando se basa en la especulación y se expresa sólo en el razonamiento, como es el caso de la lógica.

Dicho de otra manera: "La filosofía es la meditación sobre la muerte, lo que es aplicable sobre todo a los cristianos, quienes, habiendo superado las ambiciones terrenales, imitan la vida de la patria futura viviendo sometidos al régimen de la disciplina".[36] Aún de otra manera: la filosofía es la disciplina que investiga y comprueba las razones de todas las cosas, divinas y humanas. Por ello atañe a la filosofía la razón de ser de todo lo que se investiga, aunque su influjo es menor en la parte operativa, y por todo esto se dice que la filosofía de algún modo se extiende a todas las cosas.

La filosofía se divide en teórica, práctica, mecánica y lógica, y estas cuatro partes contienen la totalidad de la ciencia. La teórica se define como especulativa; la práctica, como activa, que también se conoce como ética o moral, dado que las costumbres deben basarse en las buenas acciones; la mecánica, como a[du]lteradora, porque se ocupa de las obras humanas; la lógica, como lingüística, porque trata de las palabras. La teórica se divide en teología, matemáticas y física, división que Boecio hace con otros términos y divide la parte teórica en *intelectible,* inteligible y natural; por *intelectible* designa la teología, por inteligible, las matemáticas, y por natural, la física. El término *intelectible* lo define de la forma siguiente:

[34] La cita, nos dice Taylor, puede provenir de Casiodoro, *Institutiones* (*Instituciones de las letras divinas y seculares*), II.iii.5, o de Isidoro, *Etymologiae,* II.xxiv.9.

[35] Cita de Isidoro, *Etymologiae,* I.i.2: *"Ars vero dicta est, quod artis praeceptis regulisque consistat".*

[36] Cita de Isidoro, *ibid.,* II.xxiv.9: *"Philosophia est meditatio mortis…"*

II
DE LA TEOLOGÍA

"*Intelectible* es lo que, como uno e idéntico, permanece siempre por sí mismo en su propia divinidad, y que no puede ser captado por ningún sentido, sino sólo por la mente y el intelecto. Su búsqueda se basa en la contemplación de Dios y de la incorporeidad del alma, así como en la consideración de la verdadera filosofía";[37] y es lo que los griegos, como nos dice Boecio, llaman teología, es decir, un discurso sobre las cosas divinas, porque *Theos* se traduce como Dios y *logos* como discurso o razón. Por tanto, es teología "en cuanto que nos permite tratar con la mayor profundidad lo relacionado con la inefable naturaleza de Dios o con las criaturas espirituales".[38]

[37] En Boecio, *In Porphyrium dialogi,* I.iii (PL, LXIV, 11C).

[38] En Isidoro, *Etymologiae,* II.xxiv.13: *"Divinalis dicitur quando aut ineffabilem naturam Dei..."*

III
DE LAS MATEMÁTICAS

De las matemáticas, por otra parte, se dice que son una ciencia doctrinal; sin embargo, cuando la palabra se usa sin la *h*, *matesis,* se interpreta como vanidad y designa la superstición de aquellos que colocan en los astros los destinos del hombre, por lo que han recibido el nombre de "astrólogos"; pero cuando se escribe con la *h,* adquiere el sentido doctrinal.[39] Ésta es la ciencia "que se ocupa de la cantidad abstracta, que se llama así cuando por medio del entendimiento es separada de la materia o de sus otros accidentes, y nos ocupamos de ella con el puro razonamiento, considerando la cantidad en cuanto tal, como par, impar, u otros atributos semejantes":[40] separación que es fruto de la enseñanza matemática, no de la naturaleza. Boecio llama a esta parte *inteligible,* "que incluye la primera, la *intelectible,* por el pensamiento y el entendimiento que contemplan todas las obras celestes de la divinidad suprema y todo aquello que bajo el globo lunar goza de ánimo bienaventurado y de sustancia más pura y, por último, las almas de los hombres. Pero todos éstos, que pertenecían a la sustancia primaria, la *intelectible,* por el contacto de los cuerpos se degradaron y pasaron de los *intelectibles* a los inteligibles, de manera que más que ser objeto de entendimiento son ellos los sujetos que entienden, y ma-

[39] En griego, *mathesis* significa "conocimiento"; *mataiotes,* "vanidad".

[40] En Casiodoro, *Institutiones,* II. Praefatio, 4, o en otros pasajes semejantes mencionados por Taylor.

yor dicha encontrarán por la pureza de su entendimiento cuanto más se dediquen a la consideración de los *intelectibles*".[41]

[41] En Boecio, *In Porphyrium dialogi,* I.iii (PL, LXIV, 11C).

Es cierto que la naturaleza de los espíritus y de las almas, por ser incorpórea y simple, es partícipe de la sustancia *intelectible;* sin embargo, dado que el espíritu no desciende uniformemente por medio de los sentidos a la comprensión de las cosas sensibles, y que atrae hacia sí mismo por la imaginación la semejanza de aquéllas, deja de alguna manera su simplicidad al recibir lo compuesto. Y no puede decirse que sea totalmente simple aquello que es semejante a lo compuesto.

Así pues, la misma cosa pero por diversos conceptos es, a la vez, *intelectible* e inteligible. Es *intelectible* porque su naturaleza es incorpórea y porque no puede ser aprehendida por ningún sentido; pero es inteligible por lo mismo que tiene cierta semejanza con las cosas sensibles, aunque no es sensible. Es *intelectible* lo que ni es sensible ni es imitación de lo sensible; es inteligible aquello que sólo puede ser percibido por el intelecto, pero él mismo no percibe sólo con el intelecto, pues tiene imaginación y sentidos, con los que puede aprehender lo que está sometido a los sentidos. Pero al tocar los cuerpos se degrada, porque cuando a través de las sensaciones de los sentidos se dirige a las formas visibles de los cuerpos y, una vez alcanzadas, por medio de la imaginación las atrae hacia sí, se fragmenta su simplicidad tantas veces cuantas se ve afectado por cualidades de sensaciones de signo contrario. Sin embargo, cuando se aparta de esta distracción, y concentrado en sí mismo se eleva a la inteligencia pura, se convierte en bienaventurado participante de la sustancia *intelectible*.

IV
DEL NÚMERO CUATERNARIO DEL ALMA

Este mismo número nos ilustra sobre la razón de este progreso y regreso del alma. Cuando se dice "tres veces *uno* da tres"; luego, "tres veces tres da nueve"; después, "tres veces nueve da veintisiete"; y "tres veces veintisiete da ochenta y *uno*", en este cuarto paso se presenta el *uno,* la unidad original; y verás que sucede lo mismo si se continúa multiplicando indefinidamente, pues siempre en el cuarto paso reaparecerá la unidad. Por esto, la esencia

simple del alma se expresa de la forma más apropiada mediante el *uno,* por ser también incorpóreo él mismo. También el número ternario, por estar integrado por el *uno,* que es su vínculo indivisible, de modo conveniente es relacionado con el alma, de la misma manera que el número cuaternario, por estar integrado por el *dos,* que es divisible, pertenece con propiedad al cuerpo.

Así pues, la primera progresión del alma se da cuando desde su esencia simple, que se representa mediante la mónada, se extiende hacia lo virtual ternario, en donde por la concupiscencia desea una cosa, por la ira rechaza otra y por la razón discierne entre ambas. Y con razón se afirma que desde la mónada fluye hacia la tríada porque toda esencia es por naturaleza anterior a sus potencias. Además, si el mismo *uno* se encuentra tres veces en el número ternario por el que se multiplica, esto significa que el alma se encuentra toda entera en cada una de sus potencias y no está en ellas dividida en partes. No podemos, pues, decir que la razón sola, o la ira sola, o la concupiscencia sola constituyan una tercera parte del alma. En efecto, la razón no es distinta del alma ni menos que ella en la sustancia; ni la ira es distinta del alma ni menos que ella; ni la concupiscencia es distinta del alma ni menos que ella, sino que la misma y única sustancia recibe diferentes nombres según sus diferentes potencias.

Enseguida, en una segunda progresión, el alma desciende del ternario virtual para dirigir la música del cuerpo, que se estructura sobre el número nueve porque nueve son los orificios del cuerpo humano a través de los cuales, y según el natural equilibrio de los humores, entra o sale todo lo que requiere el cuerpo para su alimentación y conservación. Esto también es manifestación del orden porque por naturaleza el alma posee sus potencias antes de unirse al cuerpo.

Después, en una tercera progresión, y habiendo ya salido el alma de sí misma por los sentidos hacia las cosas visibles —que ella debe administrar y son representadas por el número veintisiete, que es un número cúbico y, a semejanza del cuerpo, se extiende en tres dimensiones— se dispersa en toda clase de acciones.

Pero en la cuarta progresión el alma, ya separada del cuerpo, retorna a la pureza de su simplicidad, y por tanto en la cuarta multiplicación, en la que tres veces veintisiete llega al ochenta y uno, la mónada aparece en la suma aritmética, de manera que resulta

evidente que el alma, después del final de esta vida, que se representa por el número ochenta, retorna a la unidad de su simplicidad, de la que se había apartado cuando descendió para gobernar al cuerpo humano. Que la meta de la vida humana se fije naturalmente en la edad de ochenta años, lo declara el profeta: "Si por buena salud", dice, "se llega a la edad de ochenta años, mayores serán los achaques y los sufrimientos".[42] Algunos piensan que esta cuádruple progresión debe ser entendida como el número cuaternario del alma, del que antes hablamos, y lo llaman así para distinguirlo del número cuaternario del cuerpo.

[42] Sal 90, 10.

V
DEL NÚMERO CUATERNARIO DEL CUERPO

En efecto, también al cuerpo se asigna un número cuaternario, y así como la mónada se acopla al alma, así también se acopla al cuerpo el número *dos.* Cuando se dice "dos veces dos dan cuatro"; luego, "dos veces cuatro dan ocho"; después, "dos veces ocho dan dieciséis"; y "dos veces dieciséis dan treinta y *dos*", en este cuarto paso se presenta, de manera semejante, el mismo número, es decir, el dos, con el que se inició la multiplicación, y si se continúa así indefinidamente, sin duda acontecerá que en el cuarto paso reaparecerá siempre el número dos. Éste es el número cuaternario del cuerpo, con el que se da a entender que todo aquello que está compuesto por elementos divisibles también es divisible.

Creo que ahora ya puede verse muy claramente cómo las almas se degradan al pasar de los *intelectibles* a los inteligibles, cuando descienden de la pureza de la simple inteligencia, que no es ofuscada por ninguna imagen corporal, a la imaginación de las cosas visibles; y cómo nuevamente recobran mayor beatitud cuando, apartándose de esta distracción, se concentran en la fuente simple de su naturaleza y cómo marcadas con una especie de signo de la figura óptima, recuperan su lugar. Para decirlo de manera aún más clara, lo *intelectible* en nosotros es el entendimiento, lo inteligible es la imaginación. El entendimiento consiste en el conocimiento puro y cierto de los principios de las cosas, es decir, de Dios, de las ideas, de la materia y de las sustancias incorpóreas; la imaginación, en cambio, consiste en la memoria de

las sensaciones, de la impronta que los cuerpos dejan en el alma, y es un principio de conocimiento que por sí mismo no tiene nada de cierto. La sensación es la impresión que el alma en el cuerpo padece por la acción de las cualidades de las cosas que la afectan desde fuera.

VI
DEL CUADRIVIO

Si, como se dijo antes, es propio de las matemáticas ocuparse de la cantidad abstracta, es preciso ahora investigar sus diferencias específicas en cada una de las partes en que se divide la cantidad. La cantidad abstracta no es otra cosa que la forma visible, según la dimensión lineal, impresa en el alma, que se fija en la imaginación, y comprende dos partes: una es continua, como el árbol o la piedra, y se llama magnitud; otra es discontinua, como el rebaño o el pueblo, y recibe el nombre de multitud. En ésta, unas cantidades se explican sólo en relación consigo mismas, como los números tres, cuatro, o cualquier otro entero; otras se explican en relación con otra cantidad, como doble, mitad, uno y medio, uno y un tercio u otro semejante. La magnitud puede ser móvil como las esferas del universo, o inmóvil como la tierra. De acuerdo con esto, de la multitud que se explica por sí misma se ocupa la aritmética, pero de la que se explica en relación con otra se ocupa la música; el conocimiento de la magnitud inmóvil pertenece a la geometría, pero la disciplina astronómica reivindica el conocimiento de la magnitud móvil. Así pues, las matemáticas se dividen en aritmética, música, geometría y astronomía.

VII
DE LA PALABRA "ARITMÉTICA"

Ares, en griego, se traduce en latín como *virtus,* poder, y *rithmus* como *numerus,* número; de ahí que "aritmética" signifique "el poder del número", y que el poder del número consista en que todas las cosas fueron formadas a su semejanza.

VIII
DE LA PALABRA "MÚSICA"

"Música" viene de la palabra *aqua,* agua, porque no puede existir eufonía, es decir, buena sonoridad, sin humedad.

IX
DE LA PALABRA "GEOMETRÍA" [43]

"Geometría" quiere decir "medida de la tierra", porque los primeros en practicar esta disciplina fueron los egipcios, quienes, cuando el limo de las inundaciones del Nilo cubría los márgenes y borraba los límites, comenzaron a medir las tierras sirviéndose de varas y de cuerdas. Posteriormente los expertos aplicaron la medición y extendieron su uso a los espacios del mar, del cielo, de la atmósfera y de cualquier otro cuerpo.

43 Taylor relaciona este capítulo con Casiodoro (*Institutiones,* II.vi.1) o con Isidoro (*Etymologiae,* III.x.1-3).

X
DE LA ASTRONOMÍA

La diferencia entre astronomía y astrología parece consistir en que la astronomía tomó el nombre de su etimología, "ley de los astros"; la astrología se llamó así por ser como un "tratado sobre los astros", ya que *nomia* se traduce como ley y *logos* como discurso. Así, la astronomía es la que trata de la ley de los astros y de las revoluciones del cielo, y la que investiga las regiones, las órbitas, los recorridos, las auroras y los ocasos de los astros y el porqué de cada uno de sus nombres. La astrología es la que se basa en la observación de los astros en su relación con el nacimiento, la muerte y muchos otros acontecimientos, y es en parte natural, en parte supersticiosa. Es natural en cuanto referida a la conformación de los cuerpos, como la salud, la enfermedad, la tempestad, la calma, la fertilidad o la esterilidad, que varían según los equilibrios que guardan entre sí los cuerpos superiores; es supersticiosa en lo que se refiere a los casos circunstanciales y los que dependen del libre albedrío, y de esta parte se ocupan los astrólogos.

XI
DE LA ARITMÉTICA [44]

La aritmética tiene como materia el número par y el impar. De los números pares, uno es igualmente par, otro igualmente impar y otro desigualmente par. También el número impar tiene tres clases, la primera es la del número que es primo y no compuesto; la segunda es la del número que es segundo y compuesto; la tercera es la del número que por sí mismo es segundo y compuesto, pero primo y no compuesto en relación con otros.

[44] La terminología de este capítulo se explica, siempre según Taylor, por Boecio (*De arithmetica,* I.iii.xvii, PL, LXIII, 1083-1096) y por Isidoro (*Etymologiae,* v.i-viii).

XII
DE LA MÚSICA [45]

Hay tres clases de música: la del universo, la del hombre y la instrumental. De la música del universo, una se encuentra en los elementos; otra en los planetas; otra en la sucesión de tiempos. De la música de los elementos, una se encuentra en el peso; otra en el número; otra en la medida. De la música de los planetas, una se encuentra en el lugar; otra en el movimiento; otra en la naturaleza. De la música de la sucesión de tiempos, una se encuentra en los días, en la alternancia de luz y oscuridad; otra en los meses, en la sucesión de lunas crecientes y menguantes; otra en los años, en el cambio de primavera, verano, otoño e invierno.

De la música del hombre, una se encuentra en el cuerpo; otra, en el alma; otra, en la unión de ambos. De la música del cuerpo, una se encuentra en la potencia vegetativa, que es la que lo hace crecer y que corresponde a todo lo que nace; otra, en los humores, de cuya conformación depende la subsistencia del cuerpo humano, y que es común a todos los seres dotados de sentidos; otra, que de manera especial es congruente con los seres racionales, en las actividades, entre las que sobresalen las artes mecánicas, que son buenas si no son excesivas, de manera que aquello que debe fortalecer la debilidad no se convierta en alimento de la avaricia, como lo expresa Lucano en su elogio de Catón:

> Para él los banquetes consistían en dominar el hambre;
> Cualquier techo le servía como palacio contra la tempestad;

[45] Todo el capítulo, afirma Taylor, es un compendio de Boecio, *De musica* I.ii (PL, LXIII, 1171D s).

Cubrir su cuerpo con tosca vestimenta,
Era revestirlo con la toga del quirite romano.[46]

[46] Lucano, *Pharsalia,* II.384-387.

De la música del alma, una se encuentra en las virtudes, como son la justicia, la piedad y la templanza; otra, en las potencias, como son la razón, la ira y la concupiscencia. La música que se encuentra entre el cuerpo y el alma es aquella amistad natural que enlaza el alma con el cuerpo, pero no con vínculos corporales sino con ciertos vínculos afectivos, para dotarlo de movimiento y sensibilidad. En virtud de esta amistad "nadie puede odiar su propia carne".[47] Esta música consiste en que se ame la carne, pero más al espíritu; en que se cuide al cuerpo, pero sin que perezca la virtud.

[47] Ef 5, 29.

De la música instrumental, una se encuentra en la pulsión, como en los tímpanos y en las cuerdas; otra, en el aliento, como en las flautas y en los órganos; otra en la voz, como en los poemas y en los cánticos. "También son tres los tipos de músicos: uno es el que compone los cantos; otro, el que toca los instrumentos; el tercero, el que emite su juicio sobre la ejecución de los instrumentos y de los cantos".[48]

[48] Cita, con algunas variantes, de Boecio, *De musica,* I.xxxiv (PL, LXIII, 1196B).

XIII
DE LA GEOMETRÍA

La geometría tiene tres partes: la planimetría, la altimetría y la cosmometría. La planimetría mide lo plano, es decir, lo largo y lo ancho, y su medición se extiende hacia delante y hacia atrás, a la derecha y a la izquierda. La altimetría mide lo alto, y su medición se extiende hacia arriba y hacia abajo, pues se dice del mar que es alto, es decir, profundo, y que el árbol es alto, es decir, elevado. "Cosmos" equivale a universo, y de ahí deriva la palabra cosmometría, es decir, la medida del universo; ésta es la que mide los cuerpos esféricos, es decir, en forma de globo y redondos, como la pelota y el huevo. Y debido a la excelencia de la esfera del universo se llama cosmometría, no sólo porque se ocupe de la medida del universo, sino porque la esfera del universo es la de más dignidad entre todos los cuerpos esféricos.

XIV
DE LA ASTRONOMÍA

Lo que precede no contradice nuestra afirmación anterior que atribuía a la geometría la magnitud inmóvil y la móvil a la astronomía, porque esto fue dicho teniendo en cuenta el descubrimiento original, que explica el nombre "geometría" o "medida de la tierra". Pero podemos decir también que lo que la geometría considera en la esfera del universo, esto es, la dimensión de las regiones y de los círculos celestes, es algo inmóvil desde el punto de vista de la consideración geométrica, que no toma en cuenta el movimiento sino el espacio; en cambio, lo que observa la astronomía es lo que se mueve, es decir, el curso de los astros y los intervalos del tiempo. Y por ello afirmamos que en todos los casos la magnitud inmóvil depende de la geometría y la móvil de la astronomía, porque aunque ambas se ocupen de la misma realidad, una contempla lo que permanece y otra observa lo que cambia.

XV
DEFINICIÓN DEL CUADRIVIO

Así pues, la aritmética es la ciencia de los números. La música se ocupa de la división de los sonidos y de la variedad de las voces o, dicho de otra manera, la música o armonía es la concordia que resulta de reducir a la unidad la multiplicidad de lo diverso. La geometría es la disciplina de la magnitud inmóvil y la descripción contemplativa de las formas, por la cual se pueden mostrar los límites de cada cosa o, dicho de otra manera, la geometría es la "fuente de las percepciones y el origen de las expresiones".[49] La astronomía es la disciplina que investiga los espacios, los movimientos y los circuitos de los cuerpos celestes en intervalos precisos.

[49] *Cf.* Casiodoro, *Institutiones,* II.iii.14; Isidoro, *Etymologiae,* II.xxix.16.

XVI
DE LA FÍSICA

La física considera las causas de las cosas tal como aparecen en sus efectos e investiga éstos a partir de sus causas:

"De dónde provienen los temblores de la tierra, qué fuerza hincha
los embravecidos mares;
De dónde procede la fuerza que hace crecer la hierba y mueve
el instinto y la ferocidad de las bestias;
De dónde viene toda la variedad de plantas y de piedras y también
de reptiles".[50]

50 Virgilio, *Georgica,* II.479 ss.

Physis quiere decir naturaleza, por lo que Boecio menciona la física natural en el nivel superior de la ciencia teórica;[51] también es conocida como fisiología, es decir, discurso que trata de la naturaleza, y que considera las causas y sus efectos. Algunas veces se toma la física en sentido amplio, equivalente a la ciencia teórica, y según esta acepción algunos dividen la filosofía en tres partes, esto es, física, ética y lógica. Esta división no incluye las artes mecánicas, sino que restringe la filosofía a la física, la ética y la lógica.

51 Boecio, *In Porphyrium dialogi,* II.iii (PL, LXIV, 11C).

XVII
DE LO QUE ES ESPECÍFICO DE CADA UNA DE LAS ARTES

Aunque todas las artes se dirigen al mismo fin de la filosofía no recorren el mismo camino, sino que cada una tiene sus propias consideraciones por las que difieren entre sí. La consideración de la lógica se dirige a las cosas y se ocupa de los conceptos de las mismas, ya sea por medio del entendimiento, de manera que nuestros conceptos no se identifiquen con las cosas ni con sus semejanzas, ya sea por medio del razonamiento, de manera que no se identifiquen con las cosas pero sí con sus semejanzas. La lógica, por tanto, considera las especies y los géneros de las cosas.

Es propio de las matemáticas analizar por la razón las formas puras de las realidades complejas. Por ejemplo, en la realidad de las cosas la línea no aparece separada de la superficie ni de la solidez; en efecto, no hay cuerpo que sólo tenga longitud y carezca de anchura y altura, sino que en todo cuerpo se dan estas tres propiedades simultáneamente. La razón, sin embargo, analiza la línea pura por sí misma, sin superficie ni grosor, como objeto matemático, lo que no significa que en la realidad sea o pueda ser así, sino que con frecuencia la razón considera las realidades de las cosas, no como son, sino como pueden ser, no en sí mismas, sino

en su relación con la razón, es decir, como la razón permite que algo sea. De acuerdo con esta consideración, se ha dicho que la cantidad continua se desdobla en un número ilimitado de partes y que la cantidad discontinua se incrementa al infinito. Tal es el vigor de la razón, que divide todo lo que es largo en partes largas, lo que es ancho en partes anchas, etcétera, y para la razón lo que carece de intervalo no puede producir intervalos.

Es propio de la física analizar las formas simples de las realidades compuestas. En efecto, las realidades de los cuerpos del mundo no son puras sino compuestas de formas puras, a las que la física, aunque por sí mismas no se encuentran en tal estado, las considera como tales y por sí mismas, a saber, la pura forma del fuego, o de la tierra, o del aire, o del agua. Y a partir de la naturaleza de cada elemento, por sí misma considerada, juzga de la conformación y de la eficiencia del todo.

Tampoco puede pasarse por alto que sólo la física se ocupa propiamente de las cosas, mientras que todas las demás disciplinas se ocupan de los conceptos de las cosas: la lógica trata de ellos según su carácter predicamental; las matemáticas, según su composición numérica. Y por ello, la lógica a veces se sirve de la pura inteligencia, mientras que las matemáticas nunca dejan de estar acompañadas por la imaginación y, por tanto, nunca se apropian de algo en forma realmente simple. Dado, pues, que la lógica y las matemáticas son anteriores a la física en el orden del aprendizaje, y de algún modo le sirven como instrumento —es preciso que de ellas tenga conocimiento previo todo aquel que quiera dirigir sus esfuerzos al conocimiento de la física— fue necesario que dedicaran primero su atención no a la realidad de las cosas, donde la experiencia es falaz, sino a la sola razón, donde permanece la verdad inconclusa, y sólo después, bajo la guía de la misma razón, se descendiera a la experiencia de las cosas.

Así pues, después de haber demostrado cómo la división de la parte teórica que ofrece Boecio es congruente con la que arriba expusimos, ahora brevemente volveremos a tratar de una y otra, para comparar entre sí punto por punto la terminología de ambas divisiones.

XVIII
COMPARACIÓN DE LOS PUNTOS ANTERIORES

El conocimiento teórico se divide en teología, matemáticas y física; dicho de otro modo, en *intelectible,* inteligible y natural; o aún de otro modo, en divino, doctrinal y filológico. Es, pues, lo mismo decir teología que *intelectible* o divino; es lo mismo decir matemáticas que inteligible o doctrinal; y es lo mismo decir física que filología o natural.

Hay algunos que piensan que estas tres partes del conocimiento teórico están significadas de manera misteriosa en uno de los nombres de Palas, figurada como diosa de la sabiduría; en efecto, también es llamada Tritona, como *tritoona,* es decir, conocimiento de tres —el de Dios, al que nombramos *intelectible;* el de las almas, al que nos referimos como inteligible, y el de los cuerpos, al que llamamos natural. Y con razón sólo a estos tres se aplica el nombre de sabiduría, porque, aunque a las otras tres —a la ética, a las ciencias mecánicas y a la lógica— convenientemente las podemos relacionar con la sabiduría; sin embargo, con mayor precisión damos los nombres de prudencia o ciencia a la lógica, por la elocuencia de la palabra, y a la mecánica y a la ética, por el cuidado de las costumbres y de las obras. Pero sólo llamamos sabiduría al conocimiento teórico por dedicarse a la reflexión sobre la verdad de las cosas.

XIX
MÁS SOBRE EL MISMO TEMA

La práctica se divide en individual, privada y pública; dicho de otro modo, en ética, económica y política; o de otro modo aún, en moral, administrativa y civil. Una es individual, ética o moral; otra, privada, económica o administrativa; y la última, pública, política o civil. *Oeconomus* se traduce como administrador, de ahí que la económica reciba el nombre de administrativa. *Polis,* en griego, se traduce al latín por *civitas* o ciudad, y de ahí viene el nombre de política, es decir, civil. Cuando establecemos que la ética es parte de la práctica, la ética debe asumirse estrictamente en cuanto que designa la conducta moral de cada persona y es la misma que la individual.

Por tanto, la ciencia práctica individual "es la que permite que, por el cuidado del propio comportamiento, alguien surja y crezca adornado de todas las virtudes, sin admitir en su vida nada que no sea motivo de gozo y sin hacer nada de lo que deba arrepentirse. La ciencia práctica privada es la que distribuye las funciones familiares y las organiza de acuerdo con esta estructura intermedia. La ciencia práctica pública es la que, asumiendo el cuidado de la cosa pública, se ocupa del bienestar de todos mediante su eficaz proveeduría, la balanza de su justicia, la estabilidad que procura su fortaleza, y por la paciencia de su tolerancia".[52]

[52] Cita, con algunas variantes, de Boecio, *In Porphyrium dialogi,* I.iii (PL, LXIV, 11D s).

Así pues, la ciencia práctica individual concierne a los individuos; la privada, a los padres de familia; la política, a los que gobiernan las ciudades. De la ciencia práctica "se dice que es actuante en cuanto que las cosas que se proponen se traducen en obras; se dice que es moral porque por ella se busca un modo honesto de vida y se establecen las normas que conducen a la virtud; se dice que es administrativa en tanto que ordena sabiamente los asuntos del hogar; se dice que es civil porque por ella se procura lo que conviene a toda la ciudad".[53]

[53] Cita de Isidoro, *Etymologiae,* II.xxiv.16.

XX
DE LA DIVISIÓN DE LAS ARTES MECÁNICAS EN SIETE PARTES

Las artes mecánicas se dividen en siete ciencias: la producción de lana, el armamento, la navegación, la agricultura, la caza, la medicina y el teatro. De éstas, tres pertenecen al ropaje exterior con el que la naturaleza se protege de las incomodidades; y cuatro se refieren al revestimiento interior, que le permite alimentarse y cuidarse. Esto tiene semejanza con el trivio y el cuadrivio, porque el trivio trata de las palabras, que son exteriores, y el cuadrivio de las ideas, que son concepciones internas. Estas artes mecánicas son las siete sirvientas que Mercurio recibió como dote de Filología porque, ciertamente, toda acción humana sirve a la elocuencia cuando va unida con la sabiduría, como afirma Cicerón sobre el estudio de la elocuencia en su tratado de retórica:

> Por ella la vida se vuelve segura, honesta y noble, y por ella, también agradable, porque de ahí provienen para la vida pública muchísimas ventajas, si se cuenta con la asistencia de la sabiduría que todo lo modera. Para los que la han alcanzado, la elocuencia se convierte en fuente de alabanza, honor y dignidad; y también para sus amigos constituye una protección absolutamente segura y confiable.[54]

[54] Cita de Cicerón, *De inventione,* I.iv.5.

Estas artes se llaman mecánicas, es decir, que a[du]lteran, porque se ocupan de la obra del artífice, que toma prestada su forma de la naturaleza. De modo semejante, a las otras siete artes se les dio el nombre de liberales, ya sea porque su ejercicio requiere de mentes libres, es decir, dispuestas y capacitadas, puesto que tienen que investigar con agudeza las causas de las cosas; ya sea porque en la antigüedad sólo las personas libres, es decir, nobles, se dedicaban a estos estudios. Por el contrario, los miembros de la plebe y los que no eran hijos de ciudadanos se dedicaban a las artes mecánicas por su destreza manual. En todo esto se manifiesta la gran diligencia de los antiguos que no quisieron dejar terreno alguno sin explorar, sino que todo lo sometieron a reglas y preceptos claros. La mecánica, como han dicho, es la ciencia que dirige la fabricación de todos los productos.

XXI

PRIMERA: LA PRODUCCIÓN DE LANA

La producción de lana comprende todas las formas de tejer, coser o trenzar que se realizan a mano, con aguja, huso, lezna, devanadera, carda, telar, rizador, plancha o con cualquier otro instrumento; puede ser de cualquier material de lino o de lana, o de cualquier clase de pieles, limpias o con pelo, también de cáñamo, alcornoque, juncos, pelo, flecos, o de cualquier otro parecido que pueda usarse para hacer vestidos, cubiertas, lienzos, mantas, albardones, tapetes, cortinas, paños absorbentes, filtros, cuerdas, redes o sogas; también de paja, con la que la gente acostumbra tejer bonetes o canastas. La producción de lana abarca todos estos trabajos.

XXII
SEGUNDA: EL ARMAMENTO

La segunda es el armamento. A veces a cualquier tipo de instrumento se le llama “arma”, como cuando hablamos de las armas de la guerra, o de las armas de un navío, es decir, las herramientas de la guerra o del navío. Pero hablando con propiedad, armas son las que usamos para protegernos, como el escudo, la coraza y el yelmo; o las que usamos para golpear, como la espada, el hacha de doble filo y la lanza; pero son proyectiles las armas que podemos arrojar, como el venablo o la flecha.

La palabra “arma” viene del latín *armus,* que significa brazo, porque protege el brazo que normalmente empleamos para defendernos de los golpes; pero “proyectil” viene del griego *telon,* que significa largo, porque estas armas son alargadas, y de ahí el uso de la palabra latina *protelare,* que significa prolongar. Por todo ello, el arte del armamento es considerado en cierta forma como una ciencia instrumental, no tanto porque en su operación tenga que servirse de instrumentos, sino por cuanto convierte en un instrumento, por así decirlo, la masa material que está a su alcance. Y a esta ciencia pertenece toda clase de materiales como piedras, maderas, metales, arenas y arcillas.

El armamento comprende dos ramas, la constructiva y la artesanal. La primera se divide en construcción de muros, que es trabajo de canteros y de albañiles, y en construcción de carros, que es trabajo de carreteros y carpinteros, así como de otros artesanos de ambas especialidades, que manejan la azuela y el hacha, la escofina y el astil, la sierra y el taladro, la garlopa, la prensa, la cuchara de albañil, el nivel; y que pulen, desbastan, cincelan, liman, burilan, juntan, recubren con cualquier tipo de material: lodo, ladrillo, piedra, madera, hueso, grava, cal, yeso, y otros semejantes que puedan encontrarse. La rama artesanal se divide en la de forja, que da forma a la materia al extenderla a base de golpes; y la de fundición, que mediante el vaciado le impone su forma a la materia. Por ello han recibido el nombre de “fundidores los que saben transformar en una vasija la masa informe de materia”.[55]

[55] Cita de san Agustín, *Enarrationes in Psalmos,* Ps 67, 39 (PL, XXXVI, 836D).

XXIII
TERCERA: LA NAVEGACIÓN

La navegación abarca todo tipo de tratos que se refieran a la compra, venta o permuta de mercancías nativas o extranjeras. Este arte es considerado con toda razón como una cierta retórica, muy *sui generis,* porque en esta profesión la elocuencia es sumamente necesaria. Por ello, el hombre que sobresale en el dominio de la palabra es llamado Mercurio, como si fuera *mercatorum kirrius* (*Kyrios*), es decir, "señor de los mercaderes". La navegación llega a los lugares más apartados del mundo, se hace presente en litorales desconocidos, atraviesa inhóspitos desiertos y ejerce así el intercambio comercial del hombre con naciones bárbaras y en lenguas desconocidas. Su ejercicio reconcilia a las naciones, hace cesar las guerras, afianza la paz y transforma los bienes privados en bienes de uso común.

XXIV
CUARTA: LA AGRICULTURA

La agricultura tiene cuatro modalidades: campos de labranza que se destinan para la siembra; campos de plantaciones que se cubren con viñedos, huertos y bosques; campos de pastoreo para praderas, laderas y eriales; campos florales para jardines y huertos de rosas.

XXV
QUINTA: LA CAZA

La caza se divide en la de animales salvajes, la de aves y la pesca. La caza de animales salvajes se lleva a cabo de muchas formas: con redes, cepos, lazos, fosos, arco, arpones, jabalina, con ayuda de ojeadores, del humo, de perros o de halcones. La caza de aves se hace con lazos, cepos, redes, arco, goma o gancho. La pesca se hace con redes, sedales, anzuelos, en pozas o con arpones. A esta disciplina corresponde la preparación de toda clase de alimentos, sabores y bebidas. Su nombre, sin embargo, lo recibió sólo de una parte de ellos porque antiguamente las gentes se dedicaban principalmente a la caza para obtener su alimento, como sucede toda-

vía en algunas regiones en las que es rarísimo el uso del pan, y donde la carne es el alimento y el aguamiel o el agua la bebida.

Existen dos clases de alimentos, el pan y las demás viandas. El pan se llama así (*panis*) ya sea porque viene del latín *ponis* ("pones"), porque no deja de ponerse en ninguna mesa, o porque viene del griego *pan,* que significa *todo,* porque no puede faltar en una buena comida. Hay muchas clases de pan, como el ácimo o el fermentado, el cocido bajo las cenizas, el pan moreno, el pastel esponjoso, la torta, el horneado, los panecillos dulces, el de flor de harina, los bollos, el de sémola y muchas más. Las demás viandas son las que se comen junto con el pan, a las que podemos llamar víveres, y las hay de muchas clases, como carnes, guisados a base de harina y verduras, gachas, hortalizas y frutas.

De las carnes, unas son asadas, fritas otras, unas son cocidas, crudas otras, y otras saladas. Las partes reciben el nombre de lomo, tocino o jamón, pierna o pernil, unto, manteca o gordo. También son muchos los platillos que se preparan a base de carnes, como las salchichas, menudencias y empanadas (*afrotum*) de Lucania, las tartas de Galacia (*mortisia Galatiae*) y tantas otras cosas que podrían ocurrírsele al mejor de los cocineros. Las gachas se hacen con leche, calostros, crema batida (*babdutam*), mantequilla, queso o suero. ¿Y quién sería capaz de enumerar los nombres de las hortalizas y de las frutas?

En cuanto a los sabores, unos se sirven calientes y otros fríos, unos son amargos y otros dulces, unos son secos, húmedos otros. De las bebidas, algunas son sólo eso, es decir, hidratan pero no alimentan; otras son a la vez bebida y alimento, con lo que hidratan y nutren, como el vino. Entre las que son alimento, unas lo son naturalmente, como el vino y cualquier otra semejante; otras lo son artificialmente, como la cerveza y los hidromieles.

Así pues, la cacería abarca todos los oficios de panaderos, carniceros, cocineros y taberneros.

XXVI
SEXTA: LA MEDICINA

"La medicina se divide en dos partes",[56] las ocasiones y las operaciones. "Las ocasiones son seis: aire, movimiento y reposo, vaciedad y

[56] Esta frase marca el comienzo (*Incipit*) del *Isagoge Joannitii ad Tegni Galieni,* en español "Introducción al arte de Galeno (escrito por) Joannitius". Este último responde a la latinización del nombre Hunayn ibn Ishaq, árabe cristiano (nestoriano) del siglo IX, autor y traductor conocido y reconocido especialmente por sus traducciones de Galeno, que tuvo en Bagdad su principal centro de aprendizaje, enseñanza y de actividad como autor-traductor. Las citas de este texto fueron verificadas en un códice impreso en Lyon (Lugduni 1515 y 1534), con el nombre de *Articella* (diminutivo de "Arte", *"Parva Ars"* en latín, "Breviario" o "Prontuario" en español), y está basada en *Tekne Iatrike* (en griego) o *Ars Medica* (en latín) de Galeno, e incluye además los *Pronósticos* y los *Aforismos* de Hipócrates, entre otros tratados de medicina.

hartazgo, alimento y bebida, sueño y vigilia y las emociones del alma; y se llaman ocasiones porque, en equilibrio, originan y preservan la salud", y la mala salud si están en desequilibrio. De las emociones del alma se dice que son ocasión de buena o mala salud porque unas veces "elevan la temperatura de modo violento, como sucede con la ira; otras de modo suave, como sucede con los placeres; unas veces contraen y reducen la temperatura de modo violento, como sucede con el terror y el temor; otras, de modo suave, como sucede con la angustia. Y entre ellas hay también las que alteran la complexión natural interna y externamente, como la tristeza".

Toda operación de la medicina o es interna o es externa. "Las internas son las que se introducen por la boca, la nariz, las orejas o el ano, como pócimas, vomitivos o polvos, que se toman bebiéndolos, masticándolos o absorbiéndolos. Las externas son, por ejemplo, los ungüentos, las cataplasmas, los emplastos o la cirugía; éstas son de dos clases: las que se hacen sobre la carne, como cortar, coser o quemar; y las que se hacen sobre el hueso, como acomodar y volver a juntar".

Y no se extrañe nadie porque enumero el alimento y la bebida entre las funciones de la medicina, que arriba adscribí a la caza, porque esta atribución obedece a diferentes consideraciones. Así, el vino en el racimo es asunto de la agricultura; en la bodega, del mayordomo; en el consumo, del médico. De modo semejante, la preparación del alimento pertenece al molino, a la carnicería y a la cocina, pero las propiedades de su uso, a la medicina.

XXVII
SÉPTIMA: LO TEATRAL

El arte del espectáculo recibe el nombre de "teatral" del teatro donde el pueblo solía reunirse para su diversión, lo que no significa que el teatro fuera el único lugar de diversión, pero sí el preferido sobre los demás. En efecto, algunas de estas actividades lúdicas se realizaban en los teatros, otras bajo los pórticos de los edificios (*in gabulis*), otras en los gimnasios, otras en los anfiteatros, otras en las arenas, otras en los banquetes, otras en los templos.

En el teatro se representaban las grandes gestas con la ayuda de cantares poéticos, de personajes dramáticos, de máscaras o de

figurillas; bajo los pórticos organizaban coros de cantantes y danzantes. En los gimnasios se dedicaban a la lucha; en los anfiteatros competían en carreras a pie, a caballo o en carros; en las arenas actuaban como púgiles. En los banquetes entonaban cantos y odas acompañados de instrumentos musicales, y jugaban a los dados; en los templos entonaban las alabanzas de los dioses en fechas consagradas.

Estas diversiones eran consideradas como actividades legítimas porque con un ejercicio equilibrado se incrementa el calor natural del cuerpo y con la alegría se reconforta el espíritu; o, como parece más probable, dado que era necesario que de cuando en cuando el pueblo se reuniera para divertirse, decidieron que hubiera determinados lugares para hacerlo, y evitar así que se agruparan en sitios apartados para cometer acciones infames o criminales.

XXVIII
DE LA LÓGICA, QUE ES LA PARTE CUARTA DE LA FILOSOFÍA

La lógica se divide en gramática y en ciencia del razonamiento. *Gramma* en griego se traduce como letra, y de ahí viene el nombre de gramática, es decir, ciencia de las letras. Hablando propiamente, la letra es el signo que se escribe, mientras que el elemento es el sonido que se pronuncia; sin embargo, en este contexto debe asumirse la palabra *letra* en un sentido más amplio, de manera que en ella incluyamos tanto el sonido de la voz como el signo de la escritura, puesto que ambos pertenecen a la gramática.

Hay quienes dicen que la gramática no forma parte de la filosofía, sino que es sólo una especie de apéndice e instrumento para la filosofía. Pero de la ciencia del razonamiento, Boecio[57] afirma que puede ser a la vez parte de la filosofía e instrumento para la misma, de igual manera que el pie, la mano, la lengua, los ojos, etcétera, son a la vez partes e instrumentos del cuerpo.

57 Boecio, *Commentaria in Porphyrium a se translatum,* I.ii-iii (PL, LXIV, 73B-75A).

La gramática, en su acepción más simple, trata de las palabras de acuerdo con su origen, formación, composición, inflexión, expresión y demás aspectos de los que se ocupa sólo en cuanto a la pronunciación se refiere. La ciencia del razonamiento trata de las palabras de acuerdo con su contenido conceptual.

XXIX
DE LA GRAMÁTICA

La gramática se divide en letra, sílaba, palabra y oración; o de otra forma, en letras, es decir, lo que se escribe, y en voces, es decir, lo que se habla; o, de acuerdo con otra forma, en nombre, verbo, participio, pronombre, adverbio, preposición, conjunción, interjección, palabra completa, letra, sílaba, pie métrico, acentos, puntuación, signos, ortografía, analogía, etimología, glosas, diferencias, barbarismo, solecismo, errores, metaplasmo, figuras retóricas, tropos, prosa, verso, fábulas, historias.

Sin embargo, paso por alto una explicación detallada de todo lo anterior porque sobrepasaría los límites fijados a esta breve exposición, y porque lo que me propuse en este pequeño trabajo fue analizar solamente las divisiones y los nombres de las cosas, para construir en beneficio del lector únicamente ciertas bases doctrinales. No obstante, quien desee conocer más a fondo estos temas, debe leer a Donato, a Servio, las obras de Prisciano, *De los acentos* y *De los doce versos de Virgilio;* así como *El barbarismo,* y a Isidoro en sus *Etimologías.*

XXX
DE LA CIENCIA DEL RAZONAMIENTO

La ciencia del razonamiento tiene como partes integrantes la invención y el juicio, mientras que sus partes divisivas son la argumentación demostrativa, la probable y la sofística. La demostración se da en los argumentos necesarios y pertenece a los filósofos; la argumentación probable pertenece a los dialécticos y a los retóricos; la sofística pertenece a los sofistas y a los embaucadores.

La argumentación probable se divide en dialéctica y retórica, y ambas tienen como partes integrantes la invención y el juicio; y puesto que tanto la invención como el juicio constituyen de manera integral el mismo género, es decir, el de la ciencia del razonamiento, se sigue como consecuencia necesaria que deben estar presentes simultáneamente en la composición de todas sus especies. La invención es la que enseña cómo encontrar los argumentos y cómo estructurar la argumentación; la ciencia del juicio es

la que enseña a juzgar sobre los argumentos y sobre la argumentación.

Puede cuestionarse si la invención y el juicio forman parte de la filosofía, porque no parece que estén contenidos ni en la parte teórica, ni en la práctica, ni en la mecánica y ni siquiera en la lógica, donde uno más esperaría encontrarlos. Pero no están contenidos ni en la lógica como gramática, ni en la lógica como ciencia del razonamiento. No pueden estar contenidos bajo esta ciencia porque la constituyen como tal de forma integral; ahora bien, ninguna cosa puede al mismo tiempo ser parte integral y divisiva de un mismo género; por tanto, no parece que la filosofía contenga la totalidad de las ciencias.

Sin embargo, debe tenerse presente que la palabra "ciencia" suele usarse en dos acepciones, a saber, como designación de alguna disciplina, como cuando digo que la dialéctica es una ciencia, es decir, un arte o una disciplina; o como designación de cualquier conocimiento, como cuando digo que tiene ciencia el que conoce algo. Por ejemplo, si conozco la dialéctica, tengo esta ciencia; si sé nadar, tengo esta ciencia; y si digo que Sócrates es hijo de Sofronisco, también tengo esta ciencia. Y así, de manera general puede decirse de todo el que sabe algo que tiene tal ciencia. Sin embargo, una cosa es cuando digo que la dialéctica es ciencia, es decir, arte o disciplina; y otra muy distinta cuando digo que saber que Sócrates es hijo de Sofronisco es ciencia, es decir, en cuanto conocimiento.

Es afirmación verdadera decir que toda ciencia, en cuanto arte o disciplina, es también una parte divisiva de la filosofía; pero no se puede generalizar y afirmar que toda ciencia, en cuanto que es conocimiento, también sea parte divisiva de la filosofía. Sin embargo, es del todo cierto que toda ciencia, sea en cuanto disciplina sea en cuanto cualquier conocimiento, es parte o divisiva o integrante de la filosofía.

Una disciplina es una ciencia que tiene un campo autónomo en el que se cumple perfectamente el propósito del arte, lo que no es aplicable ni a la ciencia de la invención ni a la ciencia del juicio, porque ninguna de las dos es independiente por sí misma; y, por tanto, no pueden ser clasificadas como disciplinas, sino sólo como partes de una disciplina, la de la ciencia del razonamiento.

Surge ahora la duda sobre si la invención y el juicio son, ellos mismos y a la vez, partes de la dialéctica y de la retórica, pues no parece razonable que dos géneros opuestos estén constituidos por partes completamente iguales. Pero esto puede explicarse porque estos dos nombres se aplican de manera equívoca para clasificarlos como partes de la dialéctica y como partes de la retórica. O tal vez sea mejor decir que la invención y el juicio, en sentido estricto, son partes de la ciencia del razonamiento, y en cuanto tales, los nombres que los designan tienen un significado unívoco; pero en las subdivisiones de este género difieren entre sí por algunas propiedades, aunque estas diferencias no sean expresadas por estos nombres que los clasifican no en cuanto componentes de una especie, sino en cuanto partes de un género.

La gramática es la ciencia que permite hablar sin errores; la dialéctica es la penetrante discusión que hace posible distinguir lo verdadero de lo falso; la retórica es la disciplina que permite persuadir de todo aquello que es conveniente.

Libro tercero

I

DEL ORDEN Y MODO DE LEER Y DE LA DISCIPLINA

La filosofía se divide en las partes teórica, práctica, mecánica y lógica. La parte teórica se divide en teología, física y matemáticas. Éstas se dividen en aritmética, música, geometría y astronomía. La parte práctica se divide en individual, privada y pública. La mecánica se divide en la producción de lana, el armamento, la navegación, la agricultura, la caza, la medicina y el teatro. La lógica se divide en gramática y ciencia del razonamiento. Ésta se divide en argumentación demostrativa, probable y sofística. La argumentación probable se divide en dialéctica y retórica.

En la clasificación que precede sólo aparecen las partes divisivas de la filosofía. Existen también subdivisiones de estas partes, pero por el momento pueden ser suficientes las mencionadas. Aquí encontrarás veintiún nombres si sólo tomas en cuenta el número de ciencias autónomas; veintiocho si quieres contar todos los nombres de las subdivisiones.

Son muchos los autores que, según puede leerse, han tratado de estas ciencias y han participado en el descubrimiento de las artes, unos iniciándolas, otros desarrollándolas y otros perfeccio-

nándolas, y así, de un mismo arte con frecuencia se hace referencia a varios autores. De entre éstos, haré mención de algunos pocos nombres a continuación.

II
DE LOS AUTORES DE LAS ARTES

Como teólogos hay que mencionar a Lino entre los griegos; a Varrón entre los latinos; y, en nuestro tiempo, a Juan Escoto, con su escrito *De las diez categorías aplicadas a Dios.* "Entre los griegos, Tales de Mileto, uno de los Siete Sabios, es el iniciador de la física natural";[58] mientras que entre los latinos, Plinio la describió. "Pitágoras de Samos descubrió la aritmética",[59] y Nicómaco escribió un tratado sobre ella, "que fue traducido, entre los latinos, primero por Apuleyo, después por Boecio".[60] El mismo Pitágoras compuso el *Mathen tetrados,*[61] un libro sobre la enseñanza del cuadrivio, y descubrió en la letra Y una figura de la vida humana. Moisés dice que el inventor de la música fue Tubal, del linaje de Caín; pero los griegos dicen que fue Pitágoras; otros que fue Mercurio, quien fue el primero en usar el tetracordio; y otros que Lino, o Zeto, o Anfión. Se dice que la geometría primero se descubrió en Egipto, y entre los griegos su representante fue el gran Euclides, autor de un tratado traducido por Boecio.[62] Eratóstenes también fue un geómetra destacadísimo, a quien se debe la medición del ámbito terrestre.

Hay quienes dicen que Cam, hijo de Noé, fue el primero en descubrir la astronomía. Los caldeos fueron los primeros en enseñar la astrología partiendo de la observación del momento del nacimiento; sin embargo, Josefo asegura que fue Abraham el primero en formar a los egipcios en la astrología. "Tolomeo, rey de Egipto, restauró la astronomía, y estableció las reglas para encontrar el curso de los astros. Algunos dicen que el gigante Nimrud fue el más grande de los astrólogos, y por ello la astronomía también está asociada con su nombre. Los griegos dicen que fue Atlas el primero en concebir este arte, y por esto también se afirmaba que sostenía el cielo".[63]

Sócrates fue el iniciador de la ética, sobre la que escribió veinticuatro libros basados en la justicia positiva. Después Platón, su discípulo, compuso los numerosos libros que abarca la *República,*

58 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* II.xxiv.4.

59 *"Hic enim arithmeticae repertor fuit",* escribe, siempre según Taylor, Remigio de Auxerre (Remigius Autissiodorensis), en su comentario a *De nuptiis Philologiae et Mercurii,* de Marciano Capella. *Cf.* Cora E. Lutz, *Remigii Autissiodorensis Commentum in Martianum Capellam,* libros iii-ix, Leiden, E.J. Brill, 1965: *"Pytagoras inventor arithmeticae fuit…":* VII, 366.9 (p. 179).

60 Cita de Isidoro, *Etymologiae,* III.ii.i. (Se corrige el número del capítulo, equivocado en Taylor).

61 Enseñanza o doctrina (*mathen*) del cuadrivio (*tetrados*): aritmética, música, geometría, astronomía.

62 PL, LXIII, 1307ss.

63 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* III.xxv.1, iii.26.

basados en ambas clases de justicia, a saber, la natural y la positiva. Después Cicerón compuso en latín los libros de su *República.* También el filósofo Frontón escribió el libro *Strategematon,* es decir, de la estrategia militar.

La mecánica ha tenido muchos autores. Hesíodo de Ascra fue el primero entre los griegos que se dedicó a escribir sobre los asuntos del campo, y "después Demócrito. También un gran cartaginés compuso un estudio sobre agricultura en veintiocho volúmenes. Entre los romanos, Catón es el que inicia con su tratado *Acerca de la agricultura,* que después Marco Terencio complementó. Virgilio también escribió sus *Geórgicas;* después Cornelio, Julio Ático y Emiliano, o Columella, el famoso orador que abarcó todo el campo de esta disciplina".[64] Luego hay que mencionar a Vitruvio, *Acerca de la arquitectura,* y a Paladio, *Acerca de la agricultura.*

"Se cuenta que Minerva fue la primera que enseñó a los griegos la forma de producir la lana, y se cree también que fue la primera en producir la tela, colorear la lana y la que inició el cultivo del olivo y la producción artesanal";[65] y se cree que Dédalo aprendió con ella y que después él mismo continuó con el oficio artesanal. "Pero en Egipto, fue Isis, hija de Ínaco, la que descubrió la forma de tejer el lino y les enseñó cómo hacer vestidos con esta tela";[66] fue ella también la que en ese país inició la producción de lana. En Libia, el uso de la lana se originó en el templo de Ammón.

"Nino, rey de los asirios, fue el primero en practicar la guerra".[67] Se cree que Vulcano fue el primer herrero, aunque la historia sagrada dice que fue Tubal.[68] "Prometeo fue el primero en descubrir el uso de los anillos, al introducir una piedra en un círculo de hierro".[69] Los pelasgos fueron los primeros en practicar la navegación. Ceres fue la primera en descubrir la utilidad del trigo, en Eleusis, en Grecia, y en Egipto fue Isis. "Pilumno introdujo en Italia el uso del trigo y de la escanda, así como el modo de molerlos y machacarlos",[70] mientras que Tago introdujo en España la práctica de la siembra. "Osiris introdujo en Egipto el cultivo de la viña, y lo mismo hizo Liber entre los indios".[71] "Dédalo fue el primero en servirse de mesas y sillas. Un tal Apicio fue el primero en disponer de un mobiliario de cocina, quien finalmente encontró en este lugar una muerte voluntaria, por haber disfrutado de todas sus bondades".[72]

"Entre los griegos, el creador de la medicina fue Apolo, pero su hijo Esculapio, quien después murió fulminado por un rayo, la

64 Cita de *ibid.,* XVII.ii. (Se corrige el número del libro, equivocado en Taylor).

65 Adaptado de *ibid.,* XIX.xx.1-2.

66 Adaptado de Marciano Capella, *De nuptiis,* II, xlviii, según Taylor. En realidad, el pasaje se encuentra en ese libro II, pero en el par. clviii: *"Eademque Isis lini usum sementemque monstravit",* según la edición de U. F. Kopp, Frankfurt (del Meno), 1835.

67 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* XVIII.i.1.

68 Gn 4, 22.

69 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* XIX. xxii.1.

70 Adaptado de Marciano, *De nuptiis,* II.clviii: *"Comminuendae frugis farrisque fragmenta Pilumno assignat Italia",* dice el original, según la edición citada en la nota 59.

71 Cita de Remigio de Auxerre, en su comentario a *De nuptiis,* de Marciano Capella. *Cf.* Lutz, *Remigii Autossiodorensis Commentum…,* libros I-II: *"Osyris… apud Aegyptios cultum vinearum repperit, sicut Liber apud Indos…"* (p. 168).

72 Cita de Isidoro, *Etymologiae,* XX.i.1.

hizo crecer en fama y en obras. Luego la práctica de la medicina se interrumpió largo tiempo y quedó postergada por casi quinientos años, hasta la época del rey Artajerjes. Fue entonces cuando Hipócrates, engendrado por Asclepio y nacido en la isla de Cos, la hizo brillar nuevamente".[73]

"Se cree que los juegos tienen su origen entre los lidios, quienes, procedentes de Asia, se asentaron en Etruria, bajo el mando de Tirreno, y ahí, entre otras prácticas de su vida supersticiosa, comenzaron a presentar espectáculos, costumbre que imitaron los romanos; para ello hicieron venir instructores desde ese lugar, y por esta razón los juegos recibieron el nombre latino de *ludi,* derivado de *lidios*".[74]

"Se cree que las letras del alfabeto hebreo tienen su origen en Moisés, a través de la Ley; y las de los caldeos y sirios vienen de Abraham. Isis descubrió la escritura de los egipcios; la de los griegos viene de los fenicios, y fue llevada de Fenicia a Grecia por Cadmo".[75] "Carmenta, la madre de Evandro y cuyo nombre propio era Nicóstrata, descubrió las letras del alfabeto latino".[76]

"Moisés fue el primero en escribir la historia sagrada, mientras que entre los gentiles, Dares, el Frigio, fue el primero en publicar la historia de Troya, la que, según se dice, fue escrita en hojas de palma. Después de Dares, Herodoto es tenido por el primer historiador en Grecia; después de él brilló Ferécides en la misma época en la que Esdras escribía la Ley".[77] En cuanto a las fábulas, se cree que Alcmeón de Crotona fue el primero en hacer uso de ellas.

Egipto es la madre de las artes, de ahí pasaron a Grecia y luego a Italia. Egipto es el lugar donde se descubrió primero la gramática en la época de Osiris, marido de Isis. "Ahí también fue iniciada la dialéctica por Parménides,[78] quien, huyendo de las ciudades y de la compañía de los hombres, se instaló en una roca durante largo tiempo y concibió la dialéctica, y a partir de ahí viene el nombre de la roca de Parménides". "Platón, después de la muerte de su maestro, Sócrates, emigró a Egipto llevado por el amor a la sabiduría, y después de haberse dedicado allí al estudio de las artes liberales, volvió a Atenas, donde habiendo congregado a sus discípulos en la Academia, su villa, se consagró al estudio de la filosofía".[79] Él fue el primero que enseñó a los griegos la lógica racional, la que después Aristóteles, su discípulo, desarrolló, perfeccionó y constituyó como arte. Marco Terencio Varrón fue el

[73] Adaptado de *ibid.,* IV.iii.1-2.

[74] Adaptado de *ibid.,* XVIII.xvi.2.

[75] Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* I.iii.5-6.

[76] Adaptado de Remigio, en su comentario a Marciano. *Cf.* Lutz, *op. cit.: "Carmentis autem dicta eo quod carminibus futura praediceret. Haec primum Latinas litteras repperit…"* (p. 187).

[77] Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* I.xlii.1-2: para el final del párrafo, *ibid.,* xxxix.1.

[78] Adaptado de Marciano Capella, *De nuptiis,* iv.cccxxx. En el texto citado sólo aparecen la *roca* y el personaje, *Parménides,* en otro contexto, pero recuérdese que es texto "adaptado".

[79] Adaptado de Remigio, en su comentario a Marciano. *Cf.* Lutz, *op. cit.,* libros III-IX, p. 16.

primero en traducir la dialéctica del griego al latín. Después, Cicerón escribió su obra *Tópicos.* Se cree que Demóstenes, hijo de un artesano, fue el iniciador de la retórica entre los griegos, Tisias entre los latinos y Córax entre los de Siracusa. De retórica escribieron en griego Aristóteles, Gorgias y Hermágoras, y sus traductores al latín fueron Cicerón, Quintiliano y Tiziano.

III
DE LAS ARTES QUE MÁS DEBEN SER ESTUDIADAS

De todas las ciencias antes mencionadas, los antiguos escogieron siete de manera especial en sus estudios para ser propuestas como programa a los que habrían de recibir una educación; y de tal manera las consideraron superiores a las demás que, según ellos, todo aquel que hubiera recibido una sólida formación en estas disciplinas, podría llegar al conocimiento de las otras más por su propia búsqueda y esfuerzo que como alumno de un maestro. Estas ciencias son como óptimos instrumentos y excelentes bases que preparan al espíritu para el pleno conocimiento de la verdad filosófica; los nombres de *trivium* y *quadrivium* vienen precisamente de que son como vías por las cuales el espíritu fortalecido se introduce en los secretos de la sabiduría.

En ese tiempo, nadie era considerado digno del nombre de maestro si no hacía profesión de este conocimiento septenario. Se lee que Pitágoras también mantuvo como práctica en sus cursos que antes de que concluyeran los siete años, esto es, el mismo número de las siete artes liberales, ninguno de sus discípulos se podía atrever a pedirle una explicación de sus afirmaciones, sino que debía confiar en las palabras del maestro hasta que culminara su etapa de aprendizaje; y ya para entonces tendría la capacidad de encontrar la explicación por sí mismo. Algunos, según se dice, habían estudiado con tanto empeño estas siete artes que las conservaban por completo en su memoria. De esta manera, sin importar los textos que después tuvieran entre sus manos, o los problemas propuestos para su solución o demostración, no se veían obligados a repasar las páginas de los libros para buscar los principios y razones que les permitieran resolver las dudas, sino

que de inmediato tenían disponible en su mente la respuesta a cada caso.

Esto en verdad explica que en ese tiempo existieran tantos sabios capaces de escribir más libros de los que nosotros podemos leer. Nuestros escolares, por el contrario, no saben o no quieren seguir el método adecuado para el aprendizaje, razón por la cual contamos con muchos estudiantes pero con pocos sabios. No obstante, me parece que no menor empeño debe poner el lector en no desperdiciar su tiempo en estudios inútiles, que en no ser remiso y en perseverar en los propósitos buenos y útiles. Es malo hacer el bien con desgano; es peor multiplicar trabajos inútiles. Sin embargo, como no todos tienen la capacidad de discernir lo que les conviene, le mostraré al lector cuáles son los escritos que me parecen más convenientes, para luego añadir también unas breves reflexiones sobre el método de aprender.

IV
DE LAS DOS CLASES DE ESCRITOS

Hay dos clases de escritos. La primera comprende aquellos que tratan de las artes en sentido propio; la segunda, aquellos que tratan de apéndices de las artes. Las artes son las que están subordinadas a la filosofía, es decir, que tienen por objeto una cierta y determinada parte de la filosofía, como la gramática, la dialéctica, etcétera. Los apéndices de las artes son aquellos que sólo indirectamente se refieren a la filosofía, es decir, que tienen como objeto una materia exterior a la filosofía. Algunas veces, sin embargo, ciertos elementos separados de las artes se les acercan de manera esporádica y confusa, o si se trata de un relato simple, preparan el camino hacia la filosofía. Tal es el caso de todos los cantos poéticos, como son las tragedias, las comedias, las sátiras, también la epopeya, la lírica y los versos yámbicos, algunas obras didácticas, las fábulas y las historias, y hasta los escritos de aquellos que ahora usualmente llamamos filósofos, quienes suelen tratar con abundancia de palabras y rodeos un asunto simple, y oscurecer con lenguaje complicado lo que tiene un sentido claro; o también quienes hacen un amasijo de diversos elementos como si se pre-

tendiera realizar una pintura a partir de una multitud de formas y colores.

Recuerda bien la diferencia que he establecido entre las artes y los apéndices de las artes. Pero entre los dos yo veo una distancia semejante a la expresada por aquel que dijo: "Como el sauce correoso cede ante el pálido olivo, y como la humilde valeriana ante la rosa carmesí".[80]

[80] Virgilio, *Eclogae,* V.16-17.

Así, si alguien pretende alcanzar la ciencia, pero decide hacer a un lado las artes verdaderas para entregarse a las accesorias, encontrará una enorme carga de trabajo, por no decir infinita, con resultados mínimos. Por ello, las artes sin sus apéndices pueden contribuir a la perfección del lector, pero estos apéndices sin las artes en nada contribuyen a la perfección, sobre todo si se considera que no tienen nada deseable en sí mismos que atraiga al lector si no es lo que de las artes han tomado o adaptado; que nadie, pues, busque en ellos otra cosa que lo que pertenece a las artes.

Por esto me parece que ante todo debemos dedicar nuestros esfuerzos a las artes, en las que se encuentran los fundamentos de todas las cosas y se descubre la pura y simple verdad, y sobre todo a las siete de las que antes hablé, que contienen los instrumentos de toda la filosofía. Después, si para ello hay tiempo, se pueden leer también las demás obras, porque algunas veces deleita más lo recreativo cuando se mezcla con las cosas serias, y la rareza hace que el objeto sea valioso. Y así, algunas veces nos aferramos más a un pensamiento encontrado a la mitad de una fábula.

Sin embargo, sólo en las siete artes liberales se encuentra el fundamento de toda enseñanza, y son ellas las que siempre deben estar a nuestro alcance con preferencia sobre todas las demás, puesto que sin ellas la disciplina filosófica no intenta ni puede explicar ni definir nada. Ciertamente estas artes de tal manera están vinculadas entre sí y se necesitan mutuamente en sus razonamientos, que si llegara a faltar una sola de ellas, las demás no serían suficientes para convertir a alguien en filósofo. Por ello me parece que cometen un error quienes, sin tener en cuenta esta interdependencia en las artes, eligen para sí sólo algunas y, sin acercarse a las demás, pretenden poder perfeccionarse sólo en ésas.

V
DE QUE SE DEBE DAR A CADA UNA DE LAS ARTES LO QUE LE ES PROPIO

Hay todavía otro error, casi tan grave como el anterior, y que es preciso evitar a toda costa. En efecto, hay algunos que sin omitir nada de lo que hay que leer, con todo, son incapaces de dar a cada una de las artes lo que le es propio, y cuando estudian una pretenden abarcarlas todas. Si se trata de la gramática, discuten de la naturaleza del silogismo; si de la dialéctica, indagan sobre la declinación de los casos y, lo que es mayor motivo de risa, sin pasar del título parece que ya leyeron todo el libro, y a la tercera sesión de lectura apenas han terminado el *incipit.* Al actuar de esta forma no enseñan a los demás, sólo hacen ostentación de su ciencia. ¡Ojalá que todos los pudieran ver tal como yo los veo! Pero reflexiona sobre la perversidad de esta costumbre, porque de verdad cuantas más cosas inútiles agregues tanta menor será tu capacidad para entender y retener los asuntos de importancia.

Así pues, en cualquier arte tenemos que identificar y distinguir sobre todo dos cosas: primero, cómo debe ser tratado el arte mismo; segundo, cómo se deben aplicar a cualquier otro asunto los principios de ese arte. Son pues dos puntos distintos, tratar *del* arte y tratar *de acuerdo con* el arte. Tratar del arte, por ejemplo, es tratar de la gramática; tratar de acuerdo con el arte es tratar algo de acuerdo con la gramática. Hay que distinguir bien las dos cosas, tratar de la gramática y tratar gramaticalmente. Trata de la gramática aquel que se ocupa de las reglas dadas para normar el uso de las palabras y de los preceptos que pertenecen a este arte; trata de acuerdo con la gramática todo aquel que habla y escribe según las reglas. Por tanto, tratar de la gramática sólo corresponde a algunos escritos, como los de Prisciano, Donato o Servio; tratar gramaticalmente es asunto de todos.

Por tanto, cuando tratemos de cualquier arte, sobre todo en la docencia, en la que todo debe ser reducido a compendios para facilitar la comprensión, debemos darnos por satisfechos con explicar el tema de la manera más breve y clara posible, para evitar que con la multiplicación de complicadas explicaciones confundamos al alumno en lugar de instruirlo. No es necesario que digamos todo lo que podemos decir, para que no pierda su utilidad la

exposición de lo que sí tenemos que decir. Después de todo, debes buscar en cada una de las artes aquello que específicamente le pertenece y la constituye como tal. Más tarde, cuando ya hayas estudiado las diversas artes, y mediante la discusión y la comparación hayas llegado al conocimiento de lo que es característico de cada una, entonces ya se podrán relacionar entre sí los principios de cada una de ellas, e investigar de nuevo mediante esta consideración integral de las artes lo que antes no habías comprendido suficientemente. No multipliques los atajos mientras no conozcas los caminos seguros. Avanzarás con mayor seguridad si no tienes el temor de equivocarte.

VI
DE LO QUE ES NECESARIO PARA EL ESTUDIO

Tres cosas necesitan los que estudian: capacidad natural, ejercicio y disciplina. Por capacidad natural se entiende que el estudiante comprenda fácilmente lo que oye y retenga firmemente lo comprendido; por ejercicio, que se fomente la capacidad natural con el esfuerzo perseverante; por disciplina, que haya congruencia entre la teoría y la práctica, manifestada en una vida honorable. De cada una de estas tres cosas daremos una breve explicación, a modo de introducción.

VII
SOBRE LA APTITUD NATURAL

Los que se dedican al estudio deben estar dotados a la vez de aptitud y de memoria, que están tan estrechamente vinculadas entre sí en todo estudio y disciplina, que si llega a faltar una de ellas, la otra no puede llevar a nadie a la perfección. Es como en el caso de las ganancias, de nada sirven si no son guardadas y, por otra parte, en vano se dispone de lugares de acopio si no hay nada que guardar. La aptitud encuentra la sabiduría, la memoria la guarda. La aptitud es una cierta potencia naturalmente presente en la mente y con un valor intrínseco; procede de la naturaleza, mejora con la práctica, se embota con el excesivo trabajo y se agudiza con

el ejercicio equilibrado. Como alguien dijo con bastante buen gusto: "Quiero que por fin te cuides a ti mismo, hay demasiado afán en esos papeles. ¡Sal a que te dé el aire!"

Hay dos cosas que mejoran la aptitud: la lectura y la meditación. La lectura permite que nos formemos en las reglas y preceptos que obtenemos de los libros. Hay tres clases de lectura: la del maestro, la del alumno y la del que lee por su cuenta de manera independiente. Por ello decimos: "le leo un libro", "me asiste en la lectura de un libro", "leo un libro". En la lectura hay que tener en cuenta sobre todo el orden y el modo.

VIII
DEL ORDEN DE LA LECTURA

Una especie de orden se da en las disciplinas, como cuando digo que la gramática es anterior a la dialéctica, o la aritmética anterior a la música; otra en los escritos, como cuando digo que las *Catilinarias* son anteriores a *Jugurta;* otra en la narración, que tiene una secuencia continua; y otra en la exposición.

El orden en las disciplinas depende de su naturaleza; en los escritos, de la persona del autor o del tema tratado. En la narración depende del arreglo secuencial, que es de dos clases, natural, es decir, cuando las cosas se narran en el orden en que acaecieron; artificial, que es cuando se narra primero lo que sucedió después, y posteriormente se narra lo que pasó antes. En la exposición, el orden depende de la investigación.

La exposición comprende tres elementos: la letra, el sentido y la sentencia. La letra es la correcta disposición de las palabras, a la que también llamamos construcción; el sentido es el significado simple y claro que la letra ofrece a primera vista; la sentencia es la comprensión más profunda que sólo se alcanza a través de la explicación y la interpretación. En todo esto, el orden consiste en que se busque primero la letra, después el sentido y, por último, la sentencia. Hecho esto, la exposición está completa.

IX
DEL MODO DE LEER

El modo como hay que leer un texto se basa en la división de su contenido. Toda división comienza con lo finito y se extiende hasta lo infinito. Ahora bien, todo lo que es finito es más conocido, y puede ser comprendido por el conocimiento. Por otra parte, la enseñanza comienza por aquello que es más conocido y, a través de este conocimiento, llega al descubrimiento de lo que está oculto. Además, investigamos por medio de la razón, cuya función es dividir, cuando descendemos de los universales a los particulares mediante la división y la investigación de la naturaleza de cada cosa. En efecto, todo universal es más determinado que sus particulares; por tanto, cuando aprendemos, debemos empezar por los universales que son más conocidos, determinados y comprehensivos, y así, descendiendo poco a poco y distinguiendo cada cosa por la división, llegamos a investigar la naturaleza de lo que contienen los universales.

X
DE LA MEDITACIÓN

La meditación es una reflexión persistente, acompañada de deliberación, que prudentemente investiga la causa y el origen, el modo y la utilidad de cada cosa. La meditación tiene su punto de partida en la lectura, pero sin verse constreñida por sus reglas y preceptos, pues se complace en recorrer ciertos espacios abiertos donde concentra libremente su mirada penetrante en la contemplación de la verdad y logra captar a veces unas causas de las cosas, a veces otras, y en ocasiones, adentrarse en las profundidades sin dejar nada en la duda o en la oscuridad.

Así pues, el inicio de la enseñanza se encuentra en la lectura; su culminación, en la meditación, y si alguien se ha familiarizado amorosamente con ella y ha decidido entregársele con frecuencia, ella le recompensará con una vida verdaderamente agradable y le proporcionará el mejor consuelo en el momento de la tribulación. En efecto, la meditación es la que más aísla al alma del bullicio de las actividades terrenales, y permite que también en esta vida se

tenga una especie de gusto anticipado por la dulzura del descanso eterno. Y cuando a través de las cosas que han sido hechas se ha aprendido a buscar y entender a Aquel que todo lo ha hecho, entonces se instruye al espíritu con el conocimiento al mismo tiempo que se le llena de alegría. De ahí resulta que en la meditación se encuentra el máximo deleite.

Hay tres clases de meditación: una consiste en la consideración de las costumbres; otra, en el examen de los mandatos; la tercera, en la investigación de las obras divinas. Las costumbres se encuentran en los vicios y en las virtudes. El mandato divino prescribe, promete o amenaza. Obra de Dios es lo que con su poder crea, lo que con su sabiduría gobierna, lo que con su gracia coopera. Y mientras con mayor aplicación se entregue el hombre a meditar sobre las maravillas de Dios, tanto más se convencerá de cuán dignas de admiración son todas ellas.

XI
DE LA MEMORIA

Pienso que al hablar de la memoria por ningún motivo debe pasarse por alto aquí que así como la aptitud natural investiga y descubre mediante la división, así la memoria conserva mediante la recolección. Es preciso, por tanto, que lo que dividimos en el proceso del aprendizaje lo recojamos ahora para encomendarlo a la memoria. Recoger significa reducir a un resumen breve y sustancioso aquello de lo que se escribió y se discutió con mayor detalle; es lo que los antiguos llamaron "epílogo", es decir, una breve síntesis de lo expuesto antes. Todo tema que se trata tiene un principio en el que se apoya toda la verdad del asunto y la fuerza del pensamiento, y de él depende todo lo demás. Buscar y examinar este principio es lo que significa recoger.

Existe una sola fuente y muchos arroyos que de ella emanan. ¿Para qué seguir las sinuosidades de las corrientes? Mantente en la fuente y dominarás todo. Digo esto porque la memoria del hombre es débil y disfruta de la brevedad, por lo que si tiene que abarcar muchas cosas va perdiendo fuerza en cada una de ellas. Debemos, por tanto, en todo aprendizaje recoger ciertos datos breves y seguros que se puedan guardar en el cofrecito de la memo-

ria, de donde posteriormente, cuando las circunstancias lo exijan, se puedan sacar las debidas conclusiones. Es también necesario repasar todo esto con frecuencia y llevarlo desde el vientre de la memoria hasta el gusto del paladar, para evitar que desaparezca a consecuencia de un descuido prolongado.

Por todo esto te pido, lector, que no te alegres demasiado por haber leído mucho, sino por haber comprendido mucho, y no sólo por haberlo comprendido, sino por haberlo sabido retener. De lo contrario, de poco sirve leer o comprender mucho. Por ello, quiero repetir aquí lo que dije antes: los que se dedican al estudio necesitan estar dotados de aptitud natural y de memoria.

XII
DE LA DISCIPLINA

Cierto sabio, interrogado sobre el modo y la forma de aprender, respondió: "Una mente humilde, el empeño en la búsqueda, una vida tranquila, una investigación callada, la pobreza, una tierra extranjera, todo esto les ha servido a muchos para aclarar los lugares oscuros de la lectura".[81] Él había escuchado, pienso yo, la máxima que dice: "Las virtudes adornan la ciencia". Por ello, a los preceptos para la lectura añade los preceptos para la vida, de manera que el lector pueda conocer cuál debe ser su forma de vida al mismo tiempo que la naturaleza de su estudio. Indigna de alabanza es la ciencia cuando se encuentra manchada por una vida deshonesta, y por eso quien está en busca de la ciencia debe evitar a toda costa el descuido de la disciplina.

81 Versos citados por autores de los siglos XII y XIII, pero de atribución incierta, como explica Taylor.

XIII
DE LA HUMILDAD

El principio de la disciplina es la humildad, cuyas manifestaciones son muchas, pero de especial importancia para el lector son las tres siguientes: la primera, que no debe despreciar conocimiento ni escrito algunos; la segunda, que no debe avergonzarse de nadie que pueda enseñarle algo; la tercera, que una vez alcanzado el saber, no mire con desprecio a los demás.

Hay muchos que se ven dominados por el deseo de parecer sabios antes de serlo, y por ello son víctimas de un ataque de arrogancia que los lleva a comenzar a simular lo que no son y a avergonzarse de lo que realmente son; y se alejan tanto más de la sabiduría cuanto que su propósito no es convertirse en sabios, sino que se piense que lo son. He conocido a muchos que actúan de esta forma, quienes, aunque todavía carecen de los conocimientos básicos, sólo se dignan interesarse en las cuestiones más elevadas, y creen que llegarán a ser grandes con sólo leer los escritos y escuchar las palabras de los grandes y de los sabios. "Nosotros", dicen, "los hemos visto, hemos seguido sus lecciones. Con frecuencia conversaban con nosotros. Esos grandes, esos hombres famosos nos conocen". Pero ¡ojalá que a mí nadie me conociera y que yo conociera todo!

Ustedes se glorían de haber visto a Platón, no de haberlo comprendido. Pienso luego que es indigno de ustedes que sean mis discípulos, porque yo no soy Platón, y ni siquiera tuve el mérito de verlo. Mejor para ustedes, porque han bebido en la fuente misma de la filosofía, pero ¡ojalá que todavía estuvieran sedientos! El rey, después de haber bebido en una copa de oro, bebe ahora en un vaso de barro.[82] ¿De qué se avergüenzan? Ya escucharon a Platón, escuchen ahora a Crisipo. Como dice el proverbio: "Lo que tú ignoras, tal vez Ofelo lo sepa".[83] No hay nadie a quien le haya sido concedido saber todo, como tampoco hay nadie a quien no le hubiera tocado recibir algún don especial de la naturaleza.

Así pues, el estudiante prudente escucha a todos con gusto, lee todo, y no desprecia escrito alguno, a persona alguna, ni enseñanza alguna. Sin hacer distinción, busca en cada uno lo que sabe que le hace falta, sin tomar en cuenta lo que conoce, sino lo que ignora. De ahí el dicho platónico que algunos repiten: "Prefiero aprender modestamente lo que otros dicen que exponer con descaro lo que yo pienso".[84] ¿Por qué, pues, te ruborizas de ser enseñado y no te avergüenzas de tu ignorancia? Mayor debe ser la vergüenza en este caso. O ¿por qué aspiras a las alturas cuando yaces en las profundidades? Examina más bien cuál es la capacidad de tus fuerzas. Muy bien avanza el que lo hace gradualmente. Hay algunos que al pretender dar un gran salto adelante caen por tierra. Así pues, no te apresures demasiado y de este modo llegarás más pronto a la sabiduría. Aprende alegremente de los demás

82 Taylor pone esta frase entre comillas y señala como fuente a Valerio Máximo, *Facta et dicta memorabilia,* VII.iv.1, pero ni en este pasaje ni en ningún otro de los nueve libros de Valerio se encuentra el texto en cuestión. Suetonio, en su *Vida de los doce césares* (Claudio, 32), aunque en otro contexto, nos ofrece la misma contraposición entre la copa de oro, *scyphum aureum,* y el vaso de barro, *calicem fictilem,* que equivalen a *aurea pocula* y a *vase testeo* del texto de Hugo.

83 *Cf.* Horacio, *Satura,* II.ii.2 y Virgilio, *Eclogae,* VIII.63.

84 Tomado de san Jerónimo, *Epistulae,* ep. LIII.i.2. (San Jerónimo, *Epistolario,* BAC, t. 1, p. 486).

lo que tú ignoras, porque la humildad puede hacer que compartas lo que la naturaleza ha dado a cada quien como un bien propio. Serás más sabio que todos si estás dispuesto a aprender de todos. Los que de todos reciben son más ricos que todos.

Por último, no desprecies conocimiento alguno porque todo conocimiento es bueno. No desdeñes, si tienes tiempo, la lectura por lo menos de ningún escrito. Si no obtienes provecho, tampoco pierdes nada, sobre todo si se tiene en cuenta que, a mi juicio, no existe libro alguno que no ofrezca algo de interés si se lee en el lugar y en el momento adecuados; o que no contenga algo especial que el atento escudriñador de las palabras no haya encontrado en otros escritos, y que con tanto mayor gusto acoge cuanto más raro es el hallazgo.

Sin embargo, nada puede ser bueno si se elimina lo que es mejor. Si no es posible que leas todo, lee entonces lo que sea de mayor utilidad; y aunque pudieras leer todo, no debes dedicarle el mismo esfuerzo a todo. Se deben leer ciertos escritos para que no nos sean desconocidos; otros se deben leer para que por lo menos hayamos oído hablar de ellos, porque suele suceder que otorguemos más valor del que realmente tiene a aquello de lo que no hemos oído hablar, y se valora mejor aquello cuyos frutos se conocen.

Ahora puedes ver cuánto necesitas esta humildad para que no menosprecies conocimiento alguno y para que con gusto puedas aprender de todos; de modo semejante también te ayuda a no despreciar a los demás cuando los aventajes en conocimiento. Esta hinchazón de vanidad les sobreviene a algunos porque se detienen demasiado en la contemplación de sus conocimientos, y pareciéndoles que ya han llegado a convertirse en alguien, piensan que los demás, a los que ni siquiera conocen, no se les comparan ni pueden compararárseles. El mismo origen tiene la ebullición actual de ciertos mercaderes de baratijas quienes, jactándose no sé de qué, acusan a nuestros primeros padres de simplicidad, y se comportan como si la sabiduría hubiera nacido y hubiera de morir con ellos. Afirman que el modo de expresarse de la divina palabra es tan simple que no es necesario acudir a maestros para que la interpreten, sino que cada quien puede por su aptitud natural penetrar en los arcanos de la verdad. Arrugan la nariz y fruncen los labios frente a los estudiosos de la ciencia divina, y no quieren entender que ofenden a Dios al predicar su

palabra, que ciertamente es sencilla y está contenida en un hermoso lenguaje, pero que se vuelve insípida cuando se tuerce su sentido. No aconsejo que se imite a esta clase de hombres.

Así pues, el buen estudiante debe ser humilde y dócil, totalmente ajeno a las vanas preocupaciones y a los atractivos de los placeres. Debe ser diligente y aplicado para aprender gustosamente de todos; para nunca ufanarse de sus conocimientos; para huir de los autores de falsas doctrinas como de un veneno; para aprender a reflexionar largamente sobre un asunto antes de emitir su juicio; para tratar de ser, no de parecer, un hombre instruido; para comprender y amar las sentencias de los sabios; y para tenerlas siempre ante los ojos como si fueran un espejo ante su rostro. Y si llega a suceder que algunos temas más oscuros se cierran a su comprensión, no debe estallar luego en airado rechazo y pensar que sólo lo que está al alcance de su entendimiento debe ser valorado. Ésta es la humildad propia de la disciplina de los lectores.

XIV
DEL EMPEÑO POR INDAGAR

El empeño por indagar se refiere al ejercicio, y en esto el estudiante más que ser enseñado, necesita ser alentado. Todo el que quiera examinar atentamente lo que los antiguos tuvieron que soportar por el amor de la sabiduría, y cuán dignos de permanente recuerdo son los testimonios que de su virtud dejaron a la posteridad, constatará la pequeñez de su esfuerzo comparado con el de ellos. Unos despreciaron los honores, otros rechazaron las riquezas, otros se regocijaron en las injurias recibidas, otros ignoraron los sufrimientos, y otros más, apartándose de la compañía de los hombres y adentrándose en los sitios más apartados y secretos de parajes solitarios, se consagraron totalmente a la filosofía, de manera que tanto más libremente pudieran entregarse a la contemplación cuanto menos sujeto estaba su espíritu a los apetitos desordenados que generalmente impiden el camino de la virtud. Se lee, por ejemplo, que el filósofo Parménides habitó en una roca en Egipto durante quince años. Y de Prometeo se nos recuerda que, debido a su irrefrenable gusto por la meditación, se expuso en el monte Cáucaso a los ataques de un buitre. Ellos sabían que el verdadero bien no se

encuentra en la estima de los hombres sino que se oculta en una conciencia pura, y que ya no eran hombres aquellos que, por adherirse a las cosas perecederas, desconocían su propio bien. Y por ello querían manifestar con la misma distancia física entre sus lugares de residencia la diferencia de mente y entendimiento que los separaba de los demás, y que no podía haber una habitación común entre quienes no estaban asociados por un mismo propósito.

Alguien reprochaba a un filósofo diciéndole: "¿Acaso no te das cuenta de que la gente se burla de ti?", a lo que éste le respondió: "Ellos se burlan de mí, pero los asnos se burlan de ellos". Imagina, si puedes, en cuánto estimaría la alabanza de aquellos cuyos vituperios tampoco le importaban. De otro se lee que después de haber estudiado todas las disciplinas y alcanzado las alturas de las artes, descendió de ahí para dedicarse al trabajo de alfarero. Y los discípulos de un tercero, al expresar las alabanzas de su maestro, se gloriaban porque, además de sus otros conocimientos, también poseía el del oficio de zapatero.

Me gustaría, pues, que nuestros alumnos tuvieran este celo para que la sabiduría nunca envejeciera en ellos. Abisag, la Sunamita, ella sola, pudo calentar al anciano David[85] porque el amor de la sabiduría no abandona a su amante aunque su cuerpo ya esté decrépito. "Casi todas las fuerzas corporales se debilitan en los ancianos, y sólo la sabiduría crece mientras todo lo demás disminuye".[86] "La vejez de aquellos que han conformado su juventud con una conducta honesta se vuelve más docta con los años, más experimentada con la práctica, más sabia con el paso del tiempo, y logra cosechar los dulcísimos frutos de sus estudios pasados. Por eso aquel ilustre varón de Grecia, Temístocles, cumplidos ya ciento siete años y al ver que se acercaba la hora de su muerte expresó, según se dice, su pesar por abandonar la vida cuando apenas comenzaba a ser sabio. Platón murió a la edad de ochenta y un años, mientras escribía. Sócrates[87] cumplió noventa y nueve años en el dolor y el esfuerzo de la enseñanza y de la escritura. Paso por alto a otros filósofos, como Pitágoras, Demócrito, Jenócrates, Zenón y Parménides de Elea, que en edad avanzada siguieron floreciendo en el estudio de la sabiduría.

"Menciono ahora a los poetas, Homero, Hesíodo, Simónides, Tersícoro, quienes, siendo ya muy mayores, ante la proximidad de la muerte entonaron no sé qué canto del cisne, mucho más dulce que el habitual. Sófocles, después de haber llegado a una edad

85 1R, 1, 1-4.

86 Cita de san Jerónimo, *Epistulae,* ep. LII.iii.2. (San Jerónimo, *Epistolario,* BAC, t. 1, p. 464).

87 Aquí es importante citar lo que dice Taylor, que la lectura correcta puede ser "Teofrasto", como se deduce de Cicerón, *Tusc.* disp., XXX. xxviii.69.

extrema y de haber descuidado los asuntos familiares, fue acusado de demencia por sus hijos; recitó entonces ante el juez la historia de Edipo, que recientemente había escrito, y dio tal prueba de su sabiduría a pesar de los quebrantos de su edad, que transformó la severidad del tribunal en el aplauso de un teatro. Tampoco hay que sorprenderse de que Catón, el Censor, quien era el más elocuente de los romanos, ni se avergonzó ni perdió la esperanza de aprender el griego cuando era ya un anciano. Y es cierto que Homero narra que de la lengua de Néstor, ya viejo y casi decrépito, fluían palabras más dulces que la miel".[88]

[88] Cita de san Jerónimo, *Epistulae,* ep. LII.iii.3. (San Jerónimo, *Epistolario,* BAC, t. 1, p. 465s, en donde la lectura es *Estesícoro,* no *Tersícoro*).

Así pues, advierte a qué grado amaron la sabiduría aquellos a los que ni siquiera una edad decrépita pudo apartarlos de seguir buscándola. Este amor tan grande por la sabiduría, y tal abundancia de buen juicio en personas ancianas, se deducen convenientemente del significado del nombre arriba mencionado. *Abisag,* en efecto, se interpreta como "mi padre superfluo", o también como "el rugido de mi padre", con lo cual se demuestra que el inmenso trueno de la palabra divina, más allá de la voz humana, está presente en los ancianos. Esto es así porque la palabra "superfluo" en este lugar significa plenitud, no redundancia. Además, "Sunamita" se traduce en nuestra lengua como "escarlata", lo que de manera muy apropiada puede significar el fervor de la sabiduría.

XV
DE LOS OTROS CUATRO PRECEPTOS

Los cuatro preceptos siguientes se presentan en forma alternada, de modo que el primero se refiere a la disciplina y el siguiente al ejercicio.

XVI
DE LA TRANQUILIDAD

La tranquilidad de la vida puede ser interior, la que impide que la mente se distraiga con deseos ilícitos, o exterior, la que permite que se disponga del ocio y de las ocasiones oportunas para los afanes honestos y útiles; ambas se refieren a la disciplina.

XVII
DEL ESCRUTINIO

El escrutinio, es decir, la meditación, concierne al ejercicio. Con todo, parecería que el escrutinio formara parte del empeño por indagar, y si esto es verdad, se cae en una repetición inútil, puesto que ya fue antes mencionado. No obstante, debe reconocerse que entre ambas clasificaciones existe la diferencia siguiente: el empeño por indagar designa la asiduidad al trabajo; mientras que el escrutinio, la atenta meditación. El trabajo y el amor permiten concluir la obra; el cuidado y la vigilia dan origen al buen juicio. El trabajo hace que mantengas tu actividad; el amor, que la concluyas. El cuidado te ayuda a ser previsor; la vigilia, a que estés atento. Éstos son los cuatro sirvientes que llevan la litera de Filología, porque ejercitan la mente, sobre la que gobierna la sabiduría. La silla de Filología es ciertamente la sede de la sabiduría, de la que se dice que es llevada por estos portadores porque cuando alguien se ejercita en esto ella avanza. Por ello se dice muy bien que dos jóvenes, por su fuerza, sostienen la litera por la parte de adelante, y ellos son *philos* y *cophos,* es decir, Amor y Trabajo, porque llevan a cabo la obra exteriormente; y en la parte de atrás la sostienen dos doncellas, y ellas son *philemia* y *agrimnia,* que responden a Cuidado y Vigilia, porque generan el buen juicio en el secreto de la interioridad.

Hay quienes piensan que la silla de Filología significa al cuerpo humano, al que gobierna el alma racional, y que es llevado por cuatro sirvientes, los cuatro elementos que lo componen: de los cuales los dos superiores, es decir, el fuego y el aire, son masculinos de hecho y por género; y los dos inferiores, es decir la tierra y el agua, son femeninos.[89]

XVIII
DE LA PARSIMONIA

También se pretende convencer a los alumnos de la práctica de la pobreza, es decir, de no andar en pos de lo superfluo, lo que concierne a la disciplina de manera muy especial. “Porque”, como se dice, “un vientre lleno no engendra un sentido fino”.[90] Pero ¿qué podrán comentar sobre esto los escolares de nuestro tiempo? Por-

89 Como referencia de esta alegoría, Taylor cita a Marciano, *De nuptiis,* y el comentario de Remigio.

90 Cita de san Jerónimo, *Epistulae,* ep. LII.xi. (San Jerónimo, *Epistolario,* BAC, t. 1, p. 480: “vientre obeso no engendra ingenio”).

que ellos no sólo se apartan de la frugalidad durante el tiempo de sus estudios, sino que se esfuerzan en aparentar tener más de lo que tienen. Ya no se jactan de lo que han aprendido, sino de lo que han gastado. Pero tal vez sólo pretenden imitar a sus maestros, de quienes no encuentro nada bueno que decir.

XIX
DEL EXILIO

Se trata, por último, lo que se refiere a una tierra extranjera, porque ella también da al hombre ocasión para ejercitarse. El mundo entero es un lugar de destierro para los que reflexionan filosóficamente. Sin embargo, como dijo alguien: "No sé qué dulce atracción ejerce el suelo patrio / Que no permite al hombre que de él se olvide".[91]

Es un gran paso en el camino de la virtud que el espíritu ejercitado aprenda, poco a poco, a intercambiar primero estas cosas visibles y transitorias, para después ser capaz también de abandonarlas por completo. Es débil aquel que todavía se siente atraído por la dulce patria; ya es fuerte aquel que en cualquier lugar se encuentra en suelo patrio; pero es perfecto aquel que en cualquier parte del mundo se siente desterrado. El primero puso su amor en un lugar del mundo; el segundo lo extendió; el tercero lo extinguió. Yo, desde mi niñez, he sido un desterrado, y por experiencia conozco el dolor que a veces siente el alma cuando tiene que abandonar el reducido espacio de su cabaña; pero también conozco cuán fácilmente desdeña después los palacios de mármol y los salones con sus artesonados.

91 Ovidio, *Epistulae ex Ponto,* I.iii.35-36. Como referencias del párrafo final, *cf.* Virgilio, *Eclogae,* I.68-70 y Horacio, *Carmina,* II.xvi.9-12.

Libro cuarto

I
DEL ESTUDIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Ni todos ni sólo los escritos que hablan de Dios o de los bienes invisibles deben ser llamados sagrados. En los libros de los paganos encontramos muchos textos sobre la eternidad de Dios y la inmortalidad de las almas, sobre la eternidad de los premios a los virtuosos y la de los castigos a los viciosos, escritos con sólida argumentación, y a los que, sin embargo, nadie duda en considerar indignos de tal calificativo.

Cuando recorremos la serie de libros del Antiguo y del Nuevo Testamentos, nos damos cuenta de que la trama de casi todos se refiere a la situación de la vida presente y a las cosas que suceden en el tiempo, y de que rara vez encontramos en ellos algo manifiesto sobre la dulzura de los bienes eternos o la alegría de la vida celestial. No obstante, la fe católica comúnmente da a estos escritos el nombre de Sagradas Escrituras.

Los escritos de los filósofos son como una pared de barro blanqueada, pues brillan externamente con el esplendor del lenguaje; pero cuando pretenden ofrecer una apariencia de verdad, lo hacen con una mezcla de mentira y es como si cubrieran el barro del error con una capa de pintura. Por el contrario, las pala-

bras divinas se comparan con toda propiedad con un panal de miel, porque si por la sencillez de su lenguaje dan la apariencia de aridez, en su interior están llenas de dulzura. Con razón, pues, reciben el calificativo de "sagradas", porque son las únicas que están libres del contagio de la falsedad y es un hecho comprobado que no contienen nada que sea contrario a la verdad.

Sagradas Escrituras son los textos difundidos por quienes profesan la fe católica, y que, para fortaleza de esa misma fe, han sido aceptados por la autoridad de la Iglesia universal como parte del número de los libros sagrados y han sido conservados para ser leídos. Existe, además, una gran cantidad de pequeñas obras, escritas por hombres religiosos y sabios en diversas épocas, las cuales, aunque no hayan sido aprobadas por la autoridad de la Iglesia universal, son consideradas como escritos divinos tanto porque no se apartan de la fe católica como porque contienen enseñanzas útiles. Pero tal vez explicaremos mejor lo que son estos escritos enumerándolos que definiéndolos.

II
DEL ORDEN Y DEL NÚMERO DE LOS LIBROS

Toda la Sagrada Escritura está contenida en los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. Cada uno de los Testamentos se divide en tres grupos de libros. El Antiguo Testamento contiene la Ley, los profetas y los hagiógrafos; el Nuevo contiene el Evangelio, los apóstoles y los padres.

El primer grupo del Antiguo Testamento, es decir, la Ley, que los hebreos llaman Torá, contiene el Pentateuco, es decir, los cinco libros de Moisés. En este grupo, el primero es *Bereshit* o el Génesis; el segundo, *Hellesmoth* o el Éxodo; el tercero, *Vaiecra* o el Levítico; el cuarto, *Vaiedaber* o los Números; el quinto, *Adabarim* o el Deuteronomio.

El segundo grupo es el de los profetas, y contiene ocho libros. El primero es *Iosue ben Nun,* es decir, Josué hijo de Nun, que también se llama Josué, o Jesús, o Jesús Nave; el segundo es *Sophtim* o libro de los Jueces; el tercero es Samuel, que corresponde al primer y segundo libro de los Reyes; el cuarto es *Malachim,* que corresponde al tercer y cuarto libro de los Reyes; el quinto, Isaías;

el sexto, Jeremías; el séptimo, Ezequiel; el octavo, *Thareasra,* o los Doce Profetas.

Luego viene el tercer grupo, que contiene nueve libros. El primero es Job; el segundo, David; el tercero es *Masloth,* que en griego se llama *Parabolae* y en latín *Proverbia,* es decir, los Proverbios de Salomón; el cuarto es *Coeleth* o Eclesiastés; el quinto es *Sira Syrin* o Cantar de los Cantares; el sexto, Daniel; el séptimo es *Dabrehiamin* o Paralipómenon; el octavo, Esdras; el noveno, Ester. Todos estos libros, por tanto, dan un total de veintidós.

Además hay otros libros, como la Sabiduría de Salomón, el libro de Jesús, hijo de Sirac, el libro de Judit, Tobías y los libros de los Macabeos, que ciertamente son leídos, pero no están inscritos en el canon.

El primer grupo del Nuevo Testamento contiene cuatro libros: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. El segundo también contiene cuatro: las catorce epístolas de Pablo, reunidas en un solo libro; las epístolas canónicas, el Apocalipsis y los Hechos de los Apóstoles.

En el tercer grupo, el primer sitio lo ocupan las *Decretales,* a las que llamamos cánones o reglas; luego, los escritos de los santos padres y doctores de la Iglesia, como Jerónimo, Agustín, Gregorio, Ambrosio, Isidoro, Orígenes, Beda, y de otros muchos autores ortodoxos, en cantidad tan ilimitada que no pueden ser contados. En esto se manifiesta claramente su gran fervor por la fe cristiana, por cuya consolidación dejaron a la posteridad tantas y tan memorables obras. Con ello se demuestra también nuestra pereza, pues no somos capaces de leer lo que ellos sí fueron capaces de dictar.

En estos grupos de libros aparece una gran simetría entre los dos Testamentos, porque así como después de la Ley vienen los profetas, y después de los profetas, los hagiógrafos, así también después del Evangelio vienen los apóstoles, y después de los apóstoles vienen los doctores en el orden de sucesión. Y por admirable designio de la economía divina se produce el hecho de que, aunque la verdad plena y perfecta se encuentra en cada uno de los libros, ninguno de ellos resulta superfluo.

Presentamos este breve resumen sobre el orden y número de los libros sagrados para que el lector conozca cuál es el material de lectura que se le prescribe.

III
DE LOS AUTORES DE LOS LIBROS SAGRADOS

"Moisés escribió los cinco libros de la Ley. En cuanto al libro de Josué, se cree que el mismo Josué, cuyo nombre lleva, fue efectivamente el autor del libro. Se dice que el libro de los Jueces es obra de Samuel. La primera parte del libro de Samuel la escribió él mismo; pero la segunda parte, hasta el final, es de David. *Malachim:* fue Jeremías el primero en reunir su contenido en un solo libro, porque antes se encontraba disperso en las historias de cada uno de los reyes".[92]

[92] Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* VI.ii.1-12.

Isaías, Jeremías y Ezequiel escribieron los libros que llevan su nombre. También "el libro de los Doce Profetas lleva inscrito el nombre de sus autores, y ellos son Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. Éstos son llamados profetas menores porque sus exposiciones son breves, por lo que se reúnen en un solo libro".[93] En cambio, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, los cuatro profetas mayores, constituyen cada uno un libro distinto.

[93] Adaptado de *ibid.,* VI.ii.26-27.

En cuanto "al libro de Job, unos creen que lo escribió Moisés; otros, que alguno de los profetas; y algunos más, que es del mismo Job".[94] El libro de los Salmos es obra de David, aunque posteriormente Esdras les dio el orden actual y añadió los títulos. Las Parábolas, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares fueron compuestos por Salomón. Daniel es autor del libro que lleva su nombre. El libro de Esdras lleva en el título el nombre de su autor, pero su texto contiene los relatos de Esdras junto con los de Nehemías. En cuanto al libro de Ester, se cree que fue escrito por Esdras. El libro de la Sabiduría no aparece en ninguna parte entre los hebreos, y su título indica más bien un origen griego. Algunos judíos afirman que este libro es de Filón. El libro del Eclesiástico, con toda seguridad fue compuesto por Jesús, hijo de Sirac de Jerusalén, nieto del sumo sacerdote Jesús, de quien Zacarías hace mención. Este libro se encuentra entre los hebreos, pero es colocado entre los apócrifos. De Judit, de Tobías y de los libros de los Macabeos, el segundo de los cuales, de acuerdo con el testimonio de Jerónimo, debe ser considerado más bien como griego, no se sabe nada acerca de sus autores".[95]

[94] Adaptado de *ibid.,* VI.ii.13.

[95] Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* VI.ii.28-33.

IV
¿QUÉ ES UNA BIBLIOTECA?

"La biblioteca recibe su nombre del griego, porque es el lugar donde se guardan los libros. En efecto, la raíz *biblio* se traduce "de libros" y *teca* como "repositorio". Después de que los caldeos quemaron los libros de la Ley, y una vez que los judíos regresaron a Jerusalén, el escriba Esdras, inspirado por el Espíritu Divino, restauró los libros del Antiguo Testamento. Él corrigió todos los libros de la Ley y los de los profetas que habían sido corrompidos por los paganos, y fijó en 22 el número de libros de todo el Antiguo Testamento, de manera que hubiera tantos libros en la Ley cuantas letras había en el alfabeto".[96] Pero "hay en el alfabeto hebreo cinco letras dobles: *caph, mem, nun, phe, sade,* que se escriben de una manera si se encuentran al principio o a la mitad de las palabras, y de otra si se encuentran al final. Por ello, según opinión de muchos, hay también cinco libros dobles: Samuel, *Malachim, Dabrehiamin,* Esdras, y Jeremías con sus *Cynoth* o Lamentaciones".[97]

96 Cita de *ibid.,* VI.iii.1-2.

97 Cita de san Jerónimo, *In libros Samuel et Malachim* (PL, XXVIII, 551A).

V
DE LOS TRADUCTORES

"La primera traducción del Antiguo Testamento fue la de los Setenta, a los que Tolomeo, llamado Filadelfo, rey de Egipto, encargó la traducción del Antiguo Testamento del hebreo al griego. Personaje muy versado en todo tipo de escritos, quiso superar en su interés por las bibliotecas a Pisístrato, tirano de Atenas, quien fue el primero en establecer una biblioteca entre los griegos, a Seleuco Nicanor y a Alejandro, así como a otros anteriores que habían fomentado el estudio de la sabiduría. Con este fin logró reunir en su biblioteca no sólo las obras de la literatura pagana, sino también las de la literatura sagrada, de tal manera que en su tiempo había en Alejandría no menos de setenta mil libros. Para obtener los escritos del Antiguo Testamento, Tolomeo se dirigió a Eleazar, el sumo sacerdote. Los traductores, aunque aislados cada uno en diferente celda, inspirados por el Espíritu Santo, de tal manera culminaron su trabajo que en su traducción no se encon-

tró ninguna discrepancia entre ellos, ni siquiera en el orden de las palabras".[98] El resultado, pues, fue el de una sola traducción. Sin embargo, Jerónimo nos dice que no se debe dar crédito a este relato.[99]

"La segunda, tercera y cuarta traducciones son obra, respectivamente, de Áquila, Símaco y Teodoción; el primero de ellos, Áquila, era judío, mientras que Símaco y Teodoción eran herejes ebionitas. Sin embargo, entre las Iglesias griegas se impuso la práctica de seguir en la lectura de sus textos la versión de los Setenta. La quinta traducción es la *Vulgata,* cuyo autor es desconocido, razón por la cual ha sido necesario designarla simplemente como "la quinta". La sexta y séptima versiones son de Orígenes, cuyos trabajos han sido difundidos por Eusebio y Pánfilo. La octava es de Jerónimo, que con razón ha sido preferida a las demás por su mayor fidelidad literal al texto y por la mayor claridad de su interpretación".[100]

98 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* VI, iii.3-5; VI.iv.1-2.

99 San Jerónimo, *Praefatio in Pentateuchum* (PL, XXVIII, 181A-B). Se corrige la referencia de Taylor.

100 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* VI.iv.3-5.

VI
DE LOS AUTORES DEL NUEVO TESTAMENTO

Varios autores han escrito Evangelios, pero algunos de ellos, privados de la asistencia del Espíritu Santo, se esforzaron más en construir un relato, que en seguir el hilo de la verdad de lo narrado. Por ello, los santos Padres, instruidos por el Espíritu Santo, sólo aceptaron la autoridad de cuatro y rechazaron los demás. Estos Evangelios son los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, a semejanza de los cuatro ríos del Paraíso, de las cuatro barras del Arca y de los cuatro animales de Ezequiel. "Mateo, que es el primero, escribió su Evangelio en hebreo; Marcos, el segundo, lo escribió en griego. Lucas, entre todos los evangelistas el más conocedor de la lengua griega por haber ejercido en Grecia la profesión médica, realizó el tercero, que dedicó al obispo Teófilo, lo mismo que su libro de los Hechos de los Apóstoles. Juan es el cuarto y último que escribió su Evangelio".[101]

"Pablo escribió catorce epístolas, diez a Iglesias y cuatro a individuos. Pero es parecer mayoritario que la última epístola, la de los Hebreos, no es de Pablo; algunos la atribuyen a Bernabé y otros suponen que la escribió Clemente. Las epístolas canónicas

101 Adaptado de *ibid.,* VI.ii.35-39.

son siete: una de Santiago, dos de Pedro, tres de Juan, una de Judas. El apóstol Juan escribió el Apocalipsis en la isla de Patmos, donde se encontraba desterrado".[102]

[102] Adaptado de *ibid.,* VI.ii.44-49.

VII
DE QUE LOS DEMÁS LIBROS SON APÓCRIFOS Y DE QUÉ SIGNIFICA APÓCRIFO

"Éstos son, pues, los escritores de los libros sagrados, quienes, expresándose bajo la inspiración del Espíritu Santo, han redactado para nuestra instrucción preceptos que constituyen una norma de vida. Fuera de éstos, todos los demás libros son declarados apócrifos. Son llamados apócrifos, es decir, secretos, por su carácter dudoso. Su origen en efecto es oscuro, y desconocido aun para los Padres, de quienes recibimos, por una tradición del todo segura y conocida, la autoridad de las verdaderas Escrituras. Aunque en estos apócrifos se encuentre alguna verdad, con todo, debido a sus múltiples errores, carecen de toda autoridad canónica, y con razón se determina que no se debe creer que sean sus autores aquellos a los que se atribuyen, puesto que muchos de ellos han sido publicados por herejes y puestos bajo el nombre de alguno de los profetas o, en los escritos más recientes, bajo el nombre de alguno de los apóstoles. A todos ellos, identificados con el nombre de apócrifos y después de cuidadoso examen, se les ha negado autoridad canónica".[103]

[103] Cita de Isidoro, *Etymologiae,* VI.ii.50-53.

VIII
DEL SENTIDO DE LOS NOMBRES DE LOS LIBROS DIVINOS

"El Pentateuco recibe este nombre de los cinco libros que lo componen, porque en griego *penta* significa 'cinco' y *teucus,* 'libro'. El Génesis es llamado así porque contiene el relato del origen del universo; el Éxodo, por el relato de la salida de Egipto de los hijos de Israel; el Levítico, por su exposición sobre los oficios de los levitas y la diversidad de las víctimas. El libro de los Números es llamado así porque enumera las tribus salidas de Egipto, así como los cuarenta y dos lugares de residencia en el desierto".[104] "*Deutrus* es una palabra griega de dos sílabas que se traduce por 'segundo'

[104] Cita de Isidoro, *Etymologiae,* VI.ii.2-6.

y *nomia,* por 'ley'. De ahí viene Deuteronomio, como si fuera una segunda ley, porque en él se recapitula lo que en los tres libros precedentes fue expuesto de manera más detallada.

"En el libro de Josué, al que los hebreos llaman *Iosue ben Nun,* se narra la repartición de la tierra prometida entre el pueblo. El libro de los Jueces es llamado así por los personajes principales que administraban justicia en el pueblo de Israel antes de que hubiera reyes en ese pueblo".[105] A este libro algunos anexan el relato de Ruth incluido en el mismo volumen. "El libro de Samuel es llamado así porque describe su nacimiento, su sacerdocio y sus hechos, y aunque también contiene las historias de Saúl y de David, estos dos, sin embargo, son tratados en su relación con aquél, porque ungió a ambos como reyes. La palabra hebrea *malach* se traduce como rey. De ahí viene el nombre de *malachim,* porque este libro presenta en forma ordenada la secuencia de los reyes de Judá y de Israel, así como sus hechos".[106]

"Isaías, más evangelista que profeta, es autor del libro que lleva su nombre, cuyo texto fluye con una prosa elocuente; sus cánticos, en cambio, se desarrollan en hexámetros y en pentámetros. De la misma manera, Jeremías es autor del libro que lleva su nombre, junto con sus Trenos, que nosotros llamamos Lamentaciones porque se emplean en las circunstancias más tristes y en los ritos fúnebres. Las compuso siguiendo el orden alfabético, repetido cuatro veces pero con diferentes medidas métricas. Las dos primeras secuencias alfabéticas están escritas en una especie de verso sáfico, porque constan de tres pequeños versos vinculados entre sí, que comienzan con la misma letra y concluyen con cesura heroica. La tercera secuencia está escrita en trímetros y los grupos formados por estrofas de tres versos comienzan por la misma letra. La cuarta secuencia se presenta como la primera y la segunda".[107] "El libro de Ezequiel ofrece un principio y un final muy oscuros. Los Doce Profetas conforman un solo libro".[108]

"Las partes inicial y final del libro de Job, en el texto hebreo, están compuestas en prosa, mientras el cuerpo central del mismo, desde donde dice: 'Perezca el día en que nací' hasta: 'Por ello me reprendo y hago penitencia' se desarrolla completamente en verso heroico. El libro de los Salmos se llama *Psalterium* en griego, *Nabla* en hebreo y *Organum* en latín. Se llama Salterio porque mientras alguien, en el papel de profeta, cantaba acompañado del salterio,

105 Adaptado de *ibid.,* VI.ii.7-9.

106 Cita de Isidoro, *Etymologiae,* VI.ii.9-11.

107 Cita de *ibid.,* VI.ii.22-24.

108 Adaptado de *ibid.,* VI.ii.25-27.

el coro al unísono le respondía".[109] "Este libro comprende cinco divisiones, pero reunidas en un solo libro".[110] David fue quien compuso los Salmos, pero después Esdras los ordenó.

"Todos los Salmos, las Lamentaciones de Jeremías y casi todos los cantos de las Escrituras, en el texto hebreo, están compuestos métricamente, tal como lo atestiguan Jerónimo, Orígenes, Josefo y Eusebio de Cesarea. De modo semejante al romano Flaco y al griego Píndaro, unas veces se presentan en versos yámbicos, otras en brillantes versos sáficos, con la cadencia de los trímetros y de los tetrámetros".[111] "La Escritura muy claramente nos enseña que Salomón recibió tres nombres diferentes: *Idida,* o 'Amado del Señor', porque el Señor lo amó especialmente; *Coeleth,* o 'el Eclesiastés'. *Eclesiastes* en griego designa al que reúne a la asamblea, es decir, a la Iglesia, y al que nosotros podemos llamar 'predicador', quien se dirige no a una persona en particular, sino a toda la asamblea del pueblo. También fue llamado 'el Pacífico', porque durante su reinado se extendió la paz. De acuerdo con el número de estos nombres, compuso otros tantos libros. El primero lleva el título de *Masloth* en hebreo, de *Parabolae* en griego y de *Proverbia* en latín, porque mediante la semejanza del lenguaje metafórico expresa la verdad contenida en las figuras y en las imágenes. Estas Parábolas, al final, desde donde dice: 'Quién encontrará a la mujer fuerte', se estructuran de acuerdo con la secuencia alfabética, de igual modo que las Lamentaciones de Jeremías y algunos otros cánticos de la Escritura.

"El segundo libro es el que se llama *Coeleth* en hebreo, *Ecclesiastes* en griego y *Contionator* ('Predicador') en latín, porque su prédica no se dirige a una persona en particular, como en Proverbios, sino a todos en general, como teniendo en cuenta a toda la asamblea eclesiástica. El tercer libro, el *Sira Syrin,* es decir, el Cantar de los Cantares, es como un epitalamio o canto nupcial de Cristo con su Iglesia. En Proverbios él enseña a un joven y lo instruye sobre sus deberes por medio de sentencias, por lo que le repite con frecuencia sus enseñanzas como se hace con un hijo; pero en el Eclesiastés educa a un hombre de edad madura, para que no vaya a pensar que en las cosas mundanas existe algo que sea permanente, sino que todo lo que vemos es caduco y de corta duración. Por último, en el Cantar de los Cantares hace partícipe de los abrazos del Esposo al hombre perfectamente formado y

109 Cita de *ibid.,* VI.ii.14-15.

110 Cita de san Jerónimo, *In libros Samuel et Malachim* (PL, XXVIII, 599A). Se corrige la referencia de Taylor.

111 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* II.vi.17.21.

preparado para esto por su desprecio de las cosas mundanas. No está muy lejano de este orden progresivo en la enseñanza el que siguen los filósofos en la instrucción de sus alumnos, a los que primero enseñan la ética, luego les explican la física, y al que observan que ya ha avanzado lo necesario en estos estudios, lo conducen hasta la teología".[112]

"Entre los hebreos, Daniel no está catalogado entre los profetas, sino entre los hagiógrafos. En este libro, la Iglesia católica no sigue en su lectura la versión de los Setenta, porque se aparta mucho del verdadero sentido. La mayor parte de Daniel y del profeta Esdras, así como una parte de Jeremías han sido escritas en lengua caldea, pero con caracteres hebreos. Job también presenta una gran cercanía con la lengua árabe. El texto hebreo de Daniel no contiene la historia de Susana, ni el himno de los tres jóvenes, ni las fábulas de Bel y el dragón".[113]

"En griego se llama *Paralipomenon* lo que nosotros podríamos traducir como lo que ha sido omitido o descartado, porque lo que en la Ley o en los libros de los Reyes ha sido omitido, o relatado de manera incompleta, en éste se expone en forma de un breve sumario".[114] "Este libro se llama *Dabrehiamin* en hebreo, que literalmente se traduce como 'palabras de los días', pero que atendiendo al sentido podemos llamar crónica de toda la historia sagrada".[115]

"El libro de Esdras es uno solo, pero en él se encuentran los relatos de Esdras y de Nehemías, formando un solo volumen. El segundo, tercero y cuarto libros de Esdras son apócrifos".[116]

"El libro titulado Sabiduría de Salomón recibe el nombre de Sabiduría porque en él se anuncia claramente la venida de Cristo, quien es la Sabiduría del Padre, así como su Pasión".[117] El libro de Jesús, hijo de Sirac, se llama Eclesiástico "porque, atento a la disciplina de toda la Iglesia, fue compuesto con gran cuidado y consideración de lo que debe ser una vida religiosa".[118] De estos dos libros, Jerónimo se expresa de la manera siguiente:

> Se habla también del *Panaeretus,* o libro de Jesús, hijo de Sirach, y de otro de atribución falsa, que se titula la Sabiduría de Salomón. Del primero de éstos encontré el texto hebreo, con el nombre de Parábolas, no de Eclesiástico como lo llaman los latinos. Junto con él estaban el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares, como para

112 Adaptado de san Jerónimo, *Commentarium in Ecclesiastem* (PL, XXIII, 1063A-1064B).

113 Adaptado de san Jerónimo, *Praefatio in Danielem* (PL, XXVIII, 1357A-1359B). Se corrige la referencia de Taylor.

114 Cita de Isidoro, *Etymologiae,* VI.ii.12.

115 Cita de san Jerónimo, *In libros Samuel et Malachim* (PL, XXVIII, 599A). Se corrige la referencia de Taylor.

116 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* VI.ii.28.

117 Cita de *ibid.,* VI, ii.30.

118 Cita de *ibid.,* VI.ii.32.

> destacar su semejanza con Salomón no sólo por el número de libros, sino también por la naturaleza de sus contenidos. Pero el segundo de estos libros no se encuentra entre los hebreos y su estilo indica un origen griego. Algunos escritores antiguos afirman que este libro es del judío Filón. Por tanto, así como la Iglesia permite ciertamente la lectura de Judit, Tobías y de los libros de los Macabeos, pero no los acepta entre las escrituras canónicas, así también sugiere que se permita la lectura de estos dos libros para edificación del pueblo, pero no para confirmar la autoridad de los dogmas eclesiásticos.[119]

[119] Cita de san Jerónimo, *Praefatio in Salomonem* (PL, XXVIII, 1307A-1308A). Se corrige la referencia de Taylor.

"Así pues, del mismo modo que son veintidós las letras que usamos en hebreo para escribir todo lo que tenemos que decir, y sus sonidos iniciales abarcan las capacidades expresivas de la voz humana, así también suman veintidós los libros por los que, como en forma elemental e inicial, la tierna y lactante infancia del varón justo es instruida en la doctrina de Dios".[120]

[120] Cita de san Jerónimo, *In libros Samuel et Malachim* (PL, XXVIII, 597A-B). Se corrige la referencia de Taylor.

"Hay algunos que consideran el relato de Ruth y las Lamentaciones de Jeremías como libros distintos e independientes en el grupo de los hagiógrafos y, añadiendo estos dos a los veintidós anteriores, cuentan un total de veinticuatro libros de la Antigua Ley, número que representa a los veinticuatro ancianos que, según el Apocalipsis, adoran al Cordero".[121]

[121] Adaptado de *ibid.* (PL, XXVIII, 600A-B). Se corrige la referencia de Taylor.

IX
DEL NUEVO TESTAMENTO

Así como al conjunto de libros del Antiguo Testamento, en sentido amplio, se le puede llamar Ley, aunque a los cinco libros de Moisés se les da tal nombre en forma específica, así también a todo el Nuevo Testamento, hablando en términos generales, se le puede dar el nombre de Evangelio, aunque sólo los cuatro libros de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, en los que se narran plenamente los hechos y dichos del Salvador, han merecido ser llamados Evangelio de forma específica. Evangelio se traduce como "Buena Nueva", porque promete los bienes eternos, no la felicidad terrena, como lo hace el Antiguo Testamento interpretado literalmente.

X
DE LAS TABLAS DE LOS EVANGELIOS

"Ammonio de Alejandría fue el primero que preparó tablas de concordancias de los Evangelios, seguido después por Eusebio de Cesarea, quien les dio forma más completa. Estas tablas fueron hechas para que con su ayuda pudiéramos encontrar y conocer los pasajes comunes a varios evangelistas, así como los propios de cada uno, y son diez en total. La primera indica con números los pasajes comunes a los cuatro, Mateo, Marcos, Lucas y Juan; la segunda, los pasajes comunes a Mateo, Marcos y Lucas; la tercera, los pasajes comunes a Mateo, Lucas y Juan; la cuarta, los pasajes comunes a Mateo, Marcos y Juan; la quinta, los pasajes comunes a Marcos y Lucas; la sexta, los pasajes comunes a Mateo y Marcos; la séptima, los pasajes comunes a Mateo y Juan; la octava, los pasajes comunes a Lucas y Marcos; la novena, los pasajes comunes a Lucas y Juan; la décima indica los pasajes que son propios sólo de uno de los evangelistas.

"Estas tablas de concordancias se presentan de la siguiente manera: se encuentra un determinado número al margen de ciertas secciones del texto de cada Evangelio; y bajo cada uno de estos números se extiende un espacio marcado de rojo, que indica en cuál de las diez tablas se encuentra el número del que depende este espacio. Por ejemplo, si el espacio señalado es el primero, este número se encontrará en la primera tabla; si es el segundo, en la segunda; si es el tercero, en la tercera, y así sucesivamente hasta llegar a la décima. Así pues, si al abrir cualquiera de los Evangelios se quiere saber cuáles de los demás evangelistas han escrito pasajes semejantes, se anota el número colocado al margen de la sección a la vista y se busca ese mismo número en la tabla de concordancias indicada, y allí se encontrará lo que cada quien escribió. Y así, por último, se buscan en el cuerpo del texto los lugares indicados por los números, y se encontrará, después de revisar cada Evangelio, lo que dice sobre el mismo tema".[122]

[122] Cita de Isidoro, *Etymologiae,* VI.xv.

XI
DE LOS CÁNONES DE LOS CONCILIOS

"La palabra griega *canon* se traduce al latín como *regula* o regla, y se le da este nombre porque guía por un camino recto, sin permitir desviación alguna. Otros afirman que recibe tal nombre porque rige, o porque ofrece una norma de vida recta, o porque corrige lo que está torcido o pervertido.

"Los cánones de los concilios generales comenzaron en la época de Constantino, porque en los años anteriores, sujetos al furor de las persecuciones, no se otorgaba ninguna facilidad para instruir al pueblo. Por ello, la cristiandad se vio desgarrada por varias herejías precisamente porque no se permitía a los obispos reunirse en asamblea antes del tiempo del emperador mencionado, pues fue él quien reconoció el derecho de los cristianos para congregarse con entera libertad. Fue también en su tiempo cuando los santos padres, procedentes de todos los confines de la tierra, se reunieron en el Concilio de Nicea y nos entregaron un símbolo acorde con la fe evangélica y apostólica, el segundo después del de los apóstoles".[123]

[123] Cita de Isidoro, *Etymologiae,* VI, xvi.1-4.

XII
DE QUE SON CUATRO LOS SÍNODOS PRINCIPALES

"Pero entre todos los demás concilios, hay cuatro sínodos venerables que contienen la esencia de toda nuestra fe, y son tantos como los Evangelios o como los ríos del Paraíso. El primero de éstos fue el sínodo de Nicea, que reunió a trescientos dieciocho obispos, y se celebró mientras era emperador Constantino Augusto. Entonces fue condenada la blasfemia de la herejía arriana, sostenida por el mismo Arrio al mantener la desigualdad entre las Personas de la Santa Trinidad. Este santo sínodo definió, por medio de su símbolo, la consustancialidad de Dios Hijo con Dios Padre.

"El segundo sínodo congregó en Constantinopla a ciento cincuenta padres bajo el llamado de Teodosio, el Viejo; al condenar a Macedonio que negaba la divinidad del Espíritu Santo, demostró la consustancialidad del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo. Dio

así forma al símbolo de fe que proclaman en las Iglesias la totalidad de las comunidades griegas y latinas.

"El tercer sínodo, el primero de Éfeso, se llevó a cabo con doscientos obispos convocados por Teodosio Augusto, el Joven; al condenar con justo anatema a Nestorio, quien afirmaba la existencia de dos personas en Cristo, mostró que a las dos naturalezas del Señor Jesucristo corresponde una sola persona.

"El cuarto sínodo, el de Calcedonia, tuvo lugar con seiscientos treinta sacerdotes reunidos durante el mandato del emperador Marciano. En él, por decisión unánime de los padres, fueron condenados Eutiques, abad de Constantinopla, quien proclamaba la unidad de naturaleza del Verbo de Dios y de su carne, así como su defensor, un cierto Dióscoro, obispo de Alejandría, y de nuevo Nestorio, junto con los demás herejes. El mismo sínodo declaró que Cristo, en cuanto Dios, nació de la Virgen, de tal manera que debemos confesar en él tanto la sustancia de la naturaleza divina como la de la naturaleza humana.

"Éstos son los cuatro sínodos más importantes, los que contienen la proclamación más plena de la doctrina de la fe. Pero si hay otros concilios que los santos padres, llenos del Espíritu de Dios, han sancionado, aquéllos reciben de la autoridad de estos cuatro, cuyos actos se encuentran consignados en esta obra, de los cuales derivan su permanencia y su fuerza.

"La palabra griega *sínodos* se traduce como compañía o reunión. Pero el nombre 'concilio' proviene del uso romano, porque en la época en que se litigaban los asuntos, todos convergían en un lugar y procedían de común acuerdo en lo que trataban. De este común acuerdo se deriva 'concilio' (*concilium*), como si se hablara de 'consejo' (*consilium*), ya que no se explica por la palabra latina *cilium* (párpado o pestaña) que se refiere a los ojos, sino por la derivación de *considium* (sesión) a *consilium* (consejo), y el cambio de la *d* por la *l*. *Coetus* (reunión) significa convención o congregación y viene del verbo latino *coire,* es decir, convenir en un lugar o propósito, y de ahí el nombre de convención que, al igual que los de asamblea o concilio, se origina de la asociación de muchos con un solo propósito".[124]

"La palabra griega *epistole* se traduce al latín por *missa* o mensaje. Las epístolas canónicas, es decir, las que regulan, también son llamadas católicas, es decir, universales, porque no fueron

124 Cita de Isidoro, *Etymologiae,* Vi.xvi.5-12.

escritas para un solo pueblo o ciudad, sino para todas las naciones en general".[125] Los Hechos de los Apóstoles presentan los orígenes de la fe cristiana entre las naciones y la historia de la Iglesia naciente, y narran lo que hicieron los apóstoles, y de ahí el nombre de Hechos de los Apóstoles. *Apocalypsis* es una palabra griega que se traduce al latín como *revelatio,* o revelación, y de acuerdo con lo que dice el mismo Juan: 'Revelación de Jesucristo, que Dios le ha dado para hacerla conocer a su siervo Juan'".[126]

125 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* VI.viii.17 y vi.ii.46.

126 Adaptado de *ibid.,* VI.ii.48-49.

XIII
DE LOS QUE CREARON BIBLIOTECAS

"Entre nosotros, el mártir Pánfilo, cuya vida escribió Eusebio de Cesarea, se esforzó por igualar a Pisístrato en su celo por una biblioteca sagrada, y logró reunir en la suya casi treinta mil libros. También Jerónimo y Genadio se dedicaron a buscar escritos eclesiásticos por todo el orbe, los pusieron en orden y reunieron en un solo volumen el listado de sus obras".[127]

127 Cita de *ibid.,* VI.vi.1-2.

XIV
DE CUÁLES ESCRITOS SON AUTÉNTICOS

"De nuestros hermanos entre los griegos, Orígenes superó en la producción de escritos tanto a griegos como a latinos por el número de sus obras; a este respecto, Jerónimo afirma haber leído seis mil libros suyos. A todos, sin embargo, supera Agustín por su genio y por el conocimiento de sí mismo, pues fue tanto lo que escribió que nadie dispondría de los días y noches necesarios no digamos para copiar sus libros, sino sólo para leerlos".[128]

"Otros varones católicos escribieron muchas y muy notables obras: Atanasio, obispo de Alejandría; Hilario, obispo de Poitiers; Basilio, obispo de Capadocia; Gregorio, el teólogo y Gregorio, obispo de Nacianzo; Ambrosio, obispo de Milán; Teófilo, obispo de Alejandría; Juan, obispo de Constantinopla; Cirilo de Alejandría; el papa León; Próculo; Isidoro de Sevilla; Beda; Cipriano, mártir y obispo de Cartago; el presbítero Jerónimo; Próspero; Orígenes, cuyos escritos la Iglesia ni los rechaza totalmente ni los

128 Cita de Isidoro, *Etymologiae,* VI.vii.2-3.

aprueba completamente; Orosio; Sedulio; Prudencio; Juvencio y Arator".[129]

También Rufino publicó muchos libros y tradujo algunos escritos, pero "dado que el bienaventurado Jerónimo lo refuta en algunos puntos sobre el libre albedrío, debemos atenernos a lo que enseña Jerónimo".[130] "Gelasio compuso cinco libros contra Nestorio y Eutiques y algunos tratados a la manera de Ambrosio; también compuso dos libros contra Arrio, así como explicaciones sobre la administración de los sacramentos, sermones y epístolas sobre la fe".[131] Dionisio Areopagita, consagrado como obispo de los corintios, dejó muchos escritos que prueban su talento.

"Asimismo, de la *Crónica* de Eusebio de Cesarea y de los libros de su *Historia eclesiástica,* debe decirse que, aunque en el primer libro su relato cae en la mediocridad y después hubiera escrito un libro en alabanza y defensa del cismático Orígenes, no obstante, y en vista de la notable riqueza de su contenido, que fortalece nuestra instrucción, la Iglesia católica no los rechaza totalmente".[132] Hay que mencionar también a Casiodoro, quien escribió una obra bastante útil para explicar los Salmos. Quedan otros cuyos nombres no menciono aquí.

XV
DE CUÁLES SON APÓCRIFOS [133]

~ "El Itinerario, supuestamente del apóstol Pedro, en ocho libros, y atribuido a san Clemente: apócrifo.

~ "Los Hechos, supuestamente del apóstol Andrés: apócrifos.

~ "Los Hechos, supuestamente de Tomás: apócrifos.

~ "Los Evangelios, supuestamente de Tadeo: apócrifos.

~ "Los Evangelios, supuestamente del apóstol Bernabé: apócrifos.

~ "Los Evangelios, supuestamente del apóstol Tomás: apócrifos.

~ "Los Evangelios, supuestamente del apóstol Andrés: apócrifos.

~ "Los Evangelios, falsificados por Luciano: apócrifos.

~ "Los Evangelios, falsificados por Icio: apócrifos.

~ "El libro De la infancia del Salvador: apócrifo.

~ "El libro De la Natividad del Salvador y de santa María, o Del alumbramiento del Salvador: apócrifo.

~ "El libro llamado Del pastor: apócrifo.

129 Adaptado de la *Decretal* pseudo-gelasiana, VI.ii.180ss. El lector de esta traducción encontrará la cita en un compendio más accesible que las referencias de Taylor: Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum,* Herder, ed. xxxiv, 1967, p. 123, núm. 353.

130 Cita de *ibid.,* IV. v.232-236; Denzinger-Schönmetzer, *ibid.,* p. 124, núm. 353.

131 Adaptado de *Libri pontificalis pars prior,* li. Para una referencia más completa, *cf.* Taylor.

132 Cita de la *Decretal* pseudo-gelasiana, IV.v.242-246.

133 Todo el capítulo es una cita de *ibid.,* V.ii-xi.263-353. Denzinger-Schönmetzer, *Enchiridion*… p. 124, núm. 354, omite la larga lista (*longa series*) de "apócrifos", pero contiene el mismo anatema.

~ "Todos los libros que hizo Leucio, discípulo del diablo: apócrifos.

~ "Los libros llamados El fundamento: apócrifos.

~ "El libro llamado El tesoro: apócrifo.

~ "El libro De las hijas de Adán o El Génesis: apócrifo.

~ "El poema de Cien versos sobre Cristo, compuesto a partir de versos de Virgilio: apócrifo.

~ "El libro llamado Hechos de Tecla y Pablo: apócrifo.

~ "El llamado Libro del sobrino: apócrifo.

~ "El Libro de los proverbios, compuesto por herejes y puesto bajo el nombre de san Sixto: apócrifo.

~ "La Revelación, que se dice de Pablo: apócrifa.

~ "La Revelación, que se dice del apóstol Tomás: apócrifa.

~ "La Revelación, que se dice de Esteban: apócrifa.

~ "El libro llamado Tránsito de santa María: apócrifo.

~ "El libro llamado El arrepentimiento de Adán: apócrifo.

~ "El libro de Diogias, llamado el Gigante, quien, según algunos herejes, combatió con el dragón después del diluvio: apócrifo.

~ "El libro llamado El testamento de Job: apócrifo.

~ "El libro llamado El arrepentimiento de Orígenes: apócrifo.

~ "El libro llamado El arrepentimiento de Cipriano: apócrifo.

~ "El libro llamado Iamne y Mambre: apócrifo.

~ "El libro llamado El destino de los apóstoles: apócrifo.

~ "El libro de Lusán: apócrifo.

~ "El libro de los Cánones de los apóstoles: apócrifo.

~ "El libro Fisiólogo, compuesto por herejes y puesto bajo el nombre del bienaventurado Ambrosio: apócrifo.

~ "La Historia de Eusebio Pánfilo: apócrifa.

~ "Los Opúsculos de Tertuliano, o el Africano: apócrifos.

~ "Los Opúsculos de Postumiano y Gallo: apócrifos.

~ "Los Opúsculos de Montano, Priscila y Maximila: apócrifos.

~ "Todos los Opúsculos de Fausto el Maniqueo: apócrifos.

~ "Los Opúsculos del segundo Clemente de Alejandría: apócrifos.

~ "Los Opúsculos de Casiano, presbítero de las Galias: apócrifos.

~ "Los Opúsculos de Victorino de Poitiers: apócrifos.

~ "Los Opúsculos de Fausto Reginense, de las Galias: apócrifos.

~ "Los Opúsculos de Frumento: apócrifos.

~ "La Epístola de Jesús a Abgar: apócrifa.

~ "La Pasión de Círico y Julita: apócrifa.

~ "La Pasión de Jorge: apócrifa.

~ "Los escritos llamados La contradicción de Salomón: apócrifos.

~ "Todas las filacterias, que no fueron compuestas por un ángel, como se pretende, sino más bien por un demonio: apócrifas.

~ "Todas estas obras, y las que se les asemejan, escritas por Simón Mago, Nicolás, Querinto, Marción, Basílides, Ebión, también Pablo de Samosata, Fotino y Bonoso, que cayeron en el mismo error, Montano también con sus inmundos secuaces, Apolinar, Valentino o el Maniqueo, Fausto, Sabelio, Arrio, Macedonio, Eunomio, Novato, Sabacio, Calixto, Donato y Eustaquio, Nibiano, Pelagio, Juliano y Lacienso, Celestino, Maximiano, Prisciliano de España, Lampedio, Dióscoro, Euticio, Pedro y otro del mismo nombre, uno de los cuales manchó a Alejandría, y el otro a Antioquía, Acacio de Constantinopla y sus cómplices, sin olvidar todas las herejías que ellos mismos, o sus discípulos y otros cismáticos enseñaron o escribieron, y cuyos nombres no retenemos: declaramos que todas estas obras no sólo han sido rechazadas, sino eliminadas por la Iglesia católica y romana, y que con sus autores y los seguidores de los autores han sido condenadas al anatema con un vínculo indisoluble por toda la eternidad".

XVI

ALGUNAS ETIMOLOGÍAS RELACIONADAS CON LA LECTURA

"Un códice está compuesto de muchos libros; un libro, de un solo volumen. Y el códice se llama así porque toma su nombre de los troncos de los árboles o de las vides, como si fuera un tronco (*caudex*) del que salen, como ramas, muchos libros. Volumen o rollo viene de *volvere* o enrollar. *Liber* o libro es la corteza interna del árbol, sobre la que los antiguos acostumbraban escribir antes del uso del papel o del pergamino; por ello, llamaban *librarii* o libreros a los escritores y *liber* o libro al volumen".[134] "*Scheda,* u hoja de papel, cuyo diminutivo es *schedula,* es una palabra griega; y se llama *scheda,* hablando propiamente, el material que todavía está sujeto a corrección y aún no ha sido compaginado en forma de libro".[135]

"El uso del papel se descubrió primero en Menfis, una ciudad de Egipto, y se llamó *charta* o papel porque una vez desprendida

[134] Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* VI. xiii.

[135] Adaptado de *ibid.,* VI.xiv.8.

la membrana que cubre el papiro, se pega por partes (*carptim*), y así se hace el papel, del que hay diversas clases. El pergamino (*pergamenum*) recibe su nombre de Pérgamo, la ciudad donde se inventó; también se le llama membrana porque es extraída de los miembros (*membra*) del animal. Al principio se hacían los pergaminos de color amarillo; después, en Roma, se encontró la forma de hacer pergaminos blancos".[136]

"La palabra 'homilía' se puede traducir como sermón popular, como cuando se hace uso de la palabra para dirigirse al pueblo. Tratado es la exposición de un asunto bajo sus diversos aspectos. Diálogo es la conversación de dos o más personas, lo que los latinos llaman *sermo,* y se dice *sermo* porque se establece un vínculo (*seritur*) entre ellas. La palabra *commentaria* o 'comentarios' puede explicarse por *cum mente,* con la mente, o por *comminiscor,* discurrir. Se trata, en efecto, de interpretaciones, como los comentarios sobre el derecho o sobre el Evangelio".[137] Algunos dicen que la palabra 'comentarios' se debería reservar para el caso de los libros paganos, y el de intérpretes para el de los libros sagrados. "*Glossa* es una palabra griega y se traduce como lengua, porque de alguna manera expresa el significado de la palabra a la que se refiere; los filósofos la llaman *adverbium* o adverbio, porque define con una sola palabra el significado de aquella que se investiga, como, por ejemplo, *conticescere* o dejar de hablar se explica por *tacere* o callar".[138]

136 Adaptado de *ibid.* VI.x.1-2 y VI.xi.1-2.

137 Adaptado de Isidoro, *Etymologiae,* VI.viii.2-5.

138 Adaptado de *ibid.,* I.xxx.1.

Libro quinto

I
DE ALGUNAS PARTICULARIDADES DE LA SAGRADA ESCRITURA Y DEL MODO DE LEERLA

No debería resultar molesto para el lector empeñoso que, de tantos y tan diversos modos, nos ocupemos del número, orden y vocabulario de los libros sagrados, porque sucede con frecuencia que por ignorar estos temas elementales, se oscurece el conocimiento de los asuntos importantes y útiles. Por lo que una vez que el lector ya esté preparado y haya asimilado bien el contenido de esta especie de normas mínimas, puede recorrer después con paso ligero el camino que se ha propuesto, sin tener que preguntarse de nuevo en cada libro por ciertos datos rudimentarios. Arreglados estos asuntos, trataremos a continuación los demás que nos parezcan importantes para el propósito de la presente obra.

II
DE LA FORMA TRIPLE DE ENTENDER

Antes que nada, es preciso saber que hay tres formas de entender la Sagrada Escritura: la histórica, la alegórica y la tropológica. Ciertamente no todo lo que se encuentra en la divina palabra debe

ser forzosamente interpretado de tal forma como si cada pasaje tuviera que contener, al mismo tiempo, historia, alegoría y tropología; y aunque en muchos casos tal interpretación triple sea correcta, es difícil, más aún, imposible, querer encontrarla en todas partes. "Sucede como en las cítaras y otros instrumentos musicales semejantes, en los que ciertamente el sonido musical que producen no proviene de todas las partes con las que se tiene contacto, sino sólo de las cuerdas. Las demás partes, como componentes del cuerpo de la cítara, fueron elaboradas como marco en donde tuvieran sus puntos de conexión y de tensión aquellas que el artista habría de pulsar para producir el melodioso canto".[139] De la misma manera, en la divina palabra hay algunos pasajes que requieren ser interpretados sólo espiritualmente; otros están destinados a fortalecer la conducta moral; hay también los que han sido dichos para ser interpretados de acuerdo con el simple sentido histórico; y otros, finalmente, que incluyen en su correcta interpretación lo histórico, lo alegórico y lo tropológico.

139 Cita de Isidoro, *Quaestiones in Vetus Testamentum,* Praefatio iv (PL, LXXXIII, 208). Se corrige la referencia de Taylor.

Así pues, de modo admirable, toda la Sagrada Escritura ha sido conformada y dispuesta por la sabiduría divina en sus diversas partes de tal forma que lo que contiene, unas veces puede producir, como las cuerdas, la suave melodía de la comprensión espiritual; otras, al retener la expresión de los misterios manifestada en diversos momentos de la secuencia histórica y basada en la solidez de la letra, puede vincularlos y formar con ellos una sola unidad, a la manera de la caja cóncava de madera sobre la que se extienden las cuerdas tensas y que al recibir en sí misma el sonido —producido no sólo por las cuerdas, sino también modulado por la forma que toma el cuerpo de madera—, lo transmite y lo hace más dulce al oído.

La miel que se toma directamente del panal tiene un sabor más dulce, y lo que con mayor ahínco se busca, con más emoción se encuentra. Es preciso, por tanto, que cuando nos acerquemos a la Sagrada Escritura no tratemos de encontrar en todos los pasajes el sentido histórico, ni en todos el alegórico, ni en todos el tropológico, sino que asignemos a cada uno el lugar que le corresponde, como lo pide la razón. Con frecuencia, no obstante, se pueden encontrar todos al mismo tiempo en un mismo pasaje, en el que la verdad histórica sugiere por la alegoría un sentido místico, al mismo tiempo que por la tropología indica lo que debe hacerse.

III
DE QUE TAMBIÉN LAS COSAS TIENEN UN SIGNIFICADO EN LA SAGRADA ESCRITURA

También es necesario saber que en la divina palabra no sólo las palabras sino también las cosas tienen significado, y que esta peculiaridad no se encuentra regularmente en tales proporciones en los demás escritos. El filósofo conoce sólo el significado de las palabras, pero el significado de las cosas supera con mucho el de las palabras, porque éste lo estableció la costumbre y aquél lo dictó la naturaleza. Una es la palabra de los hombres; otra, la palabra de Dios a los hombres: aquélla perece tan pronto como es pronunciada; ésta subsiste después de ser creada. La frágil palabra es expresión de los sentimientos; la cosa es imagen de la razón divina. Por tanto, el sonido de la boca, que desaparece al mismo tiempo en que se expresa, es a la idea de la mente lo que todo el tiempo junto es a la eternidad. La idea de la mente es la palabra interior que se manifiesta en el sonido de la voz, es decir, en la palabra exterior. La divina sabiduría, que el Padre hace brotar de su corazón, aunque invisible en sí misma, se puede reconocer por las criaturas y en ellas.

De todo lo anterior se infiere ciertamente la profundidad del significado que hay que buscar en las Sagradas Escrituras, en las que por la palabra se llega al concepto, por el concepto a la cosa, por la cosa a la idea y por la idea se llega a la verdad. Por no tomar esto en cuenta, ciertas personas no tan sabias piensan que no existe en las Escrituras sutileza alguna donde puedan aplicar su ingenio, y prefieren dedicar su atención a los escritos de los filósofos, precisamente por ser incapaces de ver en ellas nada fuera de la superficialidad de la letra y por ignorar la fuerza de la verdad.

Con un ejemplo breve y claro vamos a demostrar que la sagrada palabra usa el significado de las cosas. La Escritura dice: "Vigilad, porque vuestro adversario el diablo ronda como león rugiente".[140] En este caso, si decimos que el león significa al diablo, nos estamos refiriendo al significado de la cosa, no de la palabra. En efecto, si las dos palabras, "diablo" y "león" significaran una y la misma cosa, sería redundante hablar de la semejanza de una cosa consigo misma. Se sigue, por tanto, que la palabra "león" significa al animal, pero el animal designa al diablo. Y todos los de-

[140] 1P 5, 8.

más casos deben ser interpretados del mismo modo, como cuando decimos que el gusano, o el becerro, o la piedra y otras cosas semejantes significan a Cristo.

IV
DE LAS SIETE REGLAS

También debe prestarse cuidadosa atención a lo que “algunos hombres sabios afirmaron respecto a que, entre otras, hay siete reglas para interpretar la forma en que se expresan las Sagradas Escrituras.

“La primera regla se refiere al Señor y a su cuerpo, a lo que se dice de uno en relación con el otro, y a cómo, de una misma persona, unas veces se muestra la cabeza y otras el cuerpo, como dice Isaías: ‘El Señor me ha revestido con un vestido de salvación, como un esposo adornado con una corona, como una esposa engalanada con sus joyas’.[141] Así, en una sola persona, designada con dos palabras, se ha manifestado la cabeza, es decir, el esposo, y la Iglesia, es decir, la esposa. Por lo mismo, en las Escrituras hay que observar cuándo se trata de la cabeza en particular, cuándo de la cabeza y del cuerpo a la vez, o cuándo se pasa de un término al otro y viceversa, o cuándo sólo de uno a otro. De esta forma, el lector prudente entenderá qué es lo pertinente a la cabeza y qué es lo pertinente al cuerpo.

[141] Is 61, 10.

“La segunda regla se refiere al cuerpo del Señor, el verdadero y el compuesto. Hay, en efecto, ciertos pasajes que parecen aplicarse a una sola persona, aunque en realidad no se trata de una sola, como en aquel que dice: ‘Israel, tú eres mi siervo, yo he borrado tus pecados como una nube y tus faltas como un nubarrón. Conviértete a mí y yo te redimiré’.[142] Esto no puede aplicarse a uno solo, porque la primera parte se aplica a aquél cuyos pecados han sido borrados y a quien le dice ‘tú eres mío’; la segunda, a aquél a quien le dice: ‘Conviértete a mí y yo te redimiré’, es decir, a aquellos que si se convierten, les serán borrados sus pecados. Según esta regla, la Escritura se dirige a todos de tal manera que los buenos son reprendidos junto con los malos y los malos son alabados en lugar de los buenos, pero el que haga una lectura cuidadosa sabrá aplicar a cada quien lo que le corresponde.

[142] Is 44, 21-22.

"La tercera regla se refiere a la letra y al espíritu, es decir, a la ley y a la gracia: la ley que nos advierte sobre los preceptos que hay que seguir, y la gracia que nos ayuda a cumplirlos. Es decir, que se debe buscar en la ley no sólo el sentido histórico, sino también el espiritual, porque es preciso ser fiel al sentido histórico y, al mismo tiempo, entender la ley espiritualmente.

"La cuarta regla se refiere a la especie y al género, y de acuerdo con ella se toma la parte por el todo, o el todo por la parte; por ejemplo, si cuando Dios habla a un solo pueblo o ciudad, también debe entenderse que se dirige a todo el mundo. Es cierto que el Señor, por medio del profeta Isaías, no amenaza directamente más que a la ciudad de Babilonia; no obstante, mientras habla contra ella, se da el paso de la especie al género, y vuelve su palabra contra el mundo entero. Es seguro que si no hablara contra todo el orbe, no tendría sentido lo que expresa después, en forma general: 'Y destruiré toda la tierra e iré a ver los males de este mundo',[143] y lo demás que sigue en relación con la destrucción del mundo. Por ello añade: 'Tal es la decisión que he tomado para toda la tierra, y tal es la mano extendida sobre todas las naciones'.[144] Del mismo modo, después de haber acusado a todo el mundo en la persona de Babilonia, de nuevo vuelve a ella, como en un paso del género a la especie, diciendo lo que le sucedió a esa ciudad en particular: 'Y yo haré que los medos se lancen contra ellos'.[145] En efecto, bajo el reinado de Baltasar, Babilonia fue conquistada por los medos. Del mismo modo, en la persona de Egipto, quiere que se entienda el mundo entero cuando dice: 'Yo haré que los egipcios luchen contra los egipcios, reino contra reino',[146] porque Egipto no estaba dividido en reinos, sino que conformaba uno solo, de acuerdo con lo que de él se ha escrito.

"La quinta regla se refiere a los tiempos, y de acuerdo con ella la parte mayor del tiempo puede representarse por la menor o por la parte menor debe entenderse la mayor. Tal es el caso de los tres días de la sepultura del Señor, pues aunque no haya permanecido en el sepulcro durante tres días y tres noches completas, se pasa de la parte incompleta a la total de los tres días. También es el caso de los cuatrocientos años que, según la predicción divina, los hijos de Israel pasarían en Egipto como siervos, para después salir de ahí. Sin embargo, mientras José detentó el poder en Egipto, ellos también gozaron del poder; ni tampoco salieron de Egipto

143 Is 13, 11.

144 Is 14, 26.

145 Is 13, 17.

146 Is 19, 2.

inmediatamente después de cumplidos los cuatrocientos años, según lo prometido, sino hasta que pasaron cuatrocientos treinta.

"Hay todavía otra figura que se refiere a los tiempos, y de acuerdo con ella ciertas cosas que pertenecen al futuro son narradas como si fueran ya del pasado, como en el texto: 'Han traspasado mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos y se repartieron entre ellos mis vestidos',[147] y en otros pasajes semejantes en los que se habla de cosas futuras como si ya fuesen hechos consumados. Pero ¿por qué se narran cosas que aún están por pasar como si ya hubiesen sucedido? Porque lo que para nosotros aún está por venir, para la eternidad de Dios ya pasó. Por ello, cuando se anuncia que algo todavía está por cumplirse, esto se dice desde nuestro punto de vista; pero cuando se habla de las cosas futuras como ya sucedidas, esto debe tomarse desde el punto de vista de la eternidad de Dios, para quien todo lo que está por venir ya ha sucedido.

"La sexta regla se refiere a la recapitulación. La recapitulación se da cuando la Escritura regresa a un asunto del que ya se había ocupado, como cuando después de haber hecho mención de los hijos de los hijos de Noé, añade que 'estaban distribuidos según sus linajes y sus lenguas';[148] después, sin embargo, y como si lo requiriera la misma secuencia cronológica, añade: 'Toda la tierra tenía un solo lenguaje y una sola palabra'.[149] Pero ¿cómo podían estar distribuidos según sus linajes y sus lenguas si sólo había una lengua para todos, si no es porque la narración regresa, mediante la recapitulación, a un asunto del que ya se había ocupado?

"La séptima regla se refiere al diablo y a su cuerpo; según esta regla, con frecuencia se habla de su cabeza en términos que más bien convienen a su cuerpo; pero con frecuencia también lo que se dice parece aludir a los miembros, aunque sólo a la cabeza es aplicable. Tal es el caso de aquel pasaje del Evangelio que habla del trigo mezclado con la cizaña, en el que ciertamente lo que se habla del cuerpo debe aplicarse a la cabeza, y cuando el Señor dice: 'el hombre enemigo hizo esto',[150] llama hombre al diablo y designa la cabeza con el nombre del cuerpo. De modo semejante, con el nombre de la cabeza se designa al cuerpo, como cuando se dice en el Evangelio: 'Yo os he escogido a vosotros, los doce, pero uno de vosotros es el diablo',[151] en obvia referencia a Judas, porque fue cuerpo del diablo. El ángel apóstata, en efecto, es la cabe-

147 Sal 22, 17-19.

148 Gn 10, 20.31.

149 Gn 11, 1.

150 Mt 13, 28.

151 Jn 6, 70.

za de todos los malvados, y todos los malvados son el cuerpo de esta cabeza; de tal manera es uno con sus miembros, que con frecuencia lo que se dice de su cuerpo más bien se refiere a él mismo; y a la inversa, lo que de él se dice debe ser referido a sus miembros. Así sucede en un pasaje de Isaías, en el que después de haber proferido muchos ataques en un discurso profético contra Babilonia, esto es, contra el cuerpo del diablo, de nuevo dirige la condena del oráculo contra la cabeza, es decir, contra el diablo, diciendo: 'Cómo has caído del cielo, Lucifer, tú que por la mañana te elevabas…' [152] etcétera".[153]

[152] Is 14, 12.

[153] Todo el capítulo adaptado de Isidoro, *Libri sententiarum,* I.xix.1-19 (PL, LXXXIII, 581A-586A).

V
DE LO QUE SE OPONE AL ESTUDIO

Después de haber propuesto al lector ciertos temas y de haber definido, designándolos por sus nombres, los escritos que de manera especial corresponden a la lectura divina, parece lógico que nos ocupemos también del modo y del orden de esta lectura, a fin de que, a partir de lo que ya se ha dicho, decida en qué asuntos debe concentrar sus esfuerzos y, a partir de lo que resta por decir, se inicie en el método y sistema de su estudio. Pero, dado que es más fácil que entendamos lo que se debe hacer si antes conocemos lo que no se debe hacer, al lector se le debe enseñar primero lo que debe evitar, y después se le debe formar para que sepa cómo llevar a cabo lo que debe hacer.

También hay que explicar el hecho de que de una gran masa de estudiantes, muchos de los cuales están dotados de ingenio y no escatiman su esfuerzo, sean tan pocos y contados los que logran alcanzar el conocimiento. Dejando a un lado a los que por naturaleza son de entendimiento obtuso y de lenta comprensión, asombra mucho y obliga a preguntarse cómo se puede explicar que dos personas, con el mismo ingenio, igual empeño y entregadas al mismo estudio, obtengan diferentes resultados en la comprensión del mismo. Una de ellas se adentra rápidamente en el tema y rápidamente se apodera de lo que busca; la otra se esfuerza por largo tiempo y avanza poco. Pero debe saberse que en toda tarea se requieren dos cosas, trabajo e ingenio para ese trabajo, que de tal forma están vinculados entre sí que el uno sin el otro

resulta inútil o menos eficaz. No obstante, como se dice: "La sabiduría es mejor que la fuerza",[154] y sucede a veces que los objetos que no podemos mover con nuestras fuerzas, los levantamos mediante algún artificio.

[154] Sab 6, 1. Es una adición de la llamada *Vulgata,* que comienza así el cap. 6: "La sabiduría es mejor que la fuerza, y el hombre prudente mejor que el poderoso".

Lo mismo, por cierto, se repite en toda clase de estudio. El que actúa sin criterio, se esfuerza ciertamente, pero avanza poco, y es como el que golpea el aire y desperdicia sus fuerzas en el vacío. Considérese el caso de dos hombres que al mismo tiempo atraviesan un bosque, pero mientras uno se afana por los rodeos de caminos desviados, el otro sigue los atajos de la vía recta; ambos siguen su camino con impulso semejante, pero no llegan los dos al mismo tiempo. Y ¿acaso no podría yo comparar la Escritura con un bosque, cuyos frutos dulcísimos recogemos cuando leemos sus enseñanzas y los volvemos a saborear mediante la reflexión? Así pues, el que en tan enorme cantidad de libros no sigue un método y un orden de lectura es como el que se extravía en la espesura del monte por haber perdido la senda de la vía recta; y es, como se dice, semejante a los que siempre están estudiando y nunca aprenden. El criterio es, pues, de tal importancia que, sin él, todo descanso es vergonzoso y todo afán, inútil. ¡Si nos pusiéramos todos de acuerdo!

Normalmente son tres los principales problemas que dificultan los estudios de los lectores: la negligencia, la imprudencia y la mala fortuna. Existe negligencia cuando completamente nos olvidamos de lo que debemos aprender, o cuando ponemos menor empeño en su aprendizaje. Existe la imprudencia cuando no seguimos el orden y el método convenientes en nuestro aprendizaje. La mala fortuna sobreviene por alguna eventualidad, casualidad o suceso natural, como cuando por pobreza, o por enfermedad, o por torpeza mental adquirida, o también por escasez de maestros, sea que no haya docentes o que no los haya que enseñen bien, nos vemos obligados a abandonar nuestros planes. Lo que debe hacerse en estas tres circunstancias es, en el primer caso, el de negligencia, amonestar al estudiante; en el segundo, el de imprudencia, instruirlo; pero en el tercero, el de mala fortuna, habrá que ayudarlo.

VI
DE CUÁL SEA EL FRUTO DE LA LECTURA DIVINA

Todo aquel que se acerca a la divina lectura con el propósito de instruirse, lo primero que tiene que saber es cuál es el fruto de la misma, porque nada debe buscarse sin algún motivo especial, ni despierta el deseo lo que no trae consigo algún provecho. El fruto de la divina lectura es doble, porque instruye la mente con el conocimiento y la fortalece con la moral; enseña cuál saber agrada y qué es preciso imitar. El primero, es decir, el conocimiento, se refiere más al sentido histórico y alegórico; el segundo, la enseñanza de la moral, al sentido tropológico. Toda la Sagrada Escritura se ordena a este fin.

Ciertamente, aunque vale más ser justo que sabio, no obstante, conozco a muchos que en el estudio de la sagrada palabra se interesan más por el conocimiento que por la virtud. Yo, por mi parte, convencido de que ni uno ni otra deben ser rechazados, sino que ambos son necesarios y dignos de alabanza, me ocuparé brevemente de lo que compete a la intención de cada uno. Y primero trataré de lo que contiene la gracia de la moral.

VII
DE CÓMO DEBE LEERSE LA ESCRITURA PARA CORREGIR LAS COSTUMBRES

Aquel que busca en la sagrada palabra una enseñanza sobre las virtudes, así como una forma de vida, debe leer principalmente aquellos libros que aconsejan el desprecio de este mundo; inflaman el espíritu en el amor a su Creador; enseñan cuál es la senda recta de la vida; y muestran cómo se pueden adquirir las virtudes y abandonar los vicios. "Buscad primero", nos dice, "el Reino de Dios y su justicia".[155] Y es como si claramente dijera: "Desead los gozos de la patria celestial y buscad ingeniosamente los méritos de la justicia por los que a ellos se llega. Amad y buscad lo que es bueno y al mismo tiempo necesario. Si hay amor, éste no puede permanecer inactivo. ¿Queréis llegar a tal lugar? Aprended el camino por el que allí se llega".

155 Mt 6, 33.

Pero este conocimiento se adquiere de dos maneras, por el ejemplo y por la enseñanza. Por el ejemplo, cuando leemos las vidas de los santos; por la enseñanza, cuando aprendemos las palabras que han dicho y que se aplican a nuestra formación. Entre todo esto que han dicho y hecho, pienso que se deben tomar muy a pecho, de manera singular, los escritos del bienaventurado Gregorio, los que no he querido pasar en silencio porque, para mí, sobresalen entre los demás por su delicadeza y por estar colmados de amor por la vida eterna.

Ahora es menester que el que ha entrado ya en este camino aprenda, en los libros que lea, a entusiasmarse más por el deseo de emular las virtudes que por el brillo de las palabras, de manera que encuentre más deleite en la hermosura de la verdad que en la magnificencia y elegancia de las palabras. Que sepa también que, para lograr sus propósitos, es un impedimento dejarse arrebatar por el vano deseo del conocimiento y dedicarse a escudriñar escritos oscuros y de difícil comprensión, en los que su mente mucho se ocupa y poca enseñanza edificante obtiene; y que no debe dejarse absorber por la sola lectura de tal forma que no le deje tiempo para la práctica de las buenas obras. Para el filósofo cristiano, la lectura debe transformarse en exhortación, no en vana ocupación; debe alimentar los buenos deseos, no exterminarlos.

Recuerdo que en alguna ocasión me hablaron de cierto varón, cuya forma de vida era muy digna de elogio; de tal manera se encontraba inflamado por el amor de las Sagradas Escrituras que se entregó a su estudio por completo. Pero con el paso del tiempo, creció su conocimiento y, al mismo tiempo, su deseo del mismo; y dominado por la ambición desmedida de la sabiduría, comenzó a desdeñar los libros más fáciles para adentrarse en los textos profundos y difíciles, y a entregarse con pasión a la solución de los enigmas de los profetas y a la comprensión del sentido místico de los sagrados misterios. Sin embargo, dado que la mente humana es incapaz de soportar tal carga, el hombre comenzó luego a flaquear, tanto por el tamaño de la tarea como por la duración de la tensión y, ofuscado por la gran preocupación de tan impertinente ocupación, terminó por dejar de ocuparse no sólo de aquellas actividades que son convenientes, sino también de las que son necesarias.

Así pues, por hechos contraproducentes, el que había comenzado la lectura de las Escrituras para edificación de su vida, encon-

tró en ellas la ocasión de su extravío por ignorar la moderación que da la discreción. Pero al final, por la misericordia divina, fue advertido mediante una revelación de que ya no debería dedicarse al estudio de estos escritos, sino que debería habituarse a frecuentar las vidas de los santos padres y los triunfos de los mártires, así como otros textos semejantes, escritos en un estilo sencillo. Y así, vuelto en poco tiempo a su situación inicial, mereció recibir la gracia de un gran reposo interior, de manera que podría decirse que en él se había cumplido la palabra del Señor, según la cual Él mismo, a la vista de nuestra pena y dolor, ha querido consolarnos con ternura: "Venid a mí todos los que sufrís y estáis oprimidos y yo os aliviaré", y después añade: "Encontraréis el reposo para vuestras almas".[156]

He presentado este ejemplo para mostrar a los que cursan la disciplina de las virtudes y no de las letras, que la lectura no tiene por qué ser fastidiosa, sino que debiera ser deleitosa. Pues, como dice el profeta: "No he conocido la literatura", es decir, los negocios, "entraré en el poder del Señor; sólo me acordaré, Señor, de tu justicia. ¡Oh Dios, tú me has enseñado desde mi juventud!".[157] Porque el que hace de la lectura de las Escrituras una vana ocupación y, por así decirlo, una aflicción de su espíritu, no filosofa, sino negocia, y un propósito tan impetuoso y falto de juicio difícilmente puede sustraerse al vicio de la soberbia. Mas ¿qué diré de la lectura del humilde Pablo, quien quiso cumplir la ley antes de conocerla? Que puede ser un muy buen ejemplo para nosotros, para que no seamos oyentes, ni lectores, sino más bien justos hacedores de la ley ante Dios.[158]

Hay que tener en cuenta, además, que normalmente hay dos maneras de que la lectura produzca fastidio y hastío en el espíritu, a saber, cualitativamente, si resulta demasiado oscura; cuantitativamente, si se alarga en demasía. En ambos casos es preciso hacer uso de gran moderación para evitar que lo que se busca como alimento se convierta en hartazgo. Hay quienes quieren leer todo. No compitas en esto y date por satisfecho. En nada te afecta haber leído, o no, todos los libros. El número de libros es infinito: no persigas el infinito. Donde no hay un final, no puede haber reposo. Donde no hay reposo, no puede haber paz. Donde no hay paz, Dios no puede habitar. "En la paz", dice el profeta, "se encuentra su lugar, y en Sión está su morada".[159] "En Sión", pero en paz; es

[156] Mt 11, 28-29.

[157] Sal 71, 15-17. Como hace notar la *Biblia de Jerusalén,* sólo en el texto hebreo se encuentra la adición "no he sabido leer las letras".

[158] *Cf.* Rm 2, 13 y St 1, 22.

[159] Sal 76, 3.

necesario que exista Sión, pero sin perder la paz. Observa con cuidado, pero que la ocupación no te absorba. No seas avaro, no sea que padezcas siempre de inopia. Escucha a Salomón, escucha al sabio y aprende a ser prudente. “Hijo mío”, dice, “no busques más allá de esto. No se termina nunca de hacer muchos libros, y la reflexión continua es un tormento para la carne”. ¿En dónde, pues, se encuentra el final de todo esto? “Escuchemos todos juntos el final del discurso: Teme a Dios y observa sus mandamientos: tal es el deber de todo hombre”.[160]

[160] Qo (o Eclesiastés) 12, 12-13.

VIII
DE QUE LA LECTURA ES PARA LOS PRINCIPIANTES Y LA ACCIÓN PARA LOS PERFECTOS

Pero nadie debe pensar, en vista de lo que antes aduje, que desapruebo la diligencia de los lectores, cuando por el contrario me propongo animar a estos diligentes lectores a alcanzar su meta, y mostrar que son dignos de alabanza aquellos que con gusto se dedican al estudio. Como antes me dirigí a los ya educados, ahora me dirijo a los educandos y a los que se inician en la enseñanza que es el principio de la disciplina. A aquéllos se les propuso la práctica de las virtudes; a éstos, por lo pronto, el ejercicio de la lectura, pero sin que los últimos se desentiendan de la virtud y sin que los primeros omitan por completo la lectura. Con frecuencia, efectivamente, la acción que no está precedida por la lectura es menos previsora, y la enseñanza que no es seguida por las buenas obras es menos útil. Es sumamente importante, sin embargo, evitar que unos vuelvan la mirada hacia atrás, y que se modere a los otros cuando quisieran estar ya en el lugar de los primeros. Es conveniente, por tanto, que unos y otros se mantengan activos, que unos y otros sigan adelante. Nadie debe volver atrás. Se puede ascender, pero no descender. Pero si aún no puedes ascender, permanece en tu lugar.

No está libre de culpa el que usurpa la función de otro. Si eres monje, ¿qué haces entre la multitud? Si amas el silencio, ¿por qué te agrada estar constantemente entre los que hablan sin parar? Tú debes ser siempre fiel a los ayunos y lamentaciones, ¿y quieres actuar como filósofo? La sencillez es la filosofía del monje, pero

dices “quiero enseñar a los demás”. Lo tuyo no es enseñar, sino llorar. Si no obstante quieres ser maestro, escucha lo que debes hacer. La pobreza de tu vestido y el candor de tu semblante, la inocencia de tu vida y la santidad de tu comportamiento deben convertirse en enseñanza para los hombres. Enseñarás mejor huyendo del mundo que acercándote a él.

Tal vez aún insistas y preguntes: “¿Pero al menos me será permitido aprender, si eso es lo que quiero?” Ya te dije antes: “Lee, pero no te dejes absorber por la lectura”. La lectura puede ser para ti un buen ejercicio, pero no tu propósito último. La enseñanza es buena, pero es para los principiantes, y tú te habías propuesto llegar a ser perfecto; por lo mismo, estarás insatisfecho si te encuentras en el mismo nivel que los principiantes. Hay todavía otra cosa que debes hacer. Fíjate bien en dónde estás para que reconozcas más fácilmente lo que debes hacer.

IX
DE LOS CUATRO ESCALONES

Son cuatro las etapas en las que al presente se desarrolla la vida de los justos y, como por escalones, se eleva a la perfección futura, a saber, la lectura o enseñanza, la meditación, la oración y la ejecución. Viene luego el quinto, que es la contemplación, por la cual, como si fuera el fruto de los escalones precedentes, se tiene también en esta vida un gusto anticipado de lo que es el premio futuro de las buenas obras. Por ello, el salmista, cuando habla de los juicios de Dios, al alabarlos añade de inmediato: “Observarlos es de gran provecho”.[161]

[161] Sal 19, 12.

De estos cinco escalones, el primero, es decir, la lectura, es el de los principiantes; el último, la contemplación, es el de los perfectos. En cuanto a los intermedios, mientras más alguien los recorra más se acercará a la perfección. Por ejemplo, el primero, la lectura, da la comprensión; el segundo, la meditación, proporciona el consejo; el tercero, la oración, hace la petición; el cuarto, la ejecución, emprende la búsqueda; el quinto, la contemplación, logra el encuentro. Por tanto, si lees y comprendes y sabes ya lo que hay que hacer, ya estás en el principio del camino del bien, pero no te es suficiente, aún no eres perfecto. Asciende, pues, a la

fortaleza del consejo y medita cómo llevarás a la práctica lo que por el conocimiento ya sabes que debe hacerse, porque son muchos los que poseen el conocimiento, pero son pocos los que saben cómo deben ejercerlo.

Además, puesto que el consejo del hombre es débil e ineficaz sin el auxilio divino, prepárate para la oración y pídele su ayuda, sin la cual ningún bien puedes hacer; de manera que su gracia, que se ha anticipado para iluminarte, te acompañe después y dirija tus pasos por el camino de la paz y traduzca en buenas obras lo que antes sólo estaba en la voluntad. En adelante, pues, ya sólo resta que te dispongas para las buenas obras y merezcas recibir por la acción lo que por la oración pediste. Dios quiere actuar junto contigo no para obligarte, sino para ayudarte. Si tú actúas solo, no logras nada; si Dios solo, nada mereces. Así pues, que Dios actúe para que puedas lograr algo; y que tú actúes para que puedas merecer algo. Las buenas obras son el camino por el que se llega a la vida; el que recorre este camino busca la vida. "Sé fuerte y actúa virilmente".[162] Este camino tiene su recompensa; cuantas veces nos sentimos agotados por las fatigas del camino, nos ilumina la gracia que desde arriba nos cuida y nos permite "gustar y ver cuán suave es el Señor".[163] Y así se cumple lo que arriba se dijo: la contemplación encuentra lo que la oración busca.

162 Jos 1, 18; *Cf.* 1Cr 22, 13 y 1Co 16, 13.

163 Sal 34, 9.

Te das cuenta, pues, de que el que asciende por estos escalones llega a la perfección, y el que se queda abajo no puede ser perfecto. Nuestro propósito, por tanto, debe ser ascender constantemente; sin embargo, dado que la inestabilidad de nuestra vida es tan grande que nos impide permanecer firmes en el mismo lugar, con frecuencia nos vemos obligados a volver la mirada hacia el pasado y, con tal de no perder el lugar en que ya estamos, algunas veces volvemos al espacio por el que ya habíamos transitado. Por ejemplo, el que con vigor se entrega a la obra reza para no desfallecer; el que persiste en la oración medita cómo debe orar para no dañar con su oración; y el que a veces desconfía de su propio consejo recurre a la lectura. Y así sucede que, aunque siempre esté presente en nosotros la voluntad de ascender, a veces la necesidad nos obliga a descender, pero de manera que nuestro propósito dependa de la voluntad, no de la necesidad. Ascender es nuestro propósito, descender es sólo un medio para lograrlo. Por tanto, lo primero, no lo segundo, es lo importante.

X
DE LAS TRES CLASES DE LECTORES

Ya se ha demostrado con suficiente claridad, según creo, que no es el mismo propósito el de los avanzados y de los que pretenden algo más que el de los principiantes. Pero al igual que a los primeros se les concede legítimamente algo que los segundos de ningún modo pueden emprender sin incurrir en falta, así también se requiere de éstos algo que ya no obliga a los avanzados.

Ahora, pues, vuelvo para cumplir mi promesa, que era la de explicar de qué manera deben leer la divina Escritura los que todavía buscan en ella únicamente el conocimiento. Hay algunos que buscan el conocimiento de la divina Escritura o para amasar riqueza, o para obtener honores, o para adquirir fama; esta intención es tan perversa como digna de lástima. Hay también otros a los que deleita escuchar la palabra de Dios y saber de sus obras, pero no por ser salvadoras, sino por ser admirables. Quieren escudriñar las cosas arcanas y conocer las inauditas; saber mucho y no hacer nada. En vano admiran su poder quienes no aman su misericordia. ¿Qué otra cosa puedo decir de su comportamiento sino que transforman en fábulas el pregón divino? Es como cuando asistimos a las diversiones teatrales y a las representaciones escénicas: lo hacemos para halagar nuestros oídos, no para alimentar nuestro espíritu. Sin embargo, creo que más que reprender a estas personas, hay que ayudarlas porque su intención no es mala, sólo irreflexiva.

Pero hay otros que leen la Sagrada Escritura, de acuerdo con el consejo del apóstol, para prepararse a "dar razón de la fe"[164] que les ha sido otorgada frente a todo aquel que los cuestione sobre ella; y también para que aniquilen a los enemigos de la verdad, enseñen a los menos instruidos y reconozcan mejor el camino de la verdad, y, al entender con mayor profundidad los secretos de Dios, se aficionen a ellos de manera más estrecha. Ciertamente, la devoción de estos hombres debe ser alabada y es digna de admiración.

Hay, pues, tres clases de los que se dedican a la lectura de la Sagrada Escritura y de éstos, a los primeros hay que tenerles lástima; a los segundos hay que ayudarlos; a los terceros hay que alabarlos. Por lo que a nosotros se refiere, y dado que nos proponemos dar a todos buen consejo, deseamos que lo que hay de bueno en todos se incremente y lo perverso se corrija. Queremos que todos entiendan lo que decimos y que todos hagan lo que aconsejamos.

164 1P 3, 15, aunque el texto bíblico habla de "esperanza" y no de "fe".

Libro sexto

I

DE CÓMO DEBEN LEER LA SAGRADA ESCRITURA LOS QUE EN ELLA BUSCAN EL CONOCIMIENTO

Dos cosas te propongo, como lector, a saber, orden y método, y si los revisas con cuidado se te facilitará el camino de la lectura. Pero en la forma de presentar estos puntos, ni dejaré que todo lo resuelva tu ingenio, ni tampoco te prometo que me encargaré de hacer por ti todo el trabajo; sino que a veces pasaré rápidamente sobre algunos temas, de tal manera que en lo expuesto encuentres lo que necesitas para tu instrucción y en lo omitido encuentres la ocasión de ejercer tu propia búsqueda.

Mencioné antes que el orden en la lectura es cuadriforme: uno es en las disciplinas, otro en los libros, otro en la narración y otro en la exposición. Pero aún no he explicado cómo se aplica esto a la divina Escritura.

II

DEL ORDEN QUE SE ENCUENTRA EN LAS DISCIPLINAS

Ante todo, es preciso que el lector de las divinas Escrituras reflexione, a propósito del orden que se busca en las disciplinas, cuál

es el que hay entre la historia, la alegoría y la tropología, es decir, cuáles de éstas preceden a las otras en el orden de la lectura. En este punto es oportuno recordar lo que se observa en la construcción de los edificios, en los que primero se colocan los cimientos, luego se construye arriba la estructura y, por último, una vez terminada la obra, la casa es revestida con una capa de pintura.

III
DE LA HISTORIA

Lo mismo ciertamente debe hacerse en la enseñanza, de modo que primero aprendas la historia y conserves cuidadosamente en la memoria la verdad de los hechos sucedidos, partiendo desde el principio y siguiendo hasta el final el hilo de los acontecimientos, cuándo sucedió, en dónde sucedió y por quiénes sucedió. En la historia, en efecto, éstos son los cuatro elementos principales que hay que buscar: la persona, el asunto, el tiempo y el lugar. Pienso que no te puedes convertir en un consumado y acucioso conocedor de la alegoría si antes no estás bien apoyado en la historia. No desprecies estas cosas elementales porque el que desprecia lo elemental poco a poco deja de avanzar. Si desde el principio hubieras desdeñado aprender el alfabeto, ahora ni siquiera te encontrarías entre los estudiantes de gramática. Sé de algunos que quieren de inmediato convertirse en filósofos, y afirman que hay que dejar estos cuentos a los falsos apóstoles. Su conocimiento es parecido al de un asno. No los imites.

"Iniciado en las cosas pequeñas, seguro emprenderás las grandes".[165] Yo me atrevo a decirte que, en mi caso, jamás desdeñé nada que tuviera relación con el aprendizaje; por el contrario, con frecuencia aprendí muchas cosas que a los demás les parecían formas de jugar o extravagancias. Recuerdo que, siendo todavía un escolar, me di a la tarea de conocer los nombres de todo lo que cayera bajo mis ojos o viniera a mis manos, plenamente convencido de que no puede emprender el estudio de la naturaleza de las cosas aquel que todavía permanece en la ignorancia de sus nombres. ¡Cuántas veces me impuse a mí mismo la obligación cotidiana de pagar mi deuda de pequeños sofismas, los que por razones de brevedad yo había anotado en pocas palabras en una hoja,

165 Cita de Marbodo, *De ornamentis verborum,* Prologus (PL, CLXXI, 1687).

como ayuda para recordar las respuestas, hasta numeradas, a casi todas las opiniones, cuestiones y objeciones que yo había aprendido! Con frecuencia organizaba debates y, una vez ordenados los puntos de vista contrarios y colocados frente a frente, distinguía cuidadosamente lo que era materia del retórico, o del orador, o del sofista. Utilizaba pequeñas piedras para señalar los números y marcaba el piso con trozos de carbón y, teniendo ante los ojos el modelo físico, demostraba visualmente cuál era la diferencia entre el ángulo obtuso, el recto y el agudo. ¿Acaso un cuadrilátero equilátero ocupa el mismo plano que un cuadrado cuando se multiplican entre sí dos de sus lados? La respuesta la encontré recorriendo las dos figuras y midiéndolas con los pies.

Con frecuencia pasaba en vigilia fuera de casa las noches de invierno, como horóscopo nocturno. Con frecuencia también sacaba mi instrumento, con las cuerdas bien templadas sobre el traste, tanto para percibir bien con el oído la diferencia de los tonos, como para deleitar al espíritu con la dulzura de la melodía. Todas estas cosas se pueden juzgar ciertamente como pueriles, pero no como inútiles, ni me agobia conocerlas ahora. Pero no te hago el recuento de las mismas para jactarme de mis conocimientos, que son pocos o ningunos, sino para demostrarte que avanza muy bien el que avanza ordenadamente, y no como algunos que, pretendiendo dar un gran salto, caen por tierra.

Al igual que en las virtudes, también en las ciencias existen ciertos grados. Pero tú dices: "Encuentro en los relatos históricos muchas cosas que me parecen no tener utilidad alguna. ¿Por qué habría de ocuparme en cosas como ésas?" Tienes razón, pues hay en las Escrituras muchas cosas que, consideradas en sí mismas, parece que no ofrecen interés alguno, con todo, si las comparas con otras con las que están vinculadas, y comienzas a ponderarlas en todo su contexto, te darás cuenta de su necesidad al mismo tiempo que de su pertinencia. Hay ciertas cosas que por sí mismas tienen que ser conocidas, pero hay otras que, aunque por sí mismas aparentemente no ameritan que nos ocupemos de ellas, de ninguna manera deben ser omitidas por negligencia, porque sin éstas no es posible conocer plenamente aquéllas. Aprende todo; después verás que nada es superfluo. Un conocimiento acotado no es satisfactorio.

Pero me preguntas cuál es mi parecer sobre los libros que son convenientes para esta clase de lectura. Considero que los que más

deben leerse son: Génesis, Éxodo, Josué, el libro de los Jueces, el de los Reyes y el de los Paralipómenos; del Nuevo Testamento, primero los cuatro Evangelios, luego los Hechos de los Apóstoles. Me parece que estos once libros tienen más relación con la historia que los demás, con excepción de los que con propiedad llamamos históricos. Pero si usamos este término en un sentido más amplio, no hay inconveniente alguno en dar el calificativo de "historia" no sólo a la narración de los hechos sucedidos, sino también al primer significado de cualquier narración que se expresa respetando el sentido de las palabras. Según esta acepción, pienso que todos los libros de ambos Testamentos, en el orden en que antes fueron enumerados, pertenecen a esta lectura en su sentido literal.

Tal vez, si no pareciera pueril, intercalaría aquí algunas observaciones sobre la manera de elaborar las normas, porque la divina Escritura es más concisa en su texto que todas las demás; prefiero, no obstante, desistir de hacerlo para no alargar mi trabajo con una prolija digresión. Hay en las divinas páginas algunos pasajes que no se pueden leer en su sentido literal, y que requieren de gran discernimiento ya sea para evitar que, por negligencia, se nos escapen algunas cosas, o que, por prurito impertinente, hagamos violencia al texto retorciéndolo para hacerlo decir lo que no dice.

Esto es pues, lector, lo que te proponemos. Este campo de trabajo, bien preparado por el arado, te entregará copiosos frutos. Todo ha sido hecho con orden: avanza tú también con orden. Por la sombra se llega al cuerpo: aprende la figura y encontrarás la verdad. Y no digo esto ahora para que primero te esfuerces en interpretar las figuras del Antiguo Testamento y en escudriñar sus expresiones místicas, y luego te acerques a beber de las corrientes del Evangelio. Pero así como ves que no puede haber edificio estable sin cimiento, otro tanto sucede en la enseñanza. Ahora bien, el cimiento y el principio de la doctrina sagrada es la historia de la cual se extrae, como la miel del panal, la verdad de la alegoría. Por tanto, ahora que empieces a construir "debes poner primero el cimiento de la historia; enseguida, por medio del sentido tipológico, levanta la estructura espiritual para convertirla en fortaleza de la fe. Y hasta el último, por la gracia de la moral, pintarás tu edificio cubriéndolo con el color más hermoso".[166]

La historia te ofrece las acciones de Dios para que las admires; la alegoría, sus misterios para que los creas; la moralidad, su

166 Cita de Gregorio Magno, *Moralium libri,* Epistula missoria iii (PL, LXXV, 513C).

perfección para que la imites. Lee, pues, y aprende que "en el principio Dios creó el cielo y la tierra".[167] Lee que en el principio Él plantó "un Paraíso de deleites en el que puso al hombre que había formado",[168] al que, al pecar, lo arrojó a las miserias de este mundo. Lee cómo, de un solo hombre, descienden todas las generaciones de la especie humana; y cómo después las aguas cubrieron a los pecadores; cómo la divina clemencia preservó al justo Noé, junto con sus hijos, en medio de las aguas; enseguida, cómo Abraham recibió el signo de la fe, pero luego Israel tuvo que bajar a Egipto; cómo posteriormente Dios sacó de Egipto a los hijos de Israel, dirigidos por Moisés y Aarón, a través del Mar Rojo; les allanó el camino en el desierto, les dio la Ley y los instaló en la Tierra Prometida; cómo, por sus reiterados pecados, los entregó en las manos de sus enemigos, para liberarlos después cuando se mostraban arrepentidos; cómo dirigió a su pueblo, primero a través de los jueces, después a través de los reyes. "Él escogió a su siervo David sacándolo de detrás de las ovejas preñadas".[169] A Salomón lo iluminó con la sabiduría. A Ezequiel, por sus lágrimas, le concedió quince años más de vida. Después, por medio de Nabucodonosor, envió al pueblo prevaricador a la cautividad de Babilonia, y después de setenta años los hizo regresar, sirviéndose de Ciro.

[167] Gn 1, 1.

[168] Gn 2, 8.

[169] Sal 78, 70.

Por último, cuando el mundo anterior llegaba a su fin, envió a su Hijo a asumir nuestra carne quien, habiendo enviado a sus apóstoles a recorrer todo el mundo, prometió la vida eterna a los que se arrepintieran. Predijo que volvería al final de los tiempos para juzgar y retribuir a cada quien según sus obras, a saber, fuego eterno para los pecadores, pero vida eterna y un reino que no tendrá fin para los justos. Ve pues cómo, desde el principio del mundo hasta el fin de los siglos, no ha faltado la misericordia del Señor.

IV
DE LA ALEGORÍA

Después de la lectura de la historia, quedan por investigar los misterios de las alegorías, asunto en el que, según pienso, no hacen falta mis exhortaciones, pues la realidad por sí misma aparece con méritos más que suficientes. Sin embargo, quiero que tú, lector, sepas que este estudio no es para los de percepción lenta y

embotada, sino que requiere ingenios experimentados, que puedan al mismo tiempo mantener la agudeza en la investigación, sin perder la prudencia en el discernimiento. Éste es alimento sólido: si no se mastica bien, no se puede tragar. Necesitas, por tanto, la suficiente moderación para que, manteniendo la agudeza en la búsqueda, no te muestres temerario en tus avances, y que recuerdes lo que el salmista dice: "Él ha tendido su arco y lo tiene listo, y en él ha preparado artefactos de muerte".[170]

[170] Sal 7, 13-14.

Recuerdas, supongo, que dije antes que la divina Escritura era semejante a un edificio, en el que habiendo puesto primero los cimientos, se levanta luego la estructura: es claramente semejante al edificio porque también ella tiene su estructura. Que no extrañe, por tanto, si continuamos la comparación de forma más detallada. Observa el trabajo del albañil. Una vez que ha puesto los cimientos, extiende su cordel en línea recta y deja caer su plomada, para luego colocar ordenadamente las piedras bien talladas. Luego busca más y más piedras, y si acaso percibe que hay algunas que no encajan bien en la primera hilera, toma su lima, elimina las protuberancias, pule las asperezas, da la forma debida a lo deforme y finalmente las coloca junto con las otras que ya están bien alineadas. Pero si encuentra otras que no se pueden rebajar o acomodar bien, las abandona por temor de romper la lima mientras se afana en pulir la piedra.

¡Pon atención! Te he propuesto algo despreciable para los espectadores, pero digno de imitar para los que entienden. Los cimientos están bajo tierra y no siempre se utilizan piedras talladas en ellos. Pero el edificio se eleva sobre la tierra, y requiere una estructura bien proporcionada. De modo semejante la página divina contiene, en su sentido literal, muchas cosas que parecen contradictorias entre sí y, algunas veces, presentan algo que se acerca a lo absurdo o imposible. Pero la comprensión espiritual no encuentra oposición alguna; en ella, muchas cosas pueden ser diversas, pero ninguna puede ser contraria. Tú puedes ver que la primera hilera de piedras que se va a colocar sobre los cimientos se alinea con el cordel extendido, y sobre ella se apoya y acomoda todo el resto de la obra, y esto no carece de significado, porque constituye como un segundo cimiento y la base de todo el edificio. Este cimiento, al tiempo que sostiene la estructura sobrepuesta, es sostenido por el primer cimiento; todo se apoya sobre éste, pero no

todo se ajusta a él. Todo el resto se apoya sobre el segundo cimiento y todo se adapta a él. El primero sostiene el edificio y se encuentra debajo del mismo. El segundo soporta el edificio, pero no sólo está bajo el edificio sino en el edificio. El cimiento que se encuentra bajo tierra, como dijimos, es figura de la historia; el edificio que se construye arriba conduce a la alegoría. Por ello, la base de este edificio debe relacionarse con la alegoría. El edificio se levanta sobre muchas hileras de piedra, y cada una tiene su base.

Son muchos los misterios que se encierran en la página divina, y cada uno de ellos tiene su principio. ¿Quieres saber cuáles son estos órdenes? El primer orden es el misterio de la Trinidad, porque también esto está contenido en la Escritura, que antes de todas las criaturas ha existido un Dios, a la vez Trino y Uno; quien de la nada las creó a todas, es decir, a las visibles y a las invisibles: tal es el segundo orden. Él dio a la criatura racional el libre albedrío y se valió de su gracia para que pudiera merecer la eterna bienaventuranza. Después, castigó a los que por su voluntad caían en el pecado y, como eran perseverantes en su falta, les dio la fuerza para que ya no siguieran cayendo. De cuál sea el origen del pecado, de qué sea el pecado y cuál su pena: tal es el tercer orden. De cuáles misterios son los que instituyó primero bajo el dominio de la ley natural para la restauración del hombre: tal es el cuarto orden. De cuáles libros se escribieron bajo la Ley: tal es el quinto orden. El misterio de la Encarnación del Verbo: tal es el sexto orden. Los misterios del Nuevo Testamento: tal es el séptimo orden; y finalmente su Resurrección: tal es el octavo orden.

Aquí está toda la divinidad, éste es aquel edificio espiritual que, construido sobre tantos órdenes cuantos son los misterios que contiene, se desprende hacia lo alto. Tú quieres ahora conocer también las bases, y las bases de los órdenes son los principios en los que se apoyan los misterios. Mira que te has iniciado en la lectura y te dispones a construir el edificio espiritual. Ya han sido colocados en ti los cimientos de la historia: te falta ahora que pongas las bases del edificio. Extiendes el cordel, lo alineas perfectamente, ajustas bien las piedras cuadradas en el orden correspondiente y, con movimiento circular, vas marcando el trazo de los futuros muros. El cordel tenso señala la senda de la recta fe; las bases de la obra espiritual son ciertos principios de la fe, sobre los que apoyas tu inicio. No hay duda de que el lector prudente, antes de acercarse a los

textos voluminosos, debe instruirse en todo aquello que más se relaciona con su propósito y con la profesión de la verdadera fe, de tal manera que pueda colocar con seguridad en la parte alta de la estructura los hallazgos posteriores. Porque en tan vasto piélago de libros y ante las múltiples sinuosidades de las opiniones, que con frecuencia, por su número y oscuridad, confunden el espíritu del lector, difícilmente podrá deducir algo concreto quien no conozca, aunque sea de manera sumaria, pero abarcadora, por así decirlo, todos los géneros, algún principio cierto apoyado en una fe sólida y con el que todo lo demás se relacione.

¿Quieres que te enseñe cómo se construyen estas bases? Vuelve tu mirada a la enumeración que te presenté un poco más arriba. Ahí está el misterio de la Trinidad. Sobre él ya se han escrito muchos libros, se han expresado muchas opiniones de difícil comprensión y de complicada solución. Te exigiría mucho tiempo y un arduo trabajo tratar de estar al tanto de todo esto, con el riesgo de que encuentres muchas cosas que contribuyan más a tu confusión que a tu formación. Mejor no insistas, porque así nunca llegarás al final. Aprende primero breve y claramente lo que se debe sostener acerca de la fe trinitaria, lo que debes profesar con seguridad y creer con verdad.

Después, cuando empieces a leer libros y encuentres muchos pasajes escritos de modo oscuro, muchos de modo claro y muchos de modo ambiguo, los que te parezcan claros, si encajan bien, acomódalos en su base. Los pasajes ambiguos interprétalos de tal forma que no te causen desacuerdo; en cuanto a los oscuros, acláralos si puedes. Pero si no eres capaz de llegar a entenderlos, déjalos de lado para que no caigas en el peligro del error por atreverte a intentar lo que está fuera de tu alcance. No los desprecies; más bien respétalos, porque has escuchado lo que está escrito: "En las tinieblas puso su escondite".[171] Pero aun cuando llegaras a encontrar algo contrario a lo que tú ya has aprendido y que se debe defender con la máxima convicción, no te conviene cambiar de opinión cada día sin haber consultado antes a los que saben más que tú y, sobre todo, antes de que te hayas asegurado de qué es lo que ordena creer la fe universal, que nunca puede estar en el error. Así debes proceder respecto al misterio del altar y del bautismo, de la confirmación y del matrimonio y respecto a todos los que te fueron enumerados.

[171] Sal 18, 12.

Tú te has dado cuenta de que muchos de los que leen las Escrituras, por carecer del fundamento de la verdad, caen en varios errores y cambian de opinión casi tantas veces cuantas cambian de lecturas. Pero ves a otros que, gracias al reconocimiento de la verdad en la que interiormente se han fortificado, han sabido hacer concordar cualquier pasaje de las Escrituras con su correcta interpretación, y discernir lo que se aparta de la sana fe de lo que con ella se aviene.

En Ezequiel puedes leer que las ruedas seguían a los animales, no los animales a las ruedas. "Cuando los animales", dice, "avanzaban, avanzaban igualmente las ruedas, y cuando los animales se elevaban de la tierra, se elevaban igualmente las ruedas".[172] Es, sin duda, el caso de las mentes de los santos, quienes cuanto más avanzan en virtudes o en conocimiento, más conscientes son de la profundidad de los arcanos de las santas Escrituras, y lo que a las mentes simples y atadas a la tierra parece desdeñable, se presenta como sublime ante las mentes elevadas. Porque el texto continúa: "Adonde quiera que el espíritu las impulsaba, allá iban las ruedas, y ellas se elevaban igualmente, porque el espíritu del animal estaba en las ruedas".[173] ¿Ves cómo estas ruedas siguen a los animales y siguen al espíritu?

172 Ez 1, 19.

173 Ez 1, 20.

También en otro lugar se dice: "La letra mata, pero el Espíritu vivifica",[174] porque ciertamente es preciso que el lector de los escritos divinos se consolide en la verdad de la comprensión espiritual, para que la puntualidad del sentido literal, que a veces es entendido erróneamente, no lo lleve por algún camino desviado. ¿Por qué aquel antiguo pueblo, que había recibido la Ley de vida, fue rechazado si no por haber seguido la letra que mata de tal manera que incluso se privó del Espíritu que vivifica?

174 2Co 3, 6.

Pero no digo esto para dar pie a que cualquiera pueda interpretar las Escrituras según su albedrío, sino para mostrar a aquel que sigue únicamente el sentido literal que no puede avanzar mucho sin caer en el error. Es preciso, por tanto, que sigamos la letra de tal manera que no antepongamos nuestra interpretación al sentido de los autores divinos, pero que al seguirla no creamos que de ella se desprende el juicio absoluto sobre la verdad. No el hombre de la letra, sino "el hombre espiritual juzga de todo".[175] Por tanto, para que puedas expresar un juicio seguro sobre la letra no pongas por delante tu interpretación; es necesario que primero te infor-

175 1Co 2, 15.

mes y te instruyas, y así logres colocar como base la verdad inconmovible sobre la que se apoya toda la construcción. Y no te asumas como tu propio instructor, no sea que pienses que entras cuando en realidad te desvías. Esta introducción hay que buscarla entre los doctores y los sabios, quienes, apoyados en la autoridad de los santos padres y en los testimonios de las Escrituras, la preparan y te la ofrecen en la forma conveniente; y una vez que te han dado esta introducción, se puede confirmar cada una de sus enseñanzas mediante la lectura de los testimonios de las Escrituras.

Esto es lo que a mí me parece. Al que le agrade seguirme en esto, con gusto lo recibo; quien crea que esto no es lo conveniente, haga lo que le plazca, que yo no entraré en discusiones. Sé bien que hay varios que no siguen está práctica en el aprendizaje; pero tampoco ignoro la manera como algunos logran avanzar.

Si preguntas cuáles son los libros que más ayudan en este estudio, pienso que son el principio del Génesis, sobre las obras de los seis días; los tres últimos libros de Moisés, sobre los misterios de la Ley; Isaías; el principio y el final de Ezequiel; Job; el Salterio; el Cantar de los Cantares; dos Evangelios principalmente, Mateo y Juan; las epístolas de Pablo; las epístolas canónicas; y el Apocalipsis. Pero especialmente las epístolas de Pablo, que ya en su número manifiestan que contienen la perfección de ambos Testamentos.

V
DE LA TROPOLOGÍA, ES DECIR, DE LA MORALIDAD

Respecto a la tropología, no añadiré nada aquí a lo que ya dije antes, excepto que, según parece, ella se ocupa más del significado de las cosas que del significado de las palabras. En efecto, en aquel significado se basa la justicia natural, de la cual procede la disciplina de nuestras costumbres, es decir, la justicia positiva. La contemplación de lo que Dios ha hecho nos lleva al conocimiento de lo que nosotros debemos hacer. Toda la naturaleza habla de Dios; toda la naturaleza enseña al hombre; toda la naturaleza reproduce su razón de ser; y nada en el universo es estéril.

VI
DEL ORDEN DE LOS LIBROS

No se debe seguir el mismo orden de libros en la lectura de lo histórico y en la de lo alegórico. La historia sigue el orden del tiempo; pero la alegoría sigue más bien el orden del conocimiento porque, como se dijo antes, la enseñanza debe iniciarse a partir de lo que es claro y más conocido, no a partir de lo que es más oscuro. De donde se sigue que, en esta clase de lectura, el Nuevo Testamento, en el que se predica la verdad manifiesta, debe anteponerse al Antiguo Testamento, en el que la misma verdad es anunciada de manera oculta, bajo el velo de las figuras. Se trata de la misma verdad en ambos lugares, pero en uno oculta, en el otro manifiesta; en uno prometida, en el otro mostrada.

Tú has escuchado, en la lectura del Apocalipsis, que el libro estaba sellado y no se podía encontrar a nadie capaz de romper sus sellos, excepto el León de la tribu de Judá. Sellada estaba la Ley, selladas las profecías, porque de manera oculta estaban anunciados los tiempos venideros de la redención. ¿No te parece a ti que estaba sellado el libro que anunciaba: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien llamará Emmanuel"? [176] Y el otro que dice: "Mas tú Belén-Efratá, eres pequeño dentro de los miles de Judá, pero de ti saldrá quien gobernará en Israel, y su salida es desde el inicio, desde los días de eternidad".[177] Y el salmista: "¿Acaso no dirá Sión: 'este hombre y el otro también, han nacido en ella'? y es el Altísimo quien la fundó".[178] Y también: "Del Señor, del Señor, es la salida de la muerte".[179] Y de nuevo: "Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra".[180] Y un poco más adelante, en el mismo lugar: "Tuyo es el principado en el día de tu nacimiento, en el esplendor de tus santos, desde el seno, antes del lucero de la mañana, yo te engendré".[181] Y Daniel, quien dice: "Yo contemplaba, en la visión de la noche. He aquí que venía sobre las nubes del cielo como un Hijo de hombre, avanzó hacia el Anciano. A él le fue conferido el poder, el honor y el reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es eterno, y no le será quitado".[182]

¿Quién piensas tú que hubiera podido entender estas cosas antes de que se cumplieran? Estaban selladas y nadie podía rom-

176 Is 7, 14.

177 Mi 5, 1 (Taylor da como referencia 5, 2).

178 Sal 87, 5.

179 Sal 68, 21.

180 Sal 110, 1.

181 Sal 110, 3.

182 Dn 7, 13-14.

per los sellos, excepto el León de la tribu de Judá. Por eso vino el Hijo de Dios y se revistió de nuestra naturaleza, nació de la Virgen, fue crucificado y sepultado, resucitó, ascendió a los cielos y, dando cumplimiento a lo que había sido prometido, hizo patente lo que estaba latente. Leo en el Evangelio que el ángel Gabriel fue enviado a la Virgen María y le anunció que daría a luz.[183] Recuerdo entonces la profecía que dice, "He aquí que la virgen concebirá".[184] Leo que cuando José estaba en Belén con María, a su esposa embarazada le llegó el tiempo de parir, "y dio a luz a su hijo primogénito",[185] de quien el ángel había predicho que reinaría en el trono de David, su padre. Recuerdo la profecía, "Belén-Efratá, eres pequeño entre los miles de Judá, pero de ti saldrá quien gobernará en Israel".[186] Leo también: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios":[187] Recuerdo la profecía que dice, "su salida es desde el inicio, desde los días de eternidad".[188] Leo también: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".[189] Recuerdo la profecía que dice, "lo llamarás Emmanuel, es decir, Dios con nosotros".[190]

No quiero correr el riesgo de cansarte continuando con esta enumeración detallada, pero si no conoces primero la Natividad de Cristo, su predicación, su Pasión, su Resurrección y Ascensión, y todo lo demás que hizo en la carne y por la carne, no serás capaz de penetrar los misterios de las figuras antiguas.

183 Lc 1, 26-33.
184 Is 7, 14.
185 Lc 2, 4-7.
186 Mi 5, 1.
187 Jn 1, 1.
188 Mi 5, 1.
189 Jn 1, 14.
190 Is 7, 14.

VII
DEL ORDEN DE LA NARRACIÓN

En cuanto al orden de la narración, lo que en este lugar debe tenerse en cuenta ante todo es que el texto de la página divina no sigue siempre un orden natural ni continuo en la forma de expresarse; ya sea porque con frecuencia antepone lo que es posterior a lo que es anterior, y así, después de haber enumerado algunos puntos, su discurso vuelve de repente a otros anteriores y los presenta como si fueran subsiguientes; o porque también con frecuencia vincula temas que están separados entre sí por un largo intervalo como si fueran sucesivos unos de otros, y como si ningún lapso separara lo que no se encuentra separado en la secuencia del discurso.

VIII
DEL ORDEN DE LA EXPOSICIÓN

La exposición incluye tres elementos: la letra, el sentido y la sentencia. En todo texto está presente la letra porque las palabras están compuestas de letras, pero el sentido y la sentencia no siempre se encuentran al mismo tiempo en cualquier texto. Hay algunos textos en los que sólo coinciden la letra y el sentido; algunos en los que sólo la letra y la sentencia; y otros en los que coinciden los tres al mismo tiempo. Pero todo texto debe contener al menos dos de estos elementos. Están presentes sólo la letra y el sentido en el texto que claramente da a entender algo por la sola enunciación, sin que se haga necesario sobreentender algo más. Pero sólo están presentes la letra y la sentencia en los textos en los que el oyente, por la mera pronunciación, nada puede comprender si no se complementa con una exposición. Por último, confluyen el sentido y la sentencia en aquellos textos en los que hay algo que se expresa abiertamente, pero también algo que se sobreentiende y se aclara por la exposición.

IX
DE LA LETRA

Algunas veces, la letra es perfecta y tal es el caso cuando para dar a entender lo que se quiere decir no se tiene que añadir ni quitar nada a lo ya expresado, como en el texto: "Toda sabiduría viene del Señor Dios".[191] Otras veces, la letra está incompleta cuando algo se deja a la suposición, como en el texto: "El Anciano a la Señora elegida".[192] Otras veces, la letra es superflua, cuando por inculcar algo o por interponer un largo paréntesis se repite lo mismo o se añade lo que es innecesario, como cuando Pablo, al final de la Epístola a los Romanos, dice: "A Él", y después de un largo paréntesis concluye: "a quien se deben honor y gloria".[193] Lo que aquí se añade parece superfluo, y digo superfluo por no ser necesario para la redacción del enunciado. Pero otras veces el texto literal se presenta de tal forma que si no se modifica, parece que no tiene sentido o que es incongruente, como el pasaje: "El Señor, su sede está en el cielo",[194] es decir, "la sede del Señor está en el cielo"; o

191 Si (o Eclesiástico) 1, 1.

192 2Jn 1, 1.

193 Rm 16, 25-27.

194 Sal 11, 4.

“los hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas”,[195] es decir, “los dientes de los hijos de los hombres”; o también “el hombre, como el heno son sus días”,[196] es decir, “los días del hombre”. En estos casos, el nominativo del nombre y el genitivo del pronombre están usados en lugar del genitivo solo, y así hay muchos otros casos. De la letra dependen la construcción y la ilación.

195 Sal 57, 5.

196 Sal 103, 15.

X
DEL SENTIDO

El sentido puede ser congruente o incongruente; el incongruente puede ser increíble, imposible, absurdo, o falso. En las Escrituras encontrarás muchos ejemplos de esto, como: “Ellos se comieron a Jacob”;[197] o: “Bajo el cual se doblegan los que cargan al mundo”;[198] o también: “Mi alma ha elegido la horca”,[199] y muchos otros.

En la divina Escritura hay ciertos lugares en los que, aunque es claro lo que las palabras significan, no parece que tengan sentido, sea por una forma inusual de la expresión, o por alguna circunstancia que impide la comprensión del lector, por ejemplo, el pasaje de Isaías en el que dice: “En aquel día siete mujeres se apoderarán de un hombre y le dirán: ‘Comeremos nuestro pan y nos cubriremos con nuestros vestidos; pero deja que llevemos tu nombre, y líbranos del oprobio’”.[200] Las palabras son llanas y claras. Entiendes bien “siete mujeres se apoderarán de un hombre”; entiendes “comeremos nuestro pan”; entiendes “nos cubriremos con nuestros vestidos”; entiendes “pero deja que llevemos tu nombre”; y entiendes “y líbranos de nuestro oprobio”.

Es posible, sin embargo, que no entiendas lo que el pasaje completo, sin dividirlo, quiere decir. Ignoras lo que el profeta quiso decir, si prometía el bien o amenazaba con el mal. De ahí que llegues a creer que sólo a través del espíritu puedes entender aquello cuyo sentido literal se te escapa. Y así vas a decir que las siete mujeres son los siete dones que se apoderan de un hombre, es decir, de Cristo, en quien toda la plenitud de la gracia se complació en habitar, porque sólo él recibió el Espíritu sin limitación alguna; y porque sólo él las libera de su oprobio, y así encuentran en quién reposar, al no estar presente ningún otro viviente como lo requerían los dones del Espíritu Santo.

197 Sal 79, 7.

198 Jb 9, 13.

199 Jb 7, 15.

200 Is 4, 1.

Ya has encontrado la interpretación espiritual, aunque no entiendes lo que la letra del texto quiere decir. Pero es posible que el profeta haya querido expresar mediante estas palabras también un sentido literal. De hecho, antes había hablado de la destrucción del pueblo prevaricador, y ahora añade que en ese mismo pueblo la mortandad será tan grande que llegará hasta la eliminación del grupo de los varones, de tal forma que siete mujeres difícilmente encontrarán un varón, siendo lo usual la unión de una sola mujer con un solo hombre. Y aunque ahora lo normal es que los hombres busquen a las mujeres, en ese entonces, invertidas las costumbres, las mujeres buscarán a los hombres. Pero para evitar que el varón se resistiera a unirse con siete mujeres al mismo tiempo, por carecer de medios para alimentarlas y vestirlas, ellas se anticipan: "Comeremos nuestro pan y nos cubriremos con nuestros vestidos". No es necesario que te angusties por nuestro cuidado, sólo "deja que llevemos tu nombre", que seas llamado nuestro esposo, y lo seas realmente, para que no se nos diga que somos repudiadas y estériles, y no muramos sin descendencia, lo que en aquel tiempo constituía un gran oprobio. Y por eso dicen: "Líbranos de nuestro oprobio".

Muchos pasajes semejantes encontrarás en las Escrituras, y sobre todo en el Antiguo Testamento, expresados según las características idiomáticas de su lengua, los cuales, al ser claros en ésta, parece que no significan nada en la nuestra.

XI
DE LA SENTENCIA

La sentencia divina nunca puede ser absurda ni falsa. Y aunque, como se dijo, en el caso del sentido se pueden encontrar muchas discordancias, la sentencia no admite contradicción alguna, y siempre es congruente y verdadera. Algunas veces, a un enunciado corresponde una sentencia; otras, a un enunciado corresponden varias sentencias; otras veces, a varios enunciados corresponde una sentencia; y otras, a varios enunciados corresponden varias sentencias.

"Así, pues, cuando leemos los libros divinos, entre tan gran cantidad de interpretaciones verdaderas que se pueden extraer de

unas cuantas palabras, y que están bajo la protección de la sana fe católica, elijamos ante todo aquella que se presenta claramente como la que expresa el sentido del autor a quien leemos. Si ésta no se hace evidente, elijamos ciertamente la que no es rechazada por el contexto del escrito y concuerda con la sana fe. Y si el estudio y análisis del contexto del escrito no llegan a buen término, sólo elijamos la que la sana fe prescribe. Porque una cosa es no distinguir la interpretación del autor, y otra apartarse de la regla que señala la piedad. Si se pueden evitar ambas cosas, el lector obtendrá un resultado perfecto; pero si no se pueden evitar ambas, no es inútil, aunque la intención del autor permanezca incierta, haber extraído una sentencia acorde con la sana fe".[201]

"Así también, cuando se trate de temas oscuros y muy alejados de nuestra comprensión, si nos topamos con ellos en nuestra lectura de los libros divinos y, preservada la fe, pueden ser interpretados por muy diversas sentencias, no nos precipitemos en la firme adhesión a ninguna de ellas. Así evitaremos el riesgo de que, por un análisis más cuidadoso, aparezca la verdad y ésta eche por tierra esa interpretación, y nos veamos reducidos a luchar no por la sentencia de las divinas Escrituras, sino por la nuestra, de manera que pretendamos imponerla a la de las Escrituras, en lugar de que nos obliguemos a hacer que la de las Escrituras sea la nuestra".[202]

201 Cita de san Agustín, *De Genesi ad litteram,* I.xxi (PL, XXXIV, 262).

202 Cita de san Agustín, *De Genesi ad litteram.,* I.xviii (PL, XXXIV, 260).

XII
DEL MODO DE LEER

El modo de leer se basa en la división. La división se hace por la separación o por la investigación. Dividimos mediante la separación cuando distinguimos las cosas que están mezcladas. Dividimos mediante la investigación cuando descubrimos lo que está oculto.

XIII
DE QUE EN ESTE LUGAR NO SE TRATARÁ DE LA MEDITACIÓN

Ya hemos explicado, en la forma más clara y breve que nos fue posible, lo que se refiere a la lectura. De la otra parte de la enseñanza, es decir, de la meditación, no diré nada en este espacio porque

un tema de tan grande importancia exigiría un tratado especial, y más vale en un asunto como éste no decir nada que abordarlo de manera incompleta. Porque se trata de algo muy delicado y grato al mismo tiempo, que instruye a los principiantes y ejercita a los avanzados; algo que aún no ha sido tratado por escrito, lo cual es una razón más para intentarlo.

Así pues, pidamos ahora a la sabiduría que se digne brillar en nuestros corazones e iluminarnos para seguir sus caminos, y para que nos acepte en "el convite puro y sin la carne animal".[203]

203 "*Ad puram et sine animalibus coenam",* nos dice Taylor, constituyen las palabras finales del *Asclepius* latino. Sería también el final de la primera versión del *Didascalicon*.

XIV
DIVISIÓN DEL CONTENIDO DE LA FILOSOFÍA

De inicio, hay tres cosas: la sabiduría, la virtud y la necesidad. La sabiduría es la comprensión de las cosas tal como son. "La virtud es un hábito del espíritu que se conforma con la razón como si fuera su naturaleza".[204] La necesidad es algo sin lo cual no podemos vivir, pero [una vez solucionada] nos permitirá vivir más felices. Éstos son tres remedios contra tres males que aquejan la vida humana: la sabiduría contra la ignorancia, la virtud contra el vicio y la necesidad contra la debilidad. Para eliminar estos tres males se buscaron estos tres remedios, y para encontrar estos tres remedios se tuvieron que descubrir todas las artes y todas las disciplinas.

204 Fuente última, nos dice Taylor, Cicerón, *De inventione,* II.liii: *"Virtus est animi habitus modo atque rationi consentaneus"*.

Por causa de la sabiduría se descubrió la teórica; por causa de la virtud se descubrió la práctica; por causa de la necesidad se descubrió la mecánica. Éstas tres fueron las primeras en aparecer, pero posteriormente, por causa de la elocuencia, se descubrió la lógica; y ésta, aunque haya sido la última en ser descubierta, debe ser la primera en la enseñanza. Por tanto, son cuatro las ciencias principales, y de ellas descienden todas las demás: la teórica, la práctica, la mecánica y la lógica.

La teórica se divide en teología, física y matemáticas. La teología trata de las sustancias invisibles; la física, de las causas invisibles de las cosas visibles; las matemáticas, de las formas visibles de las cosas visibles. Las matemáticas se subdividen en otras cuatro ciencias, de las que la aritmética es la primera y trata del número, es decir, de la cantidad discontinua por sí misma. La segunda es la música y trata de la proporción, es decir, de la can-

tidad discontinua en relación con otra cosa. La tercera es la geometría y trata del espacio, es decir, de la cantidad continua inmóvil. La cuarta es la astronomía y trata del movimiento, es decir, de la cantidad continua móvil. El elemento de la aritmética es la unidad; el elemento de la música es la unidad de sonido; el elemento de la geometría es el punto; el elemento de la astronomía es el instante.

La práctica se divide en individual, privada y pública. La práctica individual enseña cómo cada quien debe basar su vida sobre las buenas costumbres y embellecerla con la práctica de las virtudes. La práctica privada enseña cómo se debe dirigir a los miembros de la familia, así como a los que están unidos por los lazos carnales. La práctica pública enseña cómo deben ser gobernados por sus dirigentes todo un pueblo y toda una nación. La individual concierne a los particulares; la privada, a los padres de familia; la pública, a los jefes de ciudades o Estados.

La mecánica trata de los trabajos corporales y se divide en siete artes. La primera es la producción de lana; la segunda, la producción de armamento; la tercera, la navegación; la cuarta, la agricultura; la quinta, la caza; la sexta, la medicina; la séptima, el teatro.

La lógica se divide en gramática y razón argumentativa y ésta se subdivide en probable, necesaria y sofística; la probable se subdivide en dialéctica y retórica; la necesaria concierne a los filósofos; la sofística, a los sofistas.

En estas cuatro partes de la filosofía, el orden que debe seguirse en su enseñanza es el siguiente: primero debe colocarse la lógica; luego la ética; en tercer lugar la teórica; en cuarto lugar la mecánica. En efecto, la elocuencia es lo primero que se debe alcanzar; luego, como dice Sócrates en la Ética, se deben purificar los ojos del corazón por medio del estudio de la virtud; para que luego, en la parte teórica, tengan la penetración necesaria para la investigación de la verdad. Al último viene la mecánica, que por sí misma es totalmente ineficaz a menos que se apoye en los principios de las anteriores.

XV
DE LA MAGIA Y DE SUS PARTES

Se cree que Zoroastro, rey de los bactrianos, fue el primero que descubrió la magia, aunque otros aseguran que él mismo no fue otro que Cam, hijo de Noé, pero con otro nombre. Después, Nino, rey de los asirios, le dio muerte tras haberlo vencido en el campo de batalla y mandó quemar sus códices, llenos de toda clase de maleficios. Pero Aristóteles, refiriéndose a esta misma persona, escribe que dictó hasta dos millones doscientos mil versos sobre el arte de la magia, y que sus libros preservaron estos conocimientos para la posteridad. Posteriormente, Demócrito engrandeció este arte en el tiempo en que Hipócrates gozaba de gran fama en el arte de la medicina.

La magia no es aceptada como parte de la filosofía, sino que se encuentra fuera de ella, y, a pesar de sus falsas pretensiones, es maestra de toda iniquidad y de toda malicia; y al engañar sobre la verdad y al dañar realmente a los espíritus, los aparta de la religión divina, los empuja al culto de los demonios, introduce la corrupción de las costumbres y arrastra las mentes de sus secuaces a toda clase de crímenes y de impiedades.

Se acepta generalmente que la magia abarca cinco clases de maleficios: la mántica, que designa la adivinación, la falsa numerología, los sortilegios, los hechizos y el ilusionismo. La mántica contiene también cinco especies, la primera de las cuales es la necromancia, que quiere decir adivinación por medio de los muertos, porque *necrós* en griego significa “muerto” y de ahí viene necromancia, la que se realiza por medio del sacrificio de la sangre humana, de la que los demonios están sedientos y en cuyo derramamiento se complacen. La segunda es la geomancia, es decir, la adivinación por medio de la tierra; la tercera es la hidromancia, es decir, la adivinación por medio del agua; la cuarta es la aeromancia, es decir, la adivinación por medio del aire; la quinta es la adivinación por medio del fuego, llamada piromancia. Varrón, en efecto, dijo que eran cuatro los soportes de la adivinación: la tierra, el agua, el fuego y el aire. Por tanto, la primera, la necromancia, pertenecería al infierno; la segunda a la tierra; la tercera al agua; la cuarta al aire; la quinta al fuego.

La numerología se subdivide en tres clases: la de los arúspices, la de los agüeros y la de los horóscopos. Los arúspices son llamados así por ser como *horuspices,* es decir, inspectores de las horas, porque observan los tiempos propicios en que se deben hacer las cosas; o como *aruspices,* es decir, observadores de los altares, que buscan el futuro en las entrañas y vísceras de los animales sacrificados. El agüero o auspicio algunas veces se pone en relación con el ojo, y se llama auspicio por ser como *avispicium* porque se presta atención al movimiento y vuelo de las aves; otras veces se pone en relación con el oído, y se llama agüero por ser como *garritus avium,* la garrulería de las aves que es percibida por el oído. El horóscopo, que también se llama constelación, consiste en buscar el destino del hombre en las estrellas, como hacen los genetlíacos, que observan el día del nacimiento, y quienes antiguamente recibían el nombre específico de magos, de los que habla el Evangelio.

Sortílegos son los que tratan de adivinar mediante la práctica de echar suertes. Los hechiceros son los que por medio de encantamientos demoniacos o de amuletos, o de cualquier otra especie execrable de recursos, realizan cosas abominables con la cooperación de demonios y de un instinto perverso. Ilusionistas son los que por medio de apariencias ilusorias sobre la supuesta transformación de las cosas, engañan a los sentidos humanos con este arte demoniaco.

Suman, pues, en total once estas clases de magia: bajo la *mántica* hay cinco, la necromancia, la geomancia, la hidromancia, la aeromancia y la piromancia; bajo la numerología hay tres, la de los arúspices, la de los agüeros y la de los horóscopos; por último, hay tres más: el sortilegio, el maleficio y el ilusionismo.

Se dice que Mercurio fue el primero en descubrir el ilusionismo; los frigios descubrieron los agüeros; Tages fue el primero que enseñó la aruspicina a los etruscos; la hidromancia procede originalmente de los persas.

Apéndice

DE LAS TRES SUBSISTENCIAS DE LAS COSAS

Las cosas pueden subsistir de tres modos: en la realidad, en el entendimiento y en la mente divina, es decir, en la razón divina, en la razón humana y en sí mismas. En sí mismas, pasan sin subsistencia; en el entendimiento humano, ciertamente subsisten, pero no son inmutables; en la mente divina, subsisten sin cambio alguno. De igual manera, lo que existe en la realidad es imagen de lo que existe en la mente del hombre, y lo que existe en la mente del hombre es imagen de lo que existe en la mente divina. La criatura racional fue hecha según la mente divina; la criatura visible fue hecha según la criatura racional. Por ello, todo movimiento y conversión de la criatura racional debe estar orientado hacia la mente divina, al igual que todo movimiento de la criatura visible debe estar orientado hacia la criatura racional.

Y del mismo modo que el hombre, cuando concibe algo en su mente, traza una copia externa de su idea para hacer manifiesto también ante los demás lo que sólo por él es conocido, y después, también en busca de mayor claridad, explica verbalmente cómo lo que ha presentado concuerda con su idea como una copia, así Dios, queriendo mostrar su invisible sabiduría, traza una copia de ésta en la mente de la criatura racional y después,

al hacer la criatura corporal, le muestra a aquélla la copia externa de lo que ella misma posee internamente. Así pues, la criatura racional fue hecha primero, sin ningún intermediario, a semejanza de la razón divina; sin embargo, la criatura corporal fue hecha a semejanza de la razón divina, pero con la mediación de la criatura racional.

Así se explica que en el Génesis, hablando de los ángeles que aquí son llamados "luz", se diga: "Dios dijo: hágase la luz. Y la luz se hizo".[205] Pero de las demás obras de Dios se dice: "Dijo Dios: hágase. Y así se hizo". Y luego se añade: "Y Dios hizo",[206] porque la naturaleza angélica existió primero en la razón divina por designio, y después comenzó a subsistir en sí misma por creación. Pero las demás criaturas primero existieron en la razón de Dios; después estuvieron en el conocimiento de los ángeles; y por último comenzaron a subsistir en sí mismas. Así pues, cuando se dice: "Dijo Dios: hágase", se refiere a la mente divina; cuando se dice: "Y así se hizo", se refiere al entendimiento de los ángeles; cuando se dice: "Y Dios hizo", se refiere a la existencia en acto de las cosas. [207]

205 Gn 1, 3.

206 Gn 1, 14-16.

207 *Cf.* san Agustín, *De Genesi ad litteram,* II.vi.viii (PL, XXXIV, 268-270).